



NAHUI

(el que navega al mediodía)

FJ PADILLA

© Javier Padilla, 2021

javier@estrella.ws

(34)661600273

ISBN-13: [pendiente]

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o cualesquier otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La vulneración de derechos fundamentales y en particular el relativo a la propiedad intelectual puede condicionar una respuesta jurídica del titular.

I

LA CANOA ESTÁ VARADA HACIA UN COSTADO en los arenales, bajo un estambre de salpicaduras relucientes arrojadas por las entrañas del mar.

A esa hora la luz adensa y colorea la materia, como si solo entonces empezara a existir, durante la puesta en marcha del mecanismo laborioso de la vida. Un cromatismo que suscita (provoca, induce, alienta) una actitud contemplativa.

Para llegar hasta la playa, Nahui ha circundado la ciénaga, los cañaverales de la malla fluvial, transitó entre montañas, por corredores estrechos cuyas floraciones perpetuas segregan un néctar mortal para ciertos lepidópteros, unos con propiedades curativas, de trompas grotescas arrolladas en espiral y alas traslúcidas, que pocas veces abandonan la protección del valle encantando, donde, aparte de fábulas y conceptos, habita una criatura musical, casi pantera, bella, casi humana, no resistible, no gobernable, intemporal. Hechiza a jíbaros, kiowas, guatemaltecos; obsesiona a castellanos y hondureños, embriaga a los pehuenches con un lánguido o leve cántico, similar al aderezo vocal con que las sirenas sustentan el halo de su propia leyenda.

Entre las breñas del folclore (matorrales de creencias superpuestas), Nahui zanja la narrativa idealista, acuciado por una realidad más prosaica (insulsa, aburrida, pocas veces incluso vulgar).

Una frazada (una horda, un batallón) de insectos, con capacidad aérea y mal humor y la consigna de matar o morir, está emergiendo desde la maleza, cerca al homínido. Primero la confundió con abejas, pero según relató más tarde, eran flores, azaleas, amacayos, alquimilas, quizá petunias y borrajos (hojarasca), sincronizadas para dar caza al hombre muchacho.

El jardín colgante, por mutación, o a causa del refinamiento evolutivo, o como resultado de un experimento fallido, sigue una estrategia gregaria, unido en la mejor defensa conocida que es el ataque. Embosca al intruso, a cualquier enemigo potencial, sea o no herbívoro, humano o animal.

Atraídas por las moléculas odoríferas del espécimen juntan las partes de cada flor soldado (pétalos, corolas, brácteas, pedúnculos, tallos, peciolos), se adhieren unas a otras, bullen, espesan un cepo sobre el nativo. Está inmovilizado, respira con dificultad, por los ayocotes del polen (los granos diminutos le parecieron frijoles), apenas consigue avanzar, piensa abrir una trocha a manotazos, tiene los pulmones agobiados en un secarral de vidrios molidos, resuella, oye el fragor de la rehala (una jauría de perros), nota el distanciamiento paulatino. Queda embotado, sin fuerzas, deduce que Irepane se reirá a carcajadas cuando sepa la manera en que murió sin heroicidad ni distinciones, bajo aquellos verticilos florales (ramos, hojas, campánulas, al mismo nivel).

El taíno arremete contra el contorno amurallado, choca una vez y se tambalea, por un vahído (un mareo, una náusea), una derrota convertida en victoria, porque terminó cayendo de

bruces fuera del cerco asfixiante, respira a bocanadas ruidosas y se aleja, confortado por la frescura medicinal de un aire que bebe como si fuera agua pura.

En un porvenir, cifrado entre los vuelos videntes del alcaraván, el Museo de Historia Natural¹ publicará un extenso herbario, cuya realización genera abundantes notas, tan meticulosas que ahorran el esfuerzo de repasar índices y hojear muestrarios al buscar entre láminas de hongos, cortezas y cáscaras. En una adenda ulterior, insertaron un biotipo (modelo característico de su especie) muy agresivo, de singular rareza y adaptado a un hábitat en suspensión.

La cita académica confiere veracidad retrospectiva al incidente, que primero fue clasificado como patraña. Los gacetilleros anudadores burócratas, entrometidos y fisgones, con tendencia al sensacionalismo y a tergiversar sin reparo todo cuanto sea noticiable, registraron el asunto a su manera, refieren a un chiflado que vio gigantes donde solo hay remolinos y broza.

No poco después, durante una de tantas confiscaciones en el nombre del padre dignatario numantino (una ciudad, un país), del hijo militar y el invasor trasatlántico, recorren e inspeccionan las galerías subterráneas y los vastos depósitos y el almacén, fortificados en las entrañas del teocali (templo azteca) y el zigurat (torre piramidal escalonada), donde hallaron una cabuyería (cuerdas) y manojos de badernas con una trabazón curiosa.

El hombre al mando, recién ascendido de sargento a brigada, levanta la mano con un haz de cordeles (un puñado de hebras

atadas entre sí, un amasijo de espartos, una medusa de hilo bramante y lino viejo, un embrollo de sogas). Dice o inquiere: “Que ésta me aclare para qué usan los indios esta greña”. La intérprete políglota, Irabel Tzul, siempre escueta, dictaminó: “Llámense quipus, en quechua, para la escribanía”. Tras un suspiro teatral, deja traslucir una honda preocupación y añade: “¿Cuándo toca de pagarme las mensualidades atrasadas?”.

En los años rupestres, el caudal informativo, la contabilidad pública, el censo, las efemérides y la mensajería trillada, son gestionados por una élite especialista funcionarial. Hábil y minuciosa, maneja cáñamo, fibras, lianas sin farfolla, que trenzan o atan o conjugan, con intencionalidad semántica, a una soga vertebral, según un código arcano, mediante nudos y colores unívocos y longitudes irregulares.

Los datos, su tratamiento, así como las comunicaciones y otras materias relevantes, graves o históricas, están marcados con un aspa granate en los lienzos presupuestarios, por ende, reciben un trato prioritario, una tramitación urgente, siempre tras el gasto militar. Si el epígrafe muestra un asterisco significa que habrá reunión de asesores, adelantados y, ocasionalmente, un corregidor, pues el asunto requiere una campaña promocional. Aun abusando de la terminología relacionada con las finanzas públicas, un monigote, a secas, permite deducir que el resultado obtenido con la política a que se refiere tendrá efectos o trascendencia para los súbditos.

El último polemarca (el jefe civil y militar) mandó anteponer un aspa, un asterisco y un pintarrajeo antropomorfo, al capítulo relativo a las líneas de acción y el resorte modernizador con los

que ir dos zancadas por delante del futuro. En definitiva, otra manera de hacer las cosas, especialmente, los jeroglíficos.

Ochpantizli Cuatro Pico de Azor se jacta (excesivo y presuntuoso, esta vez con fundamento), dice dominar la calipedia (artes creativas que permiten engendrar vástagos fuertes e hijas bellas como primulas), concibe artilugios raros, distracciones para magnates, más allá del ingenio, ultima un juego, entre lúdico y deportivo y sibarita. Por partes, una bola de boñiga y resina, un palo y varios hoyos. Hasta donde llega la contabilidad del calendario, registrada en madejas de pita y esparto, nunca puso nombre al divertimento, quizás porque entonces como ahora, tiene la agenda llena de asteriscos, eventos, cuentas fantasma. Entre muchas tareas paralelas, estudia una ronda de negociaciones para poner a su vera al sátrapa (negus, soberano, un líder nato) de los mocovíes, solo entonces puedo dormir sin redoblar la guardia, sonrío calidez, pero un brillo de ave rapaz en su mirada delata que únicamente gestiona negocios y clanes, no es nada personal, después puntualiza con el gesto del índice admonitorio, mejor parir un compadre que ver al primo lobo custodiar rebaños.

Asimismo, en el agora donde estuvo Nahui, deducible a través del rastro documental que toda persona deja a su paso administrativo por la sociedad, como el tizne troglodita en la bóveda cavernaria, amuletos, herramientas líticas (pétreas), un navío destartalado, cabos sueltos, acuarelas o testigos que contaron a los hijos y estos a los suyos y aquellos a las generaciones posteriores, que un zar merino (juez) emprendió una campaña propagandística para taponar la boca con juguetes

ilusos a los descontentadizos, la agorera, el renegado, la niña bonita.

Tras la muchedumbre, escuchó a trozos el discurso promisorio, giros como bienestar, conquista, un mechnal doble (mejor que un cuchitril) para familias extensas, un día completo de vacación por mejor desempeño, acceso al fuego previa cita, un curandero de proximidad, juicios rápidos contra quienes ocupen la heredad ajena o palpen un pecho femenino, acaricien o froten un seno, succionen o estrujen una teta de mujer hembra sin autorización expresa o consentimiento tácito de la propietaria. En resumen, desea contentar a todos, ganarse el respeto y la lealtad del paisanaje (los civiles), humanizar su condición divina, amoldar los avatares a su antojo y conveniencia.

El micado (emperador) supervisa un gabinete de sabedores prospectivos (analistas del futuro) y maestros eruditos y un intendente (jefe) arbitrador, a quienes encomendó diseñar un sistema superior a los quipus. Necesariamente, un método versátil, inagotable, una escritura fácil de realizar, abundante en dibujos simples, diminutos, caras felices o ceñudas, un puño, una ulala (cacto), un zurullo (un mojón) y otros iconos expresivos. Desde el lado del consumidor, aprendizaje rápido, comprensión ilimitada, esfuerzo mínimo, no intelectual, sino sensitivo.

Nahui, ajeno a la actualidad y al soplo renovador del monarca ilustrado, había sobrevivido al caer por su propio peso fuera del campo florido, recupera el aliento, ubica los puntos cardinales, aguza la vista, corrige lo necesario para llegar

entero al próximo lance, salir airoso de toda ocasión crítica y conservarse cuerdo y animado entre varapalos. Transpira alivio frente a la marisma (cerca del mar). Conjetura acerca del tiempo. Rememora a los actuales vaticinadores consiliarios (aconsejan), alzan los brazos, abren las manos y mantienen la postura hasta captar alguna perturbación sutil en la densidad o la temperatura del ambiente, por cuanto que el progreso no ha traído barómetros, brújulas, cronógrafos, sextantes, termómetros, diapasones o básculas, o algún artefacto complejo cuya finalidad principal o accesoria consista en cuantificar medidas, el peso, la presión, la altura, el rumbo, la distancia. Con tal suerte hubieran podido establecer la duración del calabobos (más sutil que la llovizna), que anega las tierras arables, desbarató las cosechas y promueve un tufo a cieno primitivo y maderas podridas.

Las horas previas al desamparo que atravesará su voluntad como una vira traicionera (casi una saeta), el primogénito de Ñamandú Yupani, del gremio herrero, y Eréndira, la partera, había dejado la chinama (otra cabaña rústica) con las energías renovadas por el acto simple de dormir a sueño suelto (mejorado). Aparta un tendal de tasajos porcinos y pescados grandes y abiertos en mitades simétricas, que la vecina, Xoniquetzal, suele poner a desecar por doquier. Camina unos pasos y se detiene, una pausa, explora el rededor, aspira un aire cuajado de acertijos y pesadez y retos carismáticos.

El mapuche otea las alturas, la fragua encapotada (el símil se le ocurre por su padre), interroga las vetas y aleaciones de estaño (blanco plateado), el magma cambiante, sulfúreo

(amarillo limonero), cobrizo (dorado cohibido), fuliginoso (tiznado), endrino (azul violáceo). Las nubes están embarradas con esa mezcla de estiércol y carbón mineral que usan para caldear los hornos panaderos.

El matiz anubarrado y la tormenta posible hacen descender a Nahui hasta el suelo de todos los días a la misma hora en que verifica el límite selvático, a través de la luz cinérea (cineraria, cenicienta). Escucha el latido difuso de la ciénaga, los ronroneos ásperos del yaguareté (otro jaguar), un viento que suspira, los murmullos de la fronda, el sollozo del ñacurutú enjaulado (ave). Percibe la hedentina en los corrales removida por los aleteos del gallo chulo, las volutas (espirales) prendidas al faldón de la brisa, las fogatas consumidas del ocote (pino azteca); olisca la maraña que adereza el ambiente, mentol cítrico desde los ungüentarios, olor vegetal, afrutado, a humo, escoria, tierra húmeda, a desilusión y ausencia troceadas en ascuas de incertidumbre. Apenas entonces, para sí mismo, conjetura un pronóstico sobre la dulcedumbre que mostrará luego la diosa madrina de los imposibles y la tempestad, Mama Pachácutec.

Como la víspera y los días anteriores, a causa de la suspicacia (no confía en los demás), el perfeccionismo maniático y la dinámica acomodaticia del hábito, repasa el plan de fuga que está preparando en secreto desde mucho tiempo atrás. La necesidad apremiante, saber que no sabe nada, las complicaciones del proyecto, acaso todo junto, más los deseos revueltos con la impaciencia, justifican un talante pensativo y taciturno, una disposición que unos consideran normal en la

adolescencia, maneras de llamar la atención, simples manías; otros la atribuyen a Tzitzimine (dama excelsa de los ciclos baldíos), mientras que algunas vecinas le suponen lombrices en las tripas, está sonámbulo o anda de los nervios porque no encuentra una esposa solícita (cariñosa y atenta).

Desde una perspectiva más prosaica (menos musical o sublime, de andar por casa, de chicha y nabo), mirando la realidad por dentro, el hombre muchacho quiere asegurarse la viabilidad del viaje, anticipar todas las contingencias (roturas, omisiones, equívocos, hechos que podrían o no suceder); minimiza el riesgo, sin obviar a su propia tribu y la oposición del clan enemigo. Para la empresa en curso, no apuesta por la suerte ni baja la guardia antes de arribar a mejor puerto. Trenza la fibra de las conjeturas y los asuntos pendientes en una soga manejable, un ronزال que le permite ir tirando del argumento para solucionar la problemática navegación, la fecha correcta del embarque, el equipaje, la utilería, las vituallas; dado que los plazos son perentorios y la capacidad de almacenamiento es limitada, conviene no abusar del lastre decorativo, poner lo esencial y necesario a un lado y al otro las cosas prescindibles, que encuentran razón en supuestos estadísticamente improbables o adolecen de excesiva especialización.

Entre los herbazales, auxiliado por sus dedos, saca cuentas, sobre el tronco de una araucaria, talló a cuchillo cuatro estrías irradiadas por una ajorca (inicio del verano), diez surcos como los dientes de un peine (uno por mes), un gajo convexo (panzudo), cinceló un trazo redondo, el último plenilunio, un caparazón cóncavo (abre paréntesis); todo

hendido a pedernal en líneas irregulares. Con este modo de medir los tiempos, el remanente acaba en una figura lanceolada (punta de lanza) tosca, que le recuerda la conveniencia de aligerar el esfuerzo con la curiara (una canoa ligera si no incorporase al menos una vela).

No tiene claro el tema del velaje. Evita agobiarse nada más empezar la jornada. Desayuna rápido, engulle la pulpa dulce y aguanosa de un zapote, medio boniato cocido el día anterior, frutos secos; bebe café, revisa los áperos de pesca, después acomete las tareas asignadas a esa franja horaria. En la vereda, arranca los abrojos superficiales y otras hierbas rastreras, aplaza el resto. La vida se acaba pronto, piensa. Aprovecha el automatismo de la rutina y va escarbando en su maleza interior, mientras echa alpiste en las duernas donde come el ganado y confunde el pienso para los rumiantes en el corral.

Superada la zozobra del amanecer (estuvo inquieto, afligido, angustiado), abandonó el calvero abierto entre la espesura. Atraviesa un campizal, un plantío de ñames, otro de yucas, tres ejidos, casi a la carrera, como en volandas. Saludó al talludo Milcíades, un promotor que había sacado un enorme aro de bajo las taropés del estuario (la farandulera coplista las llama nenúfares) y lleva semanas empeñado en darle provecho y nombre. Durante un mercadeo posterior en Tecnochtitlan, convendrán en bautizar el artilugio como rueda.

El guaraní no se detiene, evita la charla (superflua), los tópicos (más de lo mismo), el aditamento redundante, la temática banal (sin consecuencia). Está centrado en su atolladero íntimo, como un espectador que mirase desde fuera su propio acaecer

existencial, atento a la curiosidad, el recelo y los dices del vecindario, pues le obligan a ser cauto, convencer, explicar las cosas tantas veces como sea necesario, hacerse entender, mentir con estilo, especialmente, al motivar todas esas horas de pesca en solitario, sin traer siquiera alguna pieza escuálida.

Por la fuerza de la costumbre, seguirá el mismo trayecto hasta el lugar donde la playa y la desembocadura del río mezclan sus arenas, silbó un bolero triste, trazó rutas alucinantes con la fantasía, por dimensiones abstractas, por tierra, incluso, volando como un albatros, mediante un artefacto atado a los brazos.

La falta de aparejos o la impericia, las prisas o la desesperanza, la fatiga y su tendencia evasiva, quizá todo unido, hace que lucubre una solución alternativa, alguna claramente imposible, unas pocas, delirantes. Entretanto, despedazó y construyó muchas veces la misma chalupa (más laboriosa que la canoa).

En cada versión surgen tantos añadidos, omisiones, cambios y mejoras, que obtiene un producto singular, hecho de principio a fin, una nave futurista, inspirada en los cromos del adoratorio (el templo), que utilizan aun como fortaleza, depósito, biblioteca imperial, parlamento, termas privadas y como laberinto suasorio (descorazona a los delincuentes).

Durante un acceso no autorizado a ese edificio, había hojeado un libro voluminoso, igual en apariencia a los demás, puestos en pilas y montoneras. Vio juncos orientales, un cráter chileno, urcas españolas, faluchos, naos, galeras y un esquife. Sacó empuje para diseñar un prototipo idealizado, útil y estético a la vez, con la esencia y la funcionalidad de diferentes barcos, aunque, al descender a lo práctico, siempre termina

improvisando el modelo en construcción. Para la prueba definitiva, puso a remojo la balsa, tragaba agua como una esponja, necesitó refinar el ensamblaje, cerrarlo con estopa y brea, repetir el bautizo, esperar, añadir nuevas excusas por la tardanza.

Ninguna prevención ni hechura son suficientes. Tiene decidido rebasar el límite donde el cielo y la mar se juntan, suponiendo que exista algo más. Según el entretenedor cuentista ambulante, un viejo estuvo allí, capturó una ballena y en el camino de vuelta los escualos la dejaron hecha un escobajo de raspas y nostalgia. Nahui no es añoso ni marinero, no desea regresar cargado con una corona de espinas y unos maderos rotos, tampoco aspira a ser un mártir entre los suyos.

Encontraré las Hispanias, si esta patera de mala madre aguanta el tirón. El maderamen de la última empezó a crujir y chascar y agrietarse como si lo estuvieran cocinando a fuego lento en el horno solar, un prototipo acabó alabeado muchas veces por estribor (el lateral derecho parecía un melonar), otro trabajo previo se desbarató tras el efecto apisonador de las pezuñas en estampida. A causa de tales inconvenientes, la obra sigue atascada entre las arenas del desencanto, en un presente sin progresión.

El transgresor (vulnera normas), coloca una mano contra el pecho para acallar el tambor de un corazón zaherido por las dudas y la actitud hostil del duro Irepane Tonatiuh. Nunca vio llover tan fuerte. El sirimiri navarro se transforma en una precipitación de gotas recias y cohesionadas, mal parecidas a esos perdigones con que aprestan las cerbatanas. El lapso

persiste lo suficiente para irritar y aburrir, especialmente su repiqueteo monótono como de timbales, mas antes o después, a intervalos, suenan atabales, un resuello, un chasquido en lontananza, silencio, por un instante el mundo está quieto, nada se mueve, las hadas no lloran, el ocelote soltó el pescuezo del elfo apresado, la ciénaga contiene su respiración asmática, apenas un espejismo, una eternidad ilusoria disuelta por el martilleo repentino del aguacero, que acribilla la superficie del mundo, horada (agujerea) la vegetación, la fragilidad, las flores del amancay (narcisos, azucenas), atraviesa nidos, rompe cascarones, ametralla el frutaje, el retrato abstracto de los duendes y las escolopendras. Acaba enseguida, eso sí, luego la calma induce a suponer que está a punto de escampar, pero no, falta el colofón, el remate es una tromba sucia de barro, revuelto con anélidos larvarios (lombrices de las que se ponen en el anzuelo para pescar), incluso, caen renacuajos diminutos y trazas corpusculares de nieve.

La tormenta tiene propensión a repetirse, repite cada uno de los fenómenos, con un orden aleatorio, la misma insidia convertida en una azagaya que Nahui no consigue desclavarse, afilada por el anhelo, las esperas, la pesantez del calendario, más hiriente cuando falta el abrazo de la amiga hermana, Maru Duchibela o si Irepane anda lejos y todo lo demás sobra por absurdo, aun su olor a ropa soleada, sudor de relente y marisco tenue.

El yucateco tiene una reacción visceral (emotiva, intensa), pierde la paciencia, se encuentra a sí mismo harto de bregar y discurrir apaños con los que hacer soportable una realidad

insoportable, lenta, arbitraria. Con las hebras del entendimiento conecta la tribulación (una lotería adversa) con algún demiurgo (una fuerza generatriz) cruel, que alarga las distancias, entorpece, abruma, conforme a quien se habituó al confort y la inmediatez del chamizo familiar. A causa del enojo, añade matices inusitados y acepciones curiosas a las cuatro palabras que nutren su vocabulario de agravios. Así como identifica el chaparrón con un diluvio exterminador, las penalidades diarias las define como simples distracciones para celícolas (arcángeles, querubines, hados, musas y demás moradores del cielo). La polisemia de los desposeídos no soporta tiempos verbales, porque el presente es una sucesión recursiva de días idénticos y esfuerzos estériles, ergo, después de todo, nada. Prisionero en una narrativa carente de porvenir, ritmo, desenlaces, giros sorprendidos, espectacularidad, acción, más en sentido trepidante, hallazgos deslumbradores, progreso acumulativo, etcétera. Es siempre, como antes y para siempre, ahora, hoy, un sinvivir, un limosnear amor a nadie; harto de paréntesis y palabras raras, figuraciones, sílfides, ogros, el preludio o la ira.

Debo partir enseguida, murmura o piensa a voces o entresaca de la memoria. Empero, carece del músculo locomotriz mientras no enderece la barca. Gruñe una vez, como vio hacer a Irepane, cuestiona la ciencia infusa de los alcaldes, la magia crepuscular necesaria para descifrar los códigos, lo que aprendió hasta ayer, los diecisiete cielos, su complejidad conceptual, las veintisiete Europas, el eterno retorno, más si es inmutable, la encaminadura de una tropa sin rey estratega, menos en tiempos de la calentura. Además, sospecha que los juguetes que encuentra la

primera mañana de cada siglo nuevo, no son un regalo traído por una cabalgata de dignidades persas, bizantinas y babilónicas, sino que Eréndira, su madre, tiene algo que ver con todo eso, como agravante, nadie revela el secreto ni habla claro. Tengo que exigirles la verdad, vaya que si lo haré.

Momentáneamente, discurre por su cualidad humana, chapalea contra la urdimbre de avatares que la suerte enreda y deshila en los cañamazos del destino. Endurecido, reta al enemigo, uno y muchos, no discrimina, no sabe elegir entre el genoma constrictor, el titán ambiente, la maga cultura, la rara pandemia imposición, el degollador caminante educacionista, los duendes telúricos enredadores, la anaconda casualidad.

Si la tesitura asumida significa una disposición del ánimo y toda catarsis implica un efecto purificador, acaba de robustecer su ego, ajeno a la resignación, descubre el torzal (la unión entrelazada) de propósitos a los que aspira un espíritu geminado (dividido, dual, múltiple), vislumbra que hay en su interior una mujer, un hombre, un infierno, un ángel hembra, una bestia macho, incivilizado, anacrónico (como los melones en invierno), instruido, en definitiva, no se resigna con su mala estrella y grita a las demás partes atribuladas: “Encontraré el rumbo”.

Descalzo, semidesnudo, analfabeto y sin apenas experiencia náutica, refrenda el índice portulano de la quimera (fantasea), eleva el mentón en un gesto altanero para aligerar parte del agua que empapaba su melena, endurece la expresión, escucha, recuerda haber escuchado, o imagina, el acuario distante del mar, su resuello de dinosaurio grande. Cada vez

que decide bucear como explorador, alcanza una elevación en el acantilado, siempre la misma por costumbre o seguridad, salta, fuerza una voltereta, desciende en línea recta, puede añadir o no un giro acrobático, la verticalidad acaba solo cuando entra al océano como un proyectil aerodinámico, después flota por los cielos hialinos (traslúcidos, claros, limpios), entre el celaje de las medusas (piensa en nubes). Inventa un fondo sinfónico, las caracolas sonoras, aun silbos o silbidos lanzados en ráfagas por los delfines, el tintineo de los hipocampos en duelo (una especie de pez equino y camaleón y oso hormiguero). El buceador experto, sumergido, conoce su punto de no retorno por colapso pulmonar, de modo que reflotará antes, tras rozar los bosques coralinos y las madréporas (animales) retorcidas en colgaduras arborescentes al borde del otro mar tenebroso dentro del mar, la fosa abisal bajo la quincalla y los romances cantados por un timonel entre la luz polvorienta que envuelve un antiguo galeón hundido.

El buceador abandona la marea legendaria, evita incardinar disquisiciones (apartarse del tema), añadir complicación a la simplicidad. Recompones la parte del avío desbaratado por un manotazo de aire, ajusta la simetría entre los folios sueltos, aprieta el legajo con los pliegos y el cuaderno cuyas páginas no entiende ni empareja con los enamoramientos líricos de un prosista mago colombiano.

La víspera, el tupí había aprovechado un eclipse para entrar, sin permiso de nadie, al recinto sacro del palacio majestuoso, una construcción propuesta por el zar canciller, inspirada en las visiones maravillosas de la pitonisa atractriz, Miley Cirrus, y

las estampas e ilustraciones que protegen los mercenarios. El edificio tiene apariencia de pirámide, pórtico orbicular, múltiples puertas falsas como ardid para desanimar la profanación, una columnata donde se enroscan las yedras y cuelgan calderos cuyas fumaradas esparcen un tegumento que marca la piel del intruso, con el sello delator de la vainilla, el eucalipto y los inciensos secretos.

El delincuente confirma el peristilo (la galería de columnas que rodea el complejo), de principio a fin, no ha encontrado el único acceso al vestíbulo, oye un graznido tétrico y piensa: “Un olopopo sobre el ahuehuate”, pero susurra: “Una lechuza grande en un árbol”. Acomete el mismo recorrido por el soportal, va escudriñando cada uno de los portones falsos, intenta moverlos, resopla, suda hastío, finaliza donde empezó. Prueba suerte con la última opción, estira los brazos, flexiona una rodilla, agacha la cabeza y empuja la puerta, convencido de que tarde o temprano cederá, no obtiene resultados, perservera, oye crujir al leviatán, murmura: “Será mi momento”. El lema o la rabia le enardece, pierde el control, estampa la frente contra la madera gruesa, como la embestida del uro cornupeta, produce un aldabonazo sonante, apura, hace un esfuerzo finalizador y oye el chirrido de los pernios que giran lúgubres, oye las aletadas del cuscungo espantado (búho quichua) y el trallazo del caporal mandador gritando a los trogloditas que qué cojones pasa aquí, quiero una ronda por el perímetro.

Nahui rebasa la ménsula (otro añadido arquitectónico), el propileo (las columnas), cruza el portal, entra al espacio de

fondo marino en cuyas corrientes pierde la certeza de andar despierto y los recuerdos asumen formas horripilantes y le acosan mientras bordea el hemicíclo donde los transportadores estadistas tratan cuestiones graves e intereses comunitarios.

Más adelantado, descubre el espanto de los sarcófagos erguidos y las salamandras quiméricas y los escarabajos de oro que fulgen entre las vendas arrolladas de los difuntos. Para orientarse, esboza una composición del sitio, el acabado piramidal, con cuatro fachadas y cuatro escalinatas, más grande y laberíntico por dentro que por fuera, el frontispicio (el lado frontal), la profusión decorativa, esmalte, tintura, lacas, vidrios y tornasoles (reflejos cambiantes) y colmillos hiperbóreos (árticos) del mamut extinto. Al hacer la instantánea del enclave recuerda a la soldadesca, que restringe el paso a quien no muestre ser escriba interprete, un maestro sabedor, una sibila, un augur, el curador yerbero, las oficiantes, o no disponga de salvoconducto autenticado del káiser soberano, ergo, franquean la entrada a determinados personajes y gremios.

En el retén, poco antes, había visto el relevo, un temblor sísmico, un estrepito de guardias membrudos, unos entran y otros salen del foro. Los trogloditas sustituyen a los pitecántropos, gruñen, ventosean, unos empujan, otro se acomoda los testículos, todos portan el arma reglamentaria al hombro, un tronco membrillero con forma de muslo aviar. Así pues, aprovechó el trasiego y la conjunción astral, convertido en sombra, en sigilo, mimético, dueño del claroscuro, deja atrás los aledaños, elude celadores honderos y centinelas

infalibles con el dardo y la frámea (jabalina). Presiente el peligro, aguanta la respiración, espera, se agazapa para ofrecer la menor evidencia ocular al paso del enemigo. Es la novena sibila emperatriz lectora, está cerca, llega, suspira, levita en su carroza, por sobre una alfombra de muselina (seda) que los eunucos extienden y alisan conforme avanza la procesión, esparcen un asterismo de heliotropos (águas) y garbanzos diamantinos, pétalos y dádivas arrancadas a los pelargonios y las galabarderas, asperjan colonia en los aledaños del halo mesiánico, melodioso, lánguido, almacigado (tal que una luz de oro molido). La diva musa viene precedida, flanqueada, seguida por una cohorte (un acompañamiento, una comitiva) ordinaria de hieródulos (sirvientes), fámulas (doncellas), recitadores, escoltas rudos con dagas y martillos, más un adorno de arpegios que exhala un instrumento bien parecido a una herradura grande, cuya ringlera tensa de hilos sedales hace vibrar un doncel artífice mediante la yema de los dedos.

El asaltante escucha la parafernalia del capricho, aguarda, reprime la mohína por la diosa terrena que jamás volverá a ver, de cerca era orgánica, etérea, ideal, concreta, se llevó la brisa del mar, los acordes lánguidos de un pentacordio (la eufonía de una lira), el fragor lunático del enamoramiento sensorial, la sonrisa delineada, su fruto indehiscente (eufemismo lírico para evitar decir coño) vedado por la túnica ceñida, los ademanes púdicos, la pose nupcial tras los puñados de colorinches y sal, que le dejaron un regusto ácido, amargo, dulce y salobre, al poeta sin versos, la señora se marchó, eso es todo, debe proseguir, aunque tenga el humor sombrío y esté cubierto por un velo de purpurina. Escoge un corredor entre muchos iguales, se

pregunta cómo pudo llegar hasta ese extravío, luego reprime el abatimiento, ve una congregación de doncellas en cueros. Celebran la vida, los florilegios (odas, plegarias, balatas -poesía para bailar-), cantan a la plenitud de los lustros al cuidado del fuego, espurrean (asperjan con la boca) colores líquidos sobre la sacerdotisa vestal (consagrada), entre turíbulo (incesarios) y candelas aromáticas y antorcheros que alumbran un ilapso (un arrobamiento, un éxtasis) simultáneo. Encuentra al hierofante (maestro) sumido en la circunstancia de esmerar nociones recónditas y misterios no resistibles para la curiosidad temeraria del observador. Tras una repetición de cámaras hipóstilas (sostenidas por columnas), cada vez más restringidas a la luz natural, aligera el paso, vulnera un sagrario (donde guardan reliquias), en la penumbra tropieza contra una confusión de ligaduras, guaracas o zumbeles (cuerdas de las que se arrollan a las peonzas), intuye los nudos semánticos de los tendones y arterias unidos en greñas, aparta promontorios con atados que se desbaratan al moverlos con brusquedad, descubre una materia imposible para las ciencias contemporáneas. En virtud de la iluminación y la humedad, muestra un lustre añejo a cera; su precio intrínseco es asimilable al de la rueda, tasado el valor utilitario, da semejanza con la magia; atendido el criterio del sabedor preternatural (cuya memoria excede la capacidad humana), del hermeneuta (intérprete) y el magíster gramático, protege información sensible, confidencial, privilegiada, profética, inculpatoria, privada. Porta mensajes de origen divinal, como heraldos cifrados en un idioma opaco a la gente humilde y lenguaraz de Tlatelolco, Icahuate y Guachichil.

Son cuartillas, epistolarios desprovistos del hálito romántico, comics, atlas, dípticos, silabarios y cartillas y folletos irritantes. Es papel. Ha superado malicias, tifones, corrosión, desleimiento, censura, vandalismo; atraviesa hemisferios, queda a la deriva, llega a tierra firme, entapiza las playas, la bahía. En otro momento, las manos ágrafas colectan, sin fervor ni entusiasmo, cada diseño laminar, según los roles asignados por Tara, la diosa hilandera de la casualidad, después vacían los huacales para su tratamiento en la bóveda de análisis hasta donde ha llegado Nahui.

Recapitulando, desde los principios de la cargazón del tiempo, los clanes son rivales acérrimos (intransigentes, polos extremos), repiten batallas, refriegas y escaramuzas, sin otorgar clemencia ni permitir armisticios (tregua). Todas las guerras son en realidad una sola, feroz, implacable, sin remate final, en cuyo transcurso lo primero que perdieron fue la dignidad humana, como bien o mal apuntó el mariscal intendente, Carlo, del clan de los Herrera, que ocupaba el ocio dominical diseñando filigranas con alambres y pasatiempos algebraicos. Conforme a las observaciones personales que anotó en un memorándum, la conflagración supera la lógica del producto cartesiano (todos contra todos), cuando un ejército, una milicia, se escinde y lucha contra sí mismo, en las mal llamadas peleas civiles. Los mazatecos aplastan a los andinos, estos a los cipayos que antes hicieron capitular a navajos y cupeños. El pábilo marcial prende por cualquier motivo o pretexto, espejos y oro, por codicia, bancales y haciendas, servidumbre, odaliscas, prontuarios de hechicería y, sobre todas las cosas, para obtener el dominio del fuego numinoso (primigenio,

mágico, ritual), por cuanto que nadie domina el artificio necesario para obtener su encendido. Las llamas resisten el vendaval y las lluvias si las avivan mediante un acíbar oscuro y untuoso (un jugo alquitranado), que extraen de los pozos descubiertos por la prospección (los exploradores del subsuelo).

El control del fuego ha modificado los hábitos, excepto los caribes y el clan desollador, ninguna comunidad ingiere carne cruda o carroña, de modo que la alquimia de la combustión ha mejorado la dieta y las digestiones. Las tribus empezaron a fabricar tecnología de fabulario, cajas fuertes, anzuelos, buriles, herrajes, arados, nuevas armas arrojadizas, contundentes o incisivas, sables capaces de partir en dos las adargas (escudo) enemigas. El polemarca (arconte) conquistador de la antorcha olímpica, Ochpantizli Cuatro Pico de Azor, exaltado por la victoria, decretó el advenimiento del almanaque sensato, durante un discurso que duró varias horas hipnóticas, para sus destinatarios, un pueblo atraído por la corona de seis puntas perladas, el cetro del halcón y la trábea senatoria (vestidura talar para ocasiones solemnes). Mediante un estilo llano que le permite plantear enunciados y consecuencias cuya simplicidad pone en duda la inteligencia de quienes han ignorado el fondo del asunto, remató el mitin con el mismo énfasis aclaratorio: “Pues ya no sois animales”. El faraón apostólico, conmovido por la pira sobrenatural, ordenó edificar el sanctasanctorum (un lugar misterioso y reservado), una arquitectura imposible cuya albañilería hará devanarse los sesos (pensar mucho) a las generaciones venideras, que mentarán al baluarte promotor del progreso y el bienestar.

Por cuanto antecedente, un hombre muchado, casi una sombra, había traspasado la cerca erizada de púas, se condujo por el dédalo de galerías y habitaciones, eludió momias, trampas y conjuros que maldicen al profanador, halló el hontanar (el manantial) mítico usado por la tercera emperatriz maga como remedio para conservar intacta la lozanía del cuerpo y diáfano el pensamiento y apacible el carácter. Apenas se entretuvo con los efluvios cálidos que ascendían desde las termas, evitó recrearse ante las ninfas y los efebos que adiestran en las artes complacientes y el refinamiento amatorio. La correría llega por un ramal, entra a la biblioteca, tantea, investiga entre los fardos, agarra unas libretas y un puñado de papeles.

En la posteridad, una políglota, capaz de interpretar el idiolecto del lémur² (genio maléfico etrusco), traduce el contenido impreso y obtendrá, por resultado, una redacción pulcra, legible y libresca. Nahui revisa el curricán (fibras de pita) que confiere unidad al botín. Escampará pronto, piensa, mientras trashoja (pasa páginas) cada vez más despacio, se detiene, los caracteres le parecen garrapatos, diminutas hormigas aplastadas, insectos cadavéricos en líneas equidistantes, tal vez sean lágrimas eneolíticas (anteriores a la Edad del Bronce), derramadas por la diosa Hatuey sobre las extirpes condenadas a cometer dos veces el mismo error.

Solo cuando acomoda la valija bajo el balandro (si la canoa llega a estar cubierta y tiene al menos un palo), en un claro entre la fronda selvática, las playas boreales (norteñas) y el desembocadero fluvial, claudica, prorrumpe en un arrebató colérico, despótrica (sin consideración ni reparo), zarandea

unos árboles menudos, intenta arrancarlos, lanza una diatriba (una crítica) contra no sabe bien qué o quién, pero claramente responsables de su malestar. La ira explosiva añade un batiburrillo cerrado a la tolerancia, algún inciso soez y expresiones ininteligibles, va desgranando la mazorca de su fatalidad, cierta o imaginaria, hasta que sujeta con la mano crispada una coronta (un núcleo) de esperanza con virtudes orientadoras. Recupera el sosiego y la paciencia, se deja mover por la misericordia, o la fe si falla todo lo demás. No más arrebatos, pacta consigo mismo, la violencia solo engendra violencia, adiós amargura de mierda.

Vuelve al rol del deuteragonista (inmediatamente posterior al protagonista), mira el argumento desde fuera, para orientarse por entre desvaríos (de loco), las acechanzas (espionajes), su estrella (sino) mezquina y la corriente procelosa (el ritmo tempestuoso) de lo cotidiano. Necesita vencer al enemigo que lleva consigo (el salvaje), subir los nueve peldaños al primer cielo (la virtud), arribar a un puerto legendario (las provincias democráticas, por extensión, Europa), encontrarse a sí mismo, encontrar los reinos civilizados cuyos habitantes dialogan de bien a bien y aprenden a leer la estrellería abstrusa (difícil) siendo apenas benjamines.

Tras desfogarse, enjugó la frente ceñuda usando el dorso de la mano, roza el flequillo lacio que suele recortar a capricho con el borde filoso del caparazón de un armadillo. Durante los intermedios, liberado de cargas formales, entretiene el ocio acicalando su melena, los mechones tintados y las guedejas (una parte) azabache, los flecos en hilvanos que reaccionan al

gesto brusco y tintinean apenas, delatando la presencia del ornato. Exhibe conchas mínimas, zarcillos y crisólitos (arandelas y filamentos), seleccionados para calmar las ínfulas orfebres, ebanistas, eborarias (relativas al marfil), poéticas, tejedoras y estilistas; un lapso sin demonios en que no ocurre nada distinto a coleccionar resinas maleables, espejuelos (yeso cristalizado en láminas brillantes), fulguritas (roca tubular vitrificada por el rayo) y semillas ebúrneas del corajo panameño (cualquier aderezo minúsculo). Adiciona un sartal de huairuros y pinjantes (habichuelas coralinas y joyas colgantes) a los aljófares, engarza limaduras óseas de dinoterios (elefantes antiguos de colmillos curvos) y osteolitos (fósiles) y pequeñas plumas tropicales. A continuación o en otro momento, con utillaje rudimentario, elabora, recorta, zuñe (elimina imperfecciones), cicla (pule, abrillanta) y obtiene formas originales o sóliticas, aretes, imperdibles, cintillos, broches y botones nacarados, que terminarán por un azar laborioso en su melena.

Junto a la altiplanicie donde los años dejan de ser una carga para los hombres, desescombra los vidrios lunares regoldados por el ombligo del mundo (minerales expelidos por el volcán Popocatepetl). Un cóndor tremebundo aparece en el confín, quizá un ñandú cretácico (una avestruz espeluznante), o el zopilote fúnebre (un buitre surrealista), desciende en picado desde los avernos del cielo aborigen, obedece al hambre, al brillo de los oropeles que subyugan su instinto cazador, traza un vuelo ofensivo, balístico, fulgurante, hacia la presa erguida.

El homínido acuciado, pondera, infiere, dirime. Opciones: morir, luchar, huir. Entretanto, ha oído una voz, tan enfática y grave que busca en derredor a un hablante sólido. El lado salvaje de su conciencia poliédrica ha tomado el mando, impone un lema simple, válido, universal, ácrono (refractario a la leyes del tiempo), debe proteger lo más valioso, su vida y la de aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos, conlleva ir contracorriente, luchar, copiar a los ancestros, fueron guerreros, místicos o artífices, fueron campeones, vencieron, ayudaron a vencer, alentaron el fuego, dejaron escrita la consigna del luchador en la prosa molecular de las dinastías. Precisa coraje, más una praxis (un enfoque práctico), encajar el presente, prescindir de aditamentos, camaradas, armas y componendas. El pensamiento crea acción, por consecuencia, estira los brazos al frente, los separa como si estuviera abrazando un tronco orondo y hace restallar una palmada única, tajante, sonora, conclusiva. No hay estridencias sobrenaturales o zarandajas eruditas, pero sí logró amedrentar al urubú saxátil del conformismo (la rapaz metafísica que se adhiere al ánimo, el buitre físico hospedado en los cerros peñascosos).

Toda reacción intensa, tal vez un pico inverso de glucosa en su torrente sanguino, deja al mapuche entre propósitos y veredas absurdos, dubitando tras los presagios de las gemas oraculares cuyo consejo permite desandar la senda tomada por error. Desde otra manera de mirar el panorama, ha capeado el segundo incidente del día, luego, la suerte rola (gira, sube, tuerce, retrocede) como el viento, además, solo chispea y la barcaza podría estar lista en pocas horas. Sonríe invicto, asume la

supremacía de los suyos, sobre la selva y las otras especies, advierte la misma actitud confiada y alegre que tuvo al cumplir la edad legal para emanciparse. Divaga. Hay acontecimientos únicos o experiencias o heridas inesperadas que alteran el curso del resto de una vida. Antaño había querido guerrear, cazar, tener esposas, criar prole, idolatrar al apocrisiario (emperador), contentarse, coleccionar lustros, servir a la patria y antes de todo alistarse en la enorme cabaña cuartel, donde los quintos se involucran en la ceremonia iniciática y el acto de clausura, entre ambos, un adiestramiento selectivo combina lo militar, el cariz cívico (normas que atañen a la convivencia pública), el aspecto docente y formativo, la cuestión religiosa y la dimensión ascética (orientada al perfeccionamiento espiritual). Hogaño (contrapuesto al pasado, distinto del futuro) evalúa en su totalidad lo aprendido y concluye que no le prepararon para repeler el ataque de las bestias, empero, sí asimiló el nivel teórico (el armatoste conceptual) y los conocimientos aplicados, al igual que los demás cadetes de cada promoción, iniciados en un curso preparatorio (propedéutica), sin distinguir oficio, especialidad o artesanía concretos. Para obtener el visado púrpura y la plena capacidad jurídica, tratan generalidades, lo fundamental, la mecánica del apareamiento, el valor dado a la familia, el origen de los clanes, un listado extenso de conocimientos, manipular el curare (paralizante), hacer mortífero el roce del dardo, el abatí analgésico, cómo neutralizar el tósigo (veneno) o elaborar charape (bebida con pulque, panocha, miel, clavo y pimienta); reciben adiestramiento sobre técnicas de combate y participan en torneos donde los luchadores pueden golpear con cualquier

parte de su anatomía, excepto con la pierna que les trabaron a un árbol. Las asignaturas son ordenadas por la ancianidad rectora, permiten adoctrinar, instruir e ilustrar. Siembran una mentalidad de respeto escrupuloso a la ley, a los mayores, al barón soberano, inoculan la savia del odio hacia el enemigo y nutren el temperamento para conseguir una actitud responsable que ayude a sopesar, con templanza, los actos propios y sus consecuencias.

Las sucesivas victorias militares del general vaivoda, Ochpantizli Cuatro Pico de Azor, han ido añadiendo estratos al bagaje consolidado del saber, por cuanto que rematan el saqueo, la invasión o las campañas de represalia, pero dejan intacto el orden establecido en las aldeas, más aún, absorben las costumbres foráneas, el acervo tecnológico, los ritos matrimoniales o funerarios, incluso el modo de copular, durante una transición que acultura a los vencedores y deja intacta la rutina social de los vencidos, completando así una paradoja histórica (una contradicción aparente o velada).

La escuela, monasterio, cuartel y laboratorio, Calmecac, filtra al alumnado según sus aptitudes. Unos aprenderán procedimientos rituales y preservación del fuego, los novicios. Otros reciben entrenamiento específico que endurece el carácter y aumenta la tolerancia al dolor intenso: los cadetes. Una minoría, favorecida por influencias familiares, aprende a mandar, simplemente. Cada trienio, merced a un talento paladino (claro y notorio), alguien es promocionado a transportador especialista o accede a los entresijos del archivo notarial y la escritura anudada. El resto seguirá itinerarios diversos,

empiezan a destajo como aprendices, atienden encomiendas, roles agropecuarios, serán lacayos que recogen las presas en las cetrerías y las partidas de caza con hurón, arriman capazos en las obras, cuidan el atrezo en los certámenes gladiatorios, portean, catan, empujan, arrastran, sirven, sostienen, recaudan, entretienen y lo que haga falta, atendiendo al criterio del caporal intendente. Durante el período de instrucción, los conscriptos (internos) practican el compañerismo o la camaradería, comparten valores y penurias, fraternizan, beben atole o pulque, mastican coca y fuman cáñamos y hojas arrolladas de tabacos cubanos. Aprenden a hombrear³ (aparentan empaque y compostura propios del adulto).

A las primeras sesiones lectivas compareció el maestro yumeco de claridades, Jimagua. Diserta como si pintase colores y figuras en movimiento, simplicidad; atento al ritmo, cuida el timbre, las pausas, modula una voz que atempera el ánimo inquieto. El alumno quedó abstraído por la oratoria del rétor letrista, su forma de compasar el discurso, induce a pensar con los sentidos, ayuda a intuir conceptos, permite ver y palpar las ideas, como si su cabeza fuera un lenzuelo (una sábana) donde estampa y borra un sinfín de artefactos y excipientes ilusivos, gente de los cuentos, fenómenos o chacras (o alquerías) y toda suerte de ocurrencias inéditas pero comprensibles.

Otro día bajo el umbráculo de framboyán (a resguardo de la solanera), tras imantar el interés del estudiantado, la alocución adquirió un sesgo enrevesado. No entienden al dómine innovador, que verbaliza como acostumbra hacerlo, sin elaboración previa, según discurre y piensa a voces, sobre

ballestrinques (anudados) y emoticonos, defiende la conveniencia de modernizar los hábitos, el idioma, la presentación del idioma, corregir la inercia a la pereza, me refiero a unir caracteres en palabras, montar frases y párrafos, etcétera. Las gentes, a cualquier hora, crean y transmiten o reproducen detalles, nadie existe sin emitir o captar información. El último dogma quedó flotando sobre la escorrentía de alumnos que se había agolpado contra la empalizada para presenciar el desespero de un coatí, inmóvil entre las fauces ensangrentadas del ocelote. Nahui, ajeno al espectáculo, permaneció sentado sobre la estera, sumido en sus averiguaciones intelectivas, ha decidido ser orador o parlamentario, dominar la elocuencia, aunque evita considerar de inmediato las dificultades que plantea (su intrínquilis).

En esa torrencera de sucesos inconexos, el hijo de un metalúrgico y una comadrona, otra vez bajo la lluvia tropical, entresaca al azar cabos sueltos desde su memoria episódica, paseos noctívagos, una cesta con buñuelos de yuca, risas contagiosas, pálpitos, la voz lapidaria (concisa y solemne) del venerable preceptor cuando mencionó la falta de humildad en el corazón avariento, el que mata o muere por negar la evidencia, a propósito de Milcíades, cerrando sus tribulaciones mercantilistas con una sentencia candidata a repetirse en los foros letrados: “La rueda no sirve para la jungla”.

El recluta había pasado aquella noche despierto por una imaginaria (con tareas de centinela), al raso, bajo una bóveda celeste sin abalorios ni luces poéticas. Aprovechó el silencio y la quietud del campamento dormido, mastica paloduz (raíces

de regaliz), medita, por así decirlo, a falta de la parsimonia o el detenimiento con que reparó en el color de su piel, más pálida que la del resto de nativos y menos resistente a los perjuicios solares, se pregunta si la tonalidad turquesa en su mirada será suficiente para domeñar o cautivar a Maru Duchibela, la mujer hembra asegura que los hombres demonio de las profecías y las entidades del inframundo, los teules, poseen la misma arrogancia en el cristal de los ojos, dando a entender que le impone respeto, pero eso no significa nada, también el Machu Picchu infunde consideración.

El aguacil, a solas con sus devaneos, rememora la sonrisa entre ingenua y maliciosa, la pulpa de sus labios de remolacha, el movimiento en las protuberancias dominicales que cimbrean bajo el sayo ceñido. Estuvo a punto de rendirla por completo, pero a última hora lo separó con las dos manos diciendo: “Haz méritos y tendrás la ración entera”. Desde entonces, la exuberante Maru le saluda siempre con la misma expresión misteriosa: Ficbuc (no significa nada porque es inventada).

El soldado de guardia, el astillero en los arenales, deja el tema de su indigencia afectiva para más adelante, reflexiona en el sentido accesorio o principal de los sucesos que en sí mismos son triviales, aunque propician las siguientes vicisitudes y estas, a su vez, originan más eventos y un desenlace final, el que se clava y duele como una saeta, mientras los sanadores yerberos no encuentran causa cierta o remedio válido. Ratificó su vocación profunda, quería transportar datos, ser un sabedor, semejante a Pachacuthi o Atahualpa, convertirse en tlacuilo, regentar una casa de

códices, rendir pleitesía a la diosa erudita, Xochiquétzal, superar la oposición, cada examen, entrar a la escuela de escribas, aprender, conseguir nombramiento de numerario (fijo en plantilla), abarcar nudos semánticos, linajes, caligrafía experimental y más desempeños: topógrafo, agrimensor, letrado, contable, enseñante.

Aquella aspiración había sido un cataclismo doméstico, Ñamandú reprochó al hijo su amaneramiento burgués, aquí no hay sitio para ilusos y vagos, serás un hombre de provecho, ya tuvimos suficiente con tu tercer abuelo, el pobre, con el cuento de notarse un agobio por dentro, un sinvivir, un no sabe qué, dejaba a la parienta repantigada y se ponía a bregar en la cocina, indiferente a los comadreos y el oprobio (la afrenta), defendió que guisar era un arte y por ende un acto neutro y válido para cualquier género creativo. Más allá de las excusas y los ideales igualitarios, ensayó las mezclas, el sabor clásico aderezado con notas sorprendentes e inesperadas, se hizo especialista en confites y postres, lo recuerdan por añadir canela a las natillas y azafrán o pinole (polvo de soconusco) al bizcocho. Dio a conocer la primera tableta crujiente de chocolate sólido, pero el formato no cuajó entre los usuarios, acostumbrados a la versión líquida, entre picante y amarga y levemente dulce y energética del cacao.

Ñamandú, a su manera, puso al abuelo como ejemplo del hombre estrambótico, de poca virilidad y menos fortuna, a continuación exhibió su bíceps descomunal, esto lo tienen los machos, no las marimoñas que van por ahí con las uñas pintadas, mentalízate, madruga, sufre, trabaja duro, haz que el

comandante se fije en ti. Siguió elevando el tono de la voz mientras sermonea al primogénito, deja claro que las élites comendadoras y la casta edicilia son quienes eligen el curso del mundo y emparejan el orden natural, los demás, sin privilegio, concesión o dispensa, no pueden sustraerse al estigma con el que nacen.

El mester de escribanía, tras el licenciamiento, cerró el caso, sin dar explicaciones ni creer que fuera necesario justificar el poderío de la ley, apenas dijo: “Imposible, serás temporero”. Ergo, el liberto irá recibiendo tareas esporádicas, encargos y desempeños comunales, desmarojador (quien arranca las hojas inútiles), buzo cosechero de esponjas marinas, peonías. Solo cuando pasaron suficientes jornadas sin que hiciera nada distinto a anhelar, comer, dormir y laborar, supo que estaba atrapado en una doblez de las circunstancias, como la rueda en una manigal (bosque pantanoso e impenetrable).

Desde otra perspectiva, ningún Yupani ha sido un titán memorioso o sesudo, ninguno tuvo facultades preternaturales, una fuerza excepcional o una capacidad abrumadora. Ñumandú, el padre, aunque es un gigante halterófilo (levantador de pesos), tiene unos hábitos, una mentalidad y un proceder rudo que desdican el refinamiento paciente y la sensibilidad erudita de los transportadores olímpicos. Eréndira, la madre, promueve la vida y la perpetuación de los linajes, pero por su condición de partera y nodriza. Asegura componer la suerte con sus adivinaciones, en el fondo induce a las consultantes a encauzar su energía y sus pensamientos hacia un devenir que, si

bien puede acabar como predijo, tiene una explicación diferente al don profético.

En resumen, el recluta intentó un epílogo para sus destellos filosóficos, darse ánimos, agarrar una certeza, al menos creer que un día promocionará, será persona, casi feliz, en plenitud. Había reflexionado a propósito del gurú Jimagua, reparó en su afán por manipular a los demás, recordó a Maru, al tercer abuelo y su excusalí (delantal pequeño). A la hora del relevo sigue enmarañado en sus disquisiciones, consideraba ese afán por descubrir, atesorar y divulgar verdades absolutas que, curiosamente, nadie más conoce ni sospecha. Gritó al camarada que sin novedad en la jungla, y arrancó con paso ligero hacia los barracones, convencido de que allende hay un otro mundo fascinante y vertiginoso, no apto para rezagados y somnolientos. La amplitud del temario impone, debe aprender rápido, asumir nuevas habilidades, queda un grande trecho hasta obtener el visado por cuya virtud se convertirá en manumiso (libre).

A mitad del semestre lectivo, entró al aula un adivinador presbítero (sacerdotal), tras postergar a otro ministro zoroástrico y al oficiante arreglista o Armin Van. Era enjuto, óseo, melencólico, de maneras amplias y mirada ingenua. Hizo una reverencia teatral sin presentarse, clavó tres estacas en el suelo y acopló al trípode una pizarra grande e irregular, después dibuja a tiza un embrollo de guarismos, arcanos y símbolos raros, más unos trazos mal parecidos a una raspa aumentada.

Solo cuando empieza a hablar, adquiere entidad orgánica, disolviendo la entelequia que le rodeaba. El sonido de su voz

suenan afectados, cual una mujer que finge ser varonil, señala los jeroglíficos y anuncia que la cuenta oficial de los lustros en el calendario están confundidos, por sabotaje, anomalías mecánicas de los ábacos, o manipulaciones populistas, o por impericia, o excesiva carga burócrata. Apenas concede una pausa y prosigue, en apariencia, con su teoría rocambolesca (exagerada, inverosímil), o quizá, en una actualidad menos evidente, intenta prender una chispa subversiva. Mechique explica los fundamentos de su terrible descubrimiento, habla sobre la estrellería diáfana, el grafo dibujado por el tránsito del cometa juglar, las idas y venidas de los siete ciclones mañaneros, las siete reventazones del volcán energúmeno, los ocho nodos cabalísticos deducibles a partir de la alineación luciente observada durante los ortos bobos (al ocaso, en la alborada), más otras evidencias, señales, métricas y pronósticos verificados por la comunidad de calculistas y astrónomos contadores. Asegura haber encontrado sumas incongruentes y restas arbitrarias en la contabilidad pública, tachones y raspados, letra pequeña, embolicados, deuda infinita, cargos absurdos, redundancias jocosas; en resumen, una cronología ficticia, pues atraviesan un capítulo histórico posterior al reconocido por los decretos, ulterior a las lunaciones que manejan las generaciones más añosas.

La revelación produce un primer estupor entre el alumnado, una oleada de murmullos. Enseguida manda callar y propone un corolario, sin preocuparse ahora por disimular su intención de adoctrinamiento. Como no están auspiciados por el dios dador, Nanahuatzin, quien se parió a sí mismo, los ruegos y ofrecimientos serán elevados al noveno sol regente, Otihuacán,

quien mueve los mundos. Pedid que interceda, ataje las calamidades y haga prosperar vuestras cosechas y embarazos.

La noticia resbala por cada discente (alumno) de igual modo, deja un sedimento captado con el núcleo del discurso, la conflictividad sin término, el descontento, la excesiva parafernalia de los triunviratos recursivos, la ojeriza entre paisanos, la resignación de los humildes. Los quintos, por edad e instinto, piensan en lo inmediato, quieren graduarse con honor, salir al exterior, agarrar a una mujer hembra, vivir la adultez. Tienen la sensación de estar perdiéndose algo bueno, por ende, rehuyen la complicación, meter baza (intervenir en asuntos ajenos), implicarse con los anacronismos de Mechique y la arenga subrepticia que induce a participar, suscribir o alentar una revuelta civil. Mejor dejar las cosas como están, deciden al unísono, saber mucho es tan malo como no saber nada, dicen para sí mismos, sin oír la malla de coincidencias urdida por el espíritu común.

El preceptor cierra el preámbulo, meramente tangencial, inserta un silencio estratégico, quizá para permitir que el auditorio discurra, puede que intentase intrigar o acaso daba a entender el contenido solemne del tema siguiente, esta vez coherente con el programa obligatorio. La capacitación exige aleccionar sobre el fuego nuevo, una realidad custodiada por mercenarios y aporreadores, a las afueras del templo relumbrante, frente al adoratorio de las deidades clásicas y las estatuas de barro cocido, donde aherrojan a los entes malignos señalados por la profetisa, una anciana inmemorial que aparenta ser pubescente y es capaz de anticipar el fátum (porvenir)

olisqueando a los consultantes. Alrededor del palacio de encantos existe un tráfigo continuo de mercado grande. Hay maestros orífices y bisuteros preciosistas, que purifican el mineral, pulen metales, siluetean amuletos. Hay talleres y curtidurías donde empezaron a tratar una suerte de papiro. Echan escoria, cal y cortezas madereras, aplanadas a mazazos, esperan un hervor, el peonaje es llamado al orden, conque deben incorporarse a la cadena de procesamiento: frotan con lija el producto, troceado en rodajas gruesas, advertidos de las consecuencias en forma de regañina o azote si no trabajan rápido y callados y obtienen, al fin, una lisura sin tropiezos en cada una de las obleas con que los sabedores están sustituyendo el modo de producir, almacenar y transmitir la información.

El progreso tiene un vórtice, como los ciclones. En la edad sensata, parecen ser los innovadores alcohólicos, considerando la predilección y el fervor que obtienen de los burgomaestres achispados. Antes del favoritismo, supieron ligar hierbas y raíces y frutos, con buen criterio y mejor estómago. Usan enormes calderos, alambiques, redomas y alcallería (vasijas); filtran, destilan, subliman, decantan, cuecen, miden, tiran todo y vuelven a comenzar el sinfín de permutaciones, intercambios y analíticas, hasta obtener una fórmula original y variedades fermentadas de agave, mezcal, licores espirituosos y angosturas; cuyo grado de causticidad, dulzura o amargor y su dureza ética aderan (tasan) haciendo beber la golosina a los prisioneros esclavos. Adyacente al gorgotear y el burbujeo en el aire aromático que exhalan las bodegas, ubicaron el área científica y de investigación. Ocupa una chinama endeble, fabricada con adobe y tepetate (conglomerado arenoso), entre cuatro estacas

esquineras y una cubierta de zarzo (mimbres y juncos tejidos). En el portal, a la intemperie, un manito inventor chasca pedernales, pórpidos; convencido de que, tarde o temprano, una miga incandescente prenderá la fajina (leña ligera). Más allá del ruido y la telaraña de olores, se extiende el distrito residencial, un tridente de avenidas con rotondas y estanques y lacayos ambulantes que asisten a las señoras principales si padecen un sofoco, un vahído, una fricción, cuando pasean bajo el tafetán de las sombrillas. Las parcelas, dispuestas en hilera, tienen jardines suntuosos, estatuas esculpidas con setos, hontanares helénicos de alabastro y bohíos adosados a las cabañas ministeriales. Desde las terrazas los archimandritas y dignidades contemplan la extensión panorámica, el sortilegio impreso en los sasafrás (árboles lánguidos, árboles perfumados), los acahuals vueltos hacia el artificio solar, las obsidias alrededor de la hoguera grande y viva del poder que evidencia lo divino inefable (teofanía). Entre los humildes nadie ha conseguido acercarse, pero todos saben que está allí, oyen la cadencia monótona del canto coral de las mamaconas (ancianas castas) y las ménades (celebrantes), alientan al fabuloso animal rusiente (como un metal encendido), cubierto por encrespaduras y venas sinuosas y espigas radiantes, oyen el crepitar, el crujir, como de huesos rotos, el azogue que consume la charamusca y los leños, oyen desde lejos la virulencia de sus eructos, que rocían el aire con una exhalación de minúsculas centellas fugaces.

Considerando la veracidad notarial atribuida a un apuntamiento (extracto) rubricado por el oidor titular en la Audiencia de los Confines, en el quinquenio del tecnócrata, Outbe Casi Alcotán,

un charro de Vitigudino, con notable pulso y excelente desempeño, encontró un modo eficaz de reproducir el milagro de la ignición. Sintetizó la complejidad formal y el procedimiento técnico en una frase: “Atina a chascar dos piedras sobre la tamuja” (hojarasca). Hasta entonces, habrá un manantial raro de greñas y arroyuelos encendidos y mechones ardientes, devorando la pinaza y las conjeturas, robustecido con hulla y fermentos de un sapropel compacto y mucilaginoso que extraen mediante una minería penosa.

El ombligo del mundo atrae a las gentes de la ciénaga, a los continentales, a los habitantes del páramo, a isleños y forasteros ambulativos. Llegan con un cetro rutilado o un báculo de peregrino o un caldero que también usaron como tambor, tras sobrevivir a los últimos embates monzónicos o algún pillaje devastador, convencidos de que el negocio amistoso y la diplomancia prudente generan un beneficio mayor al obtenido por la fuerza. Las consortes se llevan las manos a la cabeza, dejan claro que su situación es crítica, desesperada, y entre lamentaciones ruegan que alguien me haga el favor, por la deidad Jurupari, de avivarme este rescoldo cabezón.

El tropel de peticionarios, aduladores, también espías y beatas, desborda el lugar (entre villa y aldea), con tanta frecuencia y tumulto que acabó por trastornar la convivencia tribal y el quehacer ordinario, más aun, la crispación y el descontento convirtieron las riadas humanas en un problema de Estado, que atañe al orden público, por consecuencia directa, intervino una cabeza pensante del director canciller. Amacuro es un hombre retraído, aunque unos polemistas defienden un parecer distinto,

puntualizan que desarrolló un talante reflexivo y cauto por o para prevenir la maledicencia. No importa, un dilema grave requiere su atención, necesariamente ecuánime.

La cordonería de los nudos biográficos retratan un semblante adusto, unas manos entrelazadas a la espalda, una doncella fenicia que sigue a la silueta pensativa por la hacienda y va difuminando sus huellas, por una creencia supersticiosa y un fervor maternal. El estatúder jurisperito admite esa manera primitiva de confundirle los acechos a la chachalaca de la muerte, y entorpecer las intrigas del estamento terrateniente o la oficialidad avarienta, como si al discurrir paseando dejara un óvalo narrativo de incriminaciones sin rigor probatorio, que deben ser borradas al instante con el mismo empesador despeluchado de raíces silvestres que usan los tejedores para atusar las urdimbres del lienzo.

Luego, este sentido exacerbado de la prudencia, incita a los detractores del lexiarca asesor Amacuro a propalar campañas difamatorias, a torcer el equilibrio del talión (pena idéntica al daño causado). Amparados en las muchedumbres, prejuzgan y extienden una legalidad paralela, arbitraria, oportunista, favoreciendo la misma prepotencia severa que intenta corregir. Entretanto, los cuestores de oficio siguen empantanados en la torrentera sin contención ni enmienda de la malicia humana y la firmeza tardía con que publican sus edictos conclusivos, donde por cada litigio sometido surgen cien pendencies con mala pinta, riñas tumultuarias, amojonamientos falsos, cláusulas, dotes, martingalas, hostigamientos, repudio, afrentas y machetazos y bastante saña (ira, enojo, también rencor, crueldad

vengativa y deleite al ocasionar el daño). Ajustician a pródigos, tahúres, agoreros delincuentes, brujas, proxenetas, ladrones, adúlteras, timadores, chantajistas, gentuza (la peor calaña). Todos cercados por el aura pensativa del oráculo inminente, ajenos al haz de nervios tras el pensador, acostumbrado a la voluntad antojadiza de los régulos comendadores y al trato aséptico con las once emperatrices ilustradas, habituado a las digestiones favorecidas mediante tisanas de anís y eucalipto del caudillo emperador, las que aprovecha para hacerle una visita, departir en tono informal y entre infusiones, deja caer algún asunto espinoso, un indulto, algún aumento presupuestario. Así funciona la política, comenta después a su ordenanza.

Amacuro vigila los impulsos de la casta influyente, la que levanta y sostiene imperios, pero cuyo desaliento puede, también, aniquilarlos. Es un analista que sigue las fluctuaciones del estamento humilde, un sabedor avezado en los rudimentos de la plática persuasiva, verbigracia, justifica la lentitud con que transcurren los formalismos, dando a entender la irrelevancia de la voluntad humana en el orden burócrata, las cosas de palacio...van despacio, asevera, entre sarcástico y paternal, e incluso, entrañable, según la sensibilidad femenina.

Los días previos a la sentencia, le vieron cogitabundo (muy pensativo), inmerso en su andamiaje conceptual, alambica hechos, detalles accesorios, considera la casuística (los supuestos singulares), atiende la jurisprudencia, el parecer rústico, tamiza el fárrago, usa el cedazo del sentido común y extrae, punto acápite, la savia resolutive. Así pues, con el

veredicto ovillado en una cabuya de bramante, convocó en la plaza consistorial a la población leguleya (quienes no dominan el bisturí jurídico). Esa fecha, rodeado por una escolta ligera de auriñacienses cejijuntos, dirige al vocero sobre el brocal del pozo de los deseos, para que publique a gritos el veredicto. Primero reconvino a las mujeres por azuzar a los esposos, a quienes reprocha su falta de solidaridad (ayuda, defensa, favor). La voz discreta del decurión convertida en torrente mandó callar a los alborotadores que vindicaban el derecho a no sentirse extraños en su propio terruño. Aún no he terminado, pido respeto, pido misericordia con los males ajenos, paciencia con los propios, pues estas turbas molestas de migrantes, hortícolas y pedigüeños tendrán su remate cuando aprendan a buscarse la vida y enardecer la yesca. Era una apreciación objetiva, controvertible o no, repetida en su literalidad en el campamento monástico por un proveedor con pretensiones incendiarias, parco de carnes, voz aguda, mirada oblicua y rostro apergaminado.



N.B. - GLOSARIO

1 ↑ El botánico Héctor Weberbauer y la agróloga Raquel Wallace.

2 ↑ La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza alerta del peligro de extinción inminente que amenaza a los mamíferos denominados lémur.

3 ↑ El regimiento abandona el sentido civil de la realidad, sin detectar las cerbatanas camufladas. Primer mandato, no piensen tanto, sientan, respiren, compartan aire, el aire trópico, olviden a padre, no son futbolistas, olviden a madre, no son pitusos, empiecen a pisar el suelo, porque cuando acabe con usías desearan haber nacido con la mismidad de Once Hierro y la ligereza del pensamiento. Un día, en algún momento, significa hoy, ahora, la mayor distancia que recorrerán empieza dentro de vucencias, no he venido a dar arengas incendiarias, apenas un recordatorio, no practiquen la promiscuidad, sean un hombre no más, por tanto, con derecho a siete -solo siete- esposas. Aquí viene el recordatorio, soñadores, voy a echarles tanto sufrimiento encima que les hará aguzar el oído, para que el gran jefe no deba repetir dos veces cada orden. Pisar -es imperativo- la tierra, no sé su parecer, pero es áspera al tacto, templada, patriótica, sempervirente, huele a mujer, a buena mujer, podrá estar asilvestrada, reseca, en barbecho, con inundaciones; no importa, es el único terruño que soportará sus ronquidos, como buena esposa, hasta el final de sus desordenadas juventudes. Aguantará a cada uno de los herederos de mal parecido que prolongue la estirpe. La cuestión es simple. Segundo mandato, trabaja duro y ganarás trofeos, hazlo en equipo y conquistarás mundos.

II

EL CAIQUE ESTÁ RECLINADO SOBRE EL varadero, cubierto por una frazada de aljófares y perlas menudas y adioses líquidos, que espurrea el océano en cada uno de sus resuellos de ballena asmática.

A principios del siglo de los días felices, una fundación gestionada por particulares, con fines divulgativos y patrimonio subvencionado, rehusó publicar, en su gaceta sobre sociedad y naturaleza, un artículo rubricado por el investigador americanista, Jaime Smith. Es verdad que hay una cizalladura (deformidad) antipática entre la editorial republicana y un monárquico, aunque aducen el tono excesivo y agorero encontrado entre líneas, subrayan una muestra: La temperatura ambiente y sus fluctuaciones bruscas hacen eclosionar a destiempo las huevas de los anfibios, las tintoreras preñadas agonizan sin las aletas que le cortaron los marchantes furtivos, sobre las costas yacen sirenas escamosas y engendros con agenesia, cuyo peso requerirá varios porteadores para su traslado. En resumen, una columna de opinión exagerada y alarmista, que empuja al capital especulativo a contraerse.

El ensayo entró y salió de papeleras, cajones, archivos; sin que nadie le prestase atención o lo destruyera, recorrió cinco carpetas, tres baúles, algún mamotreto, hasta recalar en un lote de antiguallas, que el magnate Orlando Gascon puso en circulación mediante una subasta para mitómanos adinerados.

La adjudicataria facilitó una copia literal al comediógrafo Eduardo Amendola, que a su vez tuvo a bien regalar un facsímil a gente del cine y en pocos días el supuesto códice era de dominio público.

Ed leyó la crónica local narrada en tono literario por los anudadores biógrafos, los trípticos archivados por los sabedores, la afectación y los tres espíritus de Nahui, el estilo mendaz, su manera ansiosa de buscar compensaciones afectivas mediante el drama. Como pulcro argumentista y dado a recomponer las torceduras de la imaginación, dictaminó: “Son novelerías”. Empero, parece ignorar a quien necesitó construirse una solución a medida, un batel para escapar del predio de chabolas, albercas y corrales, donde barrunta, por indicios estadísticos, que envejecerá ignorante, con la expresión patibularia del ceño apretado y la sensación de haber perdido la dirección en la torrentera del esfuerzo infructuoso.

En los astilleros, vadea un calendario inventado, los duermevelas, la infracción que cometió al salir del convento para barzonear al raso (vagando por ahí), agobiado por los demonios de su jungla interior, la serenidad paralela al azogue, los rumbos contradictorios que el amigo hermano Irepane y la bella sonriente Maru, suscitan en su cabeza. Con la lógica ineluctable del verbo pluscuamperfecto, ha perdido el rastro del cachorro que perseguía para desclavarle un coendú (parecido al puerco espín). Aparca el nervio analítico y las ideas recurrentes, conmovido entonces, por la crueldad del camalotal (a orillas del pantano), donde la vida se alimenta de vida. Por un impulso espontáneo hacia causas perdidas de

antemano, el novicio emprendió una cruzada redentora y absurda, se propone corregir el orden primitivo, restablecer la misericordia tras el temblor de cada presa liberada y su regocijo al volar de nuevo hacia una segunda oportunidad. Rescata a un abejaruco en la despensa del alcaudón, bordea un río caudaloso e infestado de machos caimán y enjambres de insectos luminiscentes, que remueven un aire cuajado de olores y crean la alucinación de aquello que no está presente: marisco, rosaledas antiguas, frutas rancias.

Un trecho después, observó los fragmentos a la deriva, parecen salir de las profundidades del bátraco (una pesadilla, un infierno), pues no les encontró nombre ni semejanza con los de su especie, luego, el perfecto oidor apenas entiende la abundante gesticulación del recluta, los ítems recién inventados para el alegato ante el tribunal militar, dice su señoría, fue un abrir y cerrar de ojos !bum!, en esto que llega otro río arrastrándose por encima del cauce primero, me dejó pasmado como un bumbulín (un renacuajo).

Anteriormente, había percibido el aliento pútrido del último huemul andino descuartizado por la fiebre industrial; avista sarcófagos antropomórficos, cacharpas (trastos), follaje caedizo, una siringa (una zampona, un flautín), pomos y albarellos traslúcidos por cuya sumidad brotaban penachos de vitriolo y estelas de serpentinas tóxicas y un vapor mercurial que quiso coger con las manos sumergidas en la corriente neolítica. Zascandilea (sin hacer algo de provecho). Oye a lo lejos el viento grave desde un clarín centinela, un cuerno de venado grande muge, un toque, a la hora en que la morriña confunde a

las crisálidas y la luz de berilo colorea el véspero, y lo transforma en un cuento organoléptico (sensitivo). El segundo bramido resbala por el soto (las riberas arboladas), una pausa, último aviso, el tercer retrueno pone fin a la aventura, se acabó la misión heroica. Llaman a retreta, advierte y aligera al cuartel, cargado de ideales, agobios y cuitas sin resolver.

El infractor fue enjuiciado y deberá cumplir un confinamiento septeno en el bajareque (un cubículo), tan estrecho que duerme encogido. El castigo restringe la dieta hasta la privación total, de modo que muchos días lame el rocío a su alcance, sorbe algunas campánulas que descuelgan por entre los mimbres, incluso, apresó un colibrí al vuelo y lo desmochó de un solo mordisco desesperado. Desde entonces, gobierna el mechinal, cercado por varales, guijas y pellejos que atraen a las moscardas. Piensa, o recuerda haber oído o quizá soñó antes: “El señor de las moscas”. La penalidad, en el fondo, surte un efecto distinto al correctivo, alienta la misma galbana (esa negligencia) que pretende suplir y castigar. Al término, aparece embrutecido, orina a gotas liberianas, sin encogimiento ni recato, contornea la cintura, indiferente a la expectación, riega de hastío líquido la deuda carcelaria recién cumplida.

Irepane ha preparado un agasajo de acocotes (calabaza con aguamiel), sugiere ponerle al día (actualizar sus conocimientos), hace un repaso superficial de las lecciones atrasadas, evita los puntos controvertidos, los más abstractos o metafísicos (difíciles de comprender), repara en los vaticinios bisbiseados por un provicero que lee la geometría radiante de las piedras preciosas, trata sobre el advenimiento virreinal, vendrán centauros,

unas bestias fuertes, de dos cabezas y cuatro patas y torso humano, marineros con pelos en la cara, que viajan en chalupas enormes y obedecen a un gurú engolado, cuyo ojo extensible le permite acercar los objetos distantes. Traerán la enfermedad de la risa, el sarampión y la viruela, el catecismo, nos traen remedios medicamentosos, saben cegar hemorragias y fortalecer a los tísicos, mentarán a don Camilo, regalan azúcar en terrones, música alegre, coplas y artilugios vistosos, como alas de murciélago que permiten espantar la flama. En un futuro mediato, llegarán los buitres del Viejo Mundo.

Otro agorero, remata Irepane, intenta animar al aborrecido por las estrecheces, incomodidades y carencias del presidio, a continuación explica que el agrimensur más avezado fija los confines en el pliegue panorámico hasta donde alcanza la vista, por ende, el anuncio de ultramar no será distinto a una superstición que cuentan los abuelos a la prole ávida de misterios y espectacularidad. En todo caso, contradice las señales de las noctilucas (la fosforescencia de las luciérnagas), que, de vez en cuando, o con una frecuencia esporádica, salen a propulsión desde el llamazar (la ciénaga), guiando a las ánimas de los difuntos recientes, y pronostican el amansamiento de las bestias y la convivencia pacífica entre las tribus.

Nahui tiene tendencia a la dispersión, a dar muchas vueltas sobre lo mismo. En el displayado, un manotazo súbito de viento ametralla con arena el rostro del charrúa, le cega un momento, pero funciona como un recordatorio. A su alrededor hay un universo de fuerzas contradictorias, reacciones en cadena,

encontronazos, carambolas, turbulencia, reventazones y constreñimiento. Es conveniente estar en guardia, a la defensiva, presentir o anticipar los cambios de tendencia del predador, pues los reflejos retardados, más en la selva, auguran una muerte prematura. Desde mucho antes, tenía pactado consigo mismo una seña realista, hecha a intervalos discretos, para ratificar que no anda por ahí de cuerpo completo, dando estopa y brea desde su imaginación o poniendo tildes estilistas a Maru, sin estar presente en cubierta, sino adormilado entre nimboestratos y refracciones, resolviendo con cuatro brochazos el bautismo de un navío ilusorio, que se esfumó dejándole una sonrisa amarga y un demonio nominativo tal que Rocinante.

No siempre cumple el ritual maniático de confirmación, impuesto para mantener sus demonios a nivel freático (subterráneo), desde que le flechó una marismeña yanomami. Había surgido por entre la claridad del cocotal, arrogante como una ensoñación orgánica que transita desde los códigos a la fantasía. Lleva sobre los antebrazos y contra los pechos pletóricos una badana con acículas y grelos (vegetales envueltos por una lámina de cuero), suficiente para mullir un tálamo (el lecho) de recién casados. Progresa envuelta por una condición esplendente, un recato, un brillo de malicia inocente, con el huipil (sin mangas, escotada, bien de adornos), un anaco faldero (una tela ceñida desde la cintura hasta los muslos), una diadema que engarza pensamientos y jazmines. El esperador, Nahui, baraja calificativos, homínida, saludable, majestuosa, Tlali Nantli (Madre Tierra), la que hace recitar poemas, mujer,

tangible, hembra terrenal, cejijunta, asilvestrada, terrosa, sólida, otra vez densa, perfumada, etcétera.

El vocabulista, bajo la sombra alargada del bucare protector, mira pasar a Maru Duchibela, de súbito, tiene un destello estilista, omite el protocolo de cortesía, la discreción, el análisis sobre las repercusiones negativas, la norma vigente acerca del acoso, el posible efecto distanciador, aun sin malas intenciones, soltó a bocajarro una sugerencia, piropo, alabanza, consejo, delito tipificado, o comoquiera que llamen al acto de dirigirse a una moza para espetarle: “Recórtate los pelos de las axilas, diosa, serás arrebatadora”. La hermosura cariacontecida (apenas turbada por la impertinencia del admirador) no detiene los andares resueltos, clava una mirada de conmiseración, sonríe, transpira pura sicalipsis (encanto), entresaca el ápice de la lengua sin despegar los labios y en ese instante piensa: voy a tener suerte, pero exclama: ¡Gugol!

Analizando con más escrúpulo y a la defensiva el pretérito encordelado en su memoria, tira del ramal de los sucesos antiguos y regresa, en sentido imaginario, al sombreado estilista frente a las plantaciones. Acaba de poner la mano como parasol, para distinguir por la vereda a Irepani, el amigo hermano, causante, a medias, de su mala fama. Tenerlo cerca había sido una expectativa rutinaria, después evolucionó; sucesivamente fue deseo, anhelo, necesidad, inquietud febril, ansia creciente, hoy es desesperanza, otro motivo de ignominia (deshonor).

En la fase vehemente, quiere salir del mundo a punto de colapsar, le estorba, necesita meterse dentro del otro cuerpo con Irepani, como un hombre que también es mujer y anciano y

niño y animal y azalea. Sonríe y calla, está petrificado, tiene ganas de llorar y reír y correr por la pampa hacia la eternidad donde dormitan los soles lunáticos, todo a la vez, apelotonado en su cabeza. La acuarela del paisaje se destiñe, excepto el llanero cazador que está llegando, envuelto por un relumbre (una luz) de colores nítidos. Está vivo y anda rápido y siempre habla sobre temas importantes. El americano tiene la piel sudorosa, los ojos caoba y la tez irradiada desde una sonrisa saludable. Ha estado en una batida de caza menor. Trae una pica apoyada en el hombro, con una sarta de ánades y zarapitos que todavía agonizan. Oye el chistido del amigo hermano y reacciona, muestra el tendadero con una actitud de suficiencia, sin deshacer la expresión ufana o rozagante (complacido, satisfecho), no modera la acritud con los aprendices que le acompañan.

Sorpresivamente, arroja una pieza al espectador. Está trucada y se deformará por la fuerza del agarre, activando un mecanismo burdo hecho con resortes y el tegumento estomacal de un carnero, mal cerrado con respuntes tras insuflarle tequila. La trayectoria se curva hasta finalizar en un estallido de plumas como estaba previsto, suelta los taponamientos y la presión libera un surtidor de chorros hilarantes, que se agotan enseguida y dejan al pavipollo despeluchado dando giros sobre unas manos atónitas. Las carcajadas y rechiflas de Irepani atraen a los curiosos, al aperador (el encargado), a tejedoras de mimbre, cesteras y pedreros, a las muchachas que cogen naranjas en las huertas. Nadie sabe qué ha ocurrido pero la risa se contagia de unos a otros, miran al muchacho pringoso, goteando lamparones de melaza y licor; aprovecharon la

algarabía para tomarse un receso, llenaron el ambiente de ruido, interjecciones, onomatopeyas, voces sin malicia, empero, desde otra perspectiva, por debajo del limo circunstancial de trivialidades, el brazo hercúleo del destino había empezado a martillar fuerte, sobre el yunque donde forja destierros y soledad.

El clan inculca a sus jóvenes una norma básica para la convivencia, que obliga a resolver las fricciones y conflictos entre vecinos mediante una solución pactada y amistosa. Quebrantar este mandato acarrea una respuesta punitiva ejemplarizante, pero exonera los supuestos agresivos con causa en la defensa legítima, el miedo invencible, o la rudeza al negociar de igual a igual, como calificaron la pelea posterior entre Nahui e Irepane. Ambos permanecen juntos, mientras la algarada se dispersa y el tropel de lugareños vuelve a la rutina. Poco después todos volverán, atraídos por el vocinglero y los crujidos de las ramas partiéndose, bajo el forcejeo y la densidad orgánica de dos arahuacos grandes que pelean entre sí, a la hora en que el aire huele a hogueras y tierra mojada en los bancales.

Entre los testigos oculares, unos describen la expresión enloquecida de Irepani, parece a punto de ahogarse con los espumarajos de su propia rabia, intenta inflingir un daño severo al contrincante. Otros deducen que Nahui anda con gusarapos en las tripas y algunos consideraron culpable a Cthulhu, un duende de mala sangre que promueve discordias y animosidad. Durante la reyerta, se repartieron puñetazos como panes, un golpe en la quijada derribó a Nahui, mientras cae hacia atrás el tiempo

continuo se desglosa en una ristra de instantes únicos, donde nace y muere y en medio vive, en parte, su herimiento, el ramo, la pleitesía, los ornatos repetidos en la estela de lirios y borrajas del relleno y la orquídea difícil, cuya floración tarda una centuria en completarse. Solo cuando siente el trompazo contra el suelo, olvida las declaraciones túmidas de lealtad y amor. Encaja el noqueo, se pone en pie, endurecido, arroja las flores esperpénticas y con el dorso de la mano seca la sangre que resbala en hilachas desde su nariz. Está dispuesto a utilizar la fuerza extrema. Irepane había aprovechado el lapso para agarrar un arma ofensiva, experimental, una macana tan larga como un brazo, rematada en un bulbo del tamaño de una guanábana (una chirimoya). Tiene un borde filoso y otro guarnecido mediante púas y colmillos, por ende, permite la contundencia, hacer estallar el cráneo, desbaratar las costillas, hendir, punzar, desollar, entristecer. Nahui, instintivamente adopta una postura defensiva, aprieta los puños, flexiona los brazos, el izquierdo protege órganos vitales, corazón, cuello; la diestra recibe los primeros tajos, que le recuerdan el provecho de espabilarse o terminará despanzurrado como los conejos.

Antaño, en la escuela internado Calmecac, fueron adiestrados para el combate libre, de proximidad, cuerpo a cuerpo, uno contra uno, uno frente a un enemigo armipotente, aprendieron a repeler emboscadas, asaltar un fortín, tender celadas, construir camuflajes, refugios, depredar, medir el alcance letal de cada arma. Las peleas a muerte son chulerías de machos, piensan al unísono, justo cuando un machetazo deja varias puyas clavadas en el antebrazo del salvadoreño, que retrocede ante los rasponazos de la macana. Entretanto, la noticia salta de boca en

boca, atraviesa el poblado, impele a los aldeaniegos a dejar las cabañas, emergen de los patios, postergan el adoratorio, los quehaceres, las charlas, contienen al ganado en sus apriscos, traban a medias el cinturón de los taparrabos guangos (holgados), olvidan el amuleto contra la suerte ceniza, el potaje sobre la lumbré, los remilgos, el olor a hembra ajena, el tatuaje a medio pintarrajear en la espalda; no andan, corren imantados por la coalescencia de la alarma social. Forman una riada de azagayas vibrantes y garrotes pacificadores que al fin confluye en torno a los rivales, con tal suerte que un brazo providencial detiene el garrote en el aire, a punto de estrellarse contra la cabeza gacha del luchador inerme.

A medianoche seguían aglutinándose corrillos, la gente va y viene, polemistas, incrédulas, pregoneros; curiosean, enjuician, transmiten su parecer, repiten a otros la misma pregunta retórica que farfullaba Irepani: “¿Declararse como si yo fuera un floripondio?”.

Desde esa fecha, el motivo de la riña sirvió para descuerar al hijo de la nodriza Eréndira y el tal Ñamandú, un gigante membrudo que participa en las cumbres confederadas protegiendo a los pretores. Evitó conocer los detalles humillantes del caso, pues no acepta ni entiende que un hombre macho de la saga haya pretendido liarse (cohabitar) con otro varón, más le apena que no muriese apaleado. El forzudo sirve al monarca landgrave y al estamento superior en sus compromisos fuera del territorio, encabeza el dispositivo de protección, a dos palmos del líder, descorazona a terroristas y sicarios, frustra magnicidios. Durante el último atentado, había

escuchado un siseo, un silbido, un rehilar, puso su mole delante del mandatario, por instinto, sin pensar que el avispero de jáculos y flechas terminará clavado en su carne. A pesar de la gravedad, sobrevivió a esas y otras heridas, recibió elogios, condecoraciones, ascensos y prebendas, por su lealtad abnegada.

Merced a sus influencias, por su intercesión, obtuvo un trato permisivo (privanza) hacia Nahui, aunque jamás trascendió a la opinión pública. La gendarmería secreta archivó el expediente que justificaba la conveniencia de liquidar con discreción al conflictivo. Más allá de la pena capital, la recomendación prohíbe a los ediles merinos reprenderlo con exceso, penar su absentismo, las ausencias de cualquier duración, las rabetas impropias, la hostilidad que manifiesta por no caer bien a casi nadie. Mas por indicación expresa del custodio, tampoco hay que darle alas, el valimiento pasará inadvertido, necesita trabajar, sobre todo, hacerse un hombre decente, sin florituras de escritor, y que cumpla sus obligaciones comunitarias.

La primera vez que acompañó a la cuadrilla cosechera, había visto la aurora relumbrar y extender la claridad paulatina sobre la ensenada del mar, contó algas laminarias y cirrostratos, vio excursiones pávidas (tímidas) de jaibas (cangrejos americanos), aglomeraciones de zamburiñas (similares a vieiras) arrojadas por las corrientes. Llegaron al sembradío cubierto por una argamasa de celulosa, hecha jirones, grumos o mazacotes, y revuelta con excipiente y esponjas que rezuman color por la disolución de los tintes. Los exegetas afirman que detrás hay una inteligencia dominante.

Los mensajes, en su devenir, acarrearán móluscos (moluscos) y sargazos, circunnavegan empujados por la atmósfera, vienen, en sumersión o cabalgando sobre las trombas y el oleaje, saltan el malecón, encallan por los fondeaderos, en las marismas, por el puerto, como enigmas sucesivos, una cosecha que el infamado Nahui agavilla, después levanta el brazo sobre el peonaje, agita el testigo, cual bandera apoteósica, para atraer la atención del capataz en la cadena de producción.

Con frecuencia, el vendimiador cumple el horario, trabaja duro por el bien común, llena con un esfuerzo extra los huecos ocasionales en la plantilla, obedece las órdenes, acata la división jerárquica, incluso, se muestra respetuoso y cordial. A esos intervalos de buena correspondencia les suceden los momentos en que no está presente, solo ven los párpados abstraídos, la expresión antipática, los ademanes de autómata. En ocasiones tiene un pronto explosivo, pierde el mutismo y discute con acritud, ofendido por algún comentario inocente sobre su dicción peculiar o su pelo de hulla. Con aspavientos, deja al interlocutor con las disculpas a medio pronunciar, abandona el coto y se apresura hacia los manglares, llevándose auestas el lastre del rencor y las ideas fijas, cada vez más aislado en sus tribulaciones, mastica hojas de acónito, recoge un haz de petunias y coriandros, nota la presión sanguínea en las sienas, los latidos siguen el compás irregular de un corazón indómito. Por somatización (un desajuste mental transmuta a orgánico), el escenario se decolora en un gradiente grisáceo, un blanquizar cebreado donde no encuentra la manera de encauzar su ira, la ideación incongruente y tumultuosa. El engarce adyacente reduce la entropía (incertidumbre) a una ocurrencia y musita

como si estuviera inventando las palabras en el momento de pronunciarlas: “La Monarca Concordia reinará”. A esas alturas de su evolución, no sabe cuál será ni quién o qué reinará a quienes o dónde ni durante cuánto o hasta cuándo habrá discordia entre las tribus.

Respira aprisa, con la espalda apoyada contra el tronco del añoso pehuén, evita ser devorado por abstracciones que no entiende. Está perdido en su ciénaga interior. Antes de los ocho años tuvo que descuartizar un antílope, lo hizo. Al cumplir once, el hito consistió en acuchillar a un esclavo, hecho. Aunque a los catorce había rehusado la última prueba de fiereza y evitó punzar con un estilete el corazón de un prisionero enemigo. Su virilidad quedó en duda. Pero respeta esa manera de ver las cosas, vocea sus pensamientos, soy Nahui, un hombre macho, grita, soy Yupani, una mujer hembra, Eréndira dentro de Namandú, prisionero en un cuerpo, apresado por las circunstancias, una tripleta de espíritus reacios a dejarse someter, reprimir o controlar.

Ezcocano Tzul, en la época aditiva, construyó un sistema con el que implementar el diseño idiomático concebido por Jimagua. La información estatal, inventarios, censos, crónicas, esquemas dinásticos, tuvieron repercusión escrita. Un tríptico de los primeros que entrego el amanuense, aparece lustros después replicado por xerografía en la revista divulgativa de ciencias y humanidades, Muy-Tucumán. A propósito de los ritos iniciáticos, da noticia de un hijo tardo en madurar, a quien trataron con refriegas de esparto y decocciones de mechoacán (purgante). Contrasta el carácter servicial y participativo del

anterior hombre varón con el temperamento irritante y los cambios de humor que padece en avalancha durante la adultez. Objetivamente, evita las interacciones sociales, elude compromisos y vínculos afectivos, discute con frecuencia, por cualquier nimiedad, luego, es áspero al trato normal, díscolo a los requerimientos y encomiendas, olvidadizo, de amigable y dicharachero (el que prodiga ocurrencias agudas, jocosas o pertinentes) pasa a ser definido como un menestral serio (antes funcionario imperial, hoy proletario), envuelto por un aura taciturna, tras la mueca por sonrisa, los ademanes somnolientos y la mirada que parece venir desde otro lugar, como un mero espectador que contempla su propio devenir a distancia.

La suerte está echada, había pensado al enlazar el dictamen del escriba altilocuente y el rechazo violento de Irepane. En conclusión, nunca progresará en un poblacho que se alimenta con la expectativa en un futuro incierto, que apuesta sobre seguro y a ciegas por ganancia máxima y mejor rédito, despídete uno a uno de todos los deseos y pretensiones puestos a remojo en el charco de lo cotidiano, adiós a experimentar, crecer, adquirir, amar, ser amado, ver mundo, esa vastedad, aprender los rudimentos del ábaco, desentrañar los acertijos trabados en las cuentas líricas del lino y el tucumá (fibra textil).

Otro desencanto en curso, la mudanza interior es abrupta, drástica, repentina; suscitó más curiosidad y comentarios vecinales, incluso, dio pábulo a la mención satírica. La hija del canoero, Xoniquetzal, la que está al caer, tuvo la ocurrencia de ponerle un mote y en pocos días muchos le nombrarán el *Eclipsado Rosicler*, por sus ensimismamientos y su inclinación a

contemplar los amaneceres y las puestas de sol y la ilusión óptica verificados en la cáscara celeste. Sus deudos cercanos, apenas entienden la poca gana de hacer del adolescente que lentifica, elude o aplaza las tareas habituales, el deber cívico, la ayuda requerida y los emplazamientos impuestos por la comunidad. Oyeron que malgasta los recursos del erario, persigue escolopendras y abejarucos, confecciona álbumes de texturas o pasa las horas espumando el oleaje desde los acantilados. Un novilunio (el satélite intermedia entre el Sol y la Tierra) llegaron a temer que el pupilo estuviese aojado o maldito, al encontrarle en el adelfal (sobre ojaranzos o balandres, entre arbustos venenosos y flores estivales), con el porte simiesco y la expresión pálida de resucitado, les mira sin verlos, a intervalos se agazapa, acumula empuje y en un estado de simplicidad propiciado por la narcosis, el sonambulismo o la mescalina, salta con una trayectoria hacia ninguna parte⁴.

Guari Huancayo y otras vecinas, pero especialmente Guari Huancayo, murmuran de manera frecuente, con la buena planta que tenía y nos sale haragán, critican, dicen fijate, algunas madrugadas lleva tanto retraso con la alfalfa que los bueyes pierden la mansedumbre y embisten a los vaqueros más engreídos o menos cautos. En ese ambiente reaccionario (conservador), la ancianidad confunde los desplantes con la rémora negligente. Otra parte del pueblo lo considera un holgazán y el censo juvenil, por mayoría, relaciona las salidas estrambóticas con la ingesta de ciertas plantas modificadoras de la conciencia.

El comportamiento de Nahui, visto por la población civil, se justifica en toda clase de estímulos arbitrarios, el calor, la disposición astral o el florecimiento del almez. Cualquier minucia, un resplandor, un monte nuboso, una cantuta anómala que nace del centro de otra sobreflor, un tono, una tonalidad, el mundo encerrado en una gota cristalina, todo, por resumen, concede dispensa, o sirve como justa causa, o fundamenta la licencia de abandonar cualquier tarea a medio hacer, ajeno al sentido práctico y al ordeño en las ubres henchidas, que al moverse el animal, delatan el abandono soltando chorros enmarañados de leche humeante. Entre otras faltas, ha estado dilapidando las provisiones de nécoras, bígaros y percebes, por el camino solitario de regreso al pueblo, pues aprovecha para afinar su vocación de floricultor, siempre propenso a los ramilletes vistosos, o se embelesa con su rostro reflejado en el estanque y al final no logra recordar dónde arrumbó el marisco.

La alarma social removida por el asunto, llegó a turbar las sobremesas y las pláticas de la jefatura, Toro Mandante, el del puño cerrado sobre la mano abierta, convocó la asamblea disciplinaria de los tres sabedores añejos y el fiscal poderhabiente (en nombre de la justicia pública) y los siete vocales insaculados (por sorteo). Debaten la etiología médica y los remedios menos costosos para corregir el humor y enderezar la conducta de quien mal o bien llaman el *Eclipsado Rosicler*, dicho esto sin pretensión de vilipendiar.

Las versiones sobre la patología del seminola se sucederán como las cuentas en un rosario interminable. Primero, prevalece

la creencia de la posesión, ergo, interviene el chamán terapeuta, investido de prestigio y facultades para ahuyentar a cualquier criatura perversa que se haya metido en camisa de once varas. Elabora un bebitrajo providencial, cuyos ingredientes son conocidos por tres depositarios únicos que no deben coincidir en la misma localización geográfica. A medianoche, el arreglo herbal muestra sus efectos secundarios, trasladan de urgencia al dispensario a un paciente con náuseas y retortijones, para atajar el inconveniente y darle un enfoque distinto. Aplican una refriega con estropajo y bayas, de tal dureza que extienden un rastro de eritemas y peladuras sobre la anatomía del interno.

La clase doctoral, refractaria al derrotismo, prueba otro método, un ritual clásico, alternativo a las terapias lentas pero seguras traídas por la modernidad. Los practicantes danzan, alrededor de una fogata, entre cantos ceremoniáticos, prenden ramas y las agitan ante el hastío del poseso. Empero, el tamarindo y las plegarias tampoco sirven para tratar los nervios del azteca, medio ahogado por los malos humos.

En esos días complicados por la decepción, un comité de mujeres ancianas solicita un remedio todavía más severo, conocido de antiguo como la panacea a todas las perturbaciones y ramalazos del hombre macho recién emancipado. Por consecuencia directa, lo retienen en una mazmorra, hecha con cañas entreveradas, y poco lucimiento y tantas rendijas que parece idéntico a la intemperie. El reo apenas advierte la escasa privacidad, ni considera vejatorio verse sin calzones o atavíos, pues está intrigado por la presencia de dos mujeres hembra, pubescentes, cuya desnudez desprende un

hálito que se pega al pellejo de los varones en celo y les hace perder el sosiego. Tienen senos afrutados, labios bermellones y una menstruación almibarada similar a la melaza que gotea desde los frutos abiertos del carao.

A diario, Nahui cohabitará en un tormento de tibieza, flanqueado por aquellas gemelas desabridas. Reclaman atenciones, sobre un lecho acolchado con broza y hojas grandes de miraguano, se abrazan a cada lado del hombre e impiden que pueda incorporarse, mediante una llave maestra de piernas enroscadas y tozudez femenina, mientras restriegan, sin intención, la salmuera de sus humores íntimos por los muslos lampiños y las nalgas del paciente, cuya naturaleza saludable termina reaccionando a las caricias. El animal aturdido de una virilidad equívoca despierta, pero por enojo decide pertrecharla tras un cinturón de castidad improvisado con cambures criollos (o plantas musáceas).

La fecha finalizadora del encierro iluminó al enfermo recluso con la mirada fija en la techumbre, el ceño severo y las manos entrelazadas sobre el abdomen. A su lado hay dos crisálidas amables aún sin desflorar, abrazadas en su aurora de rocíos acendrados, con una expresión cándida, sonríen, se cuchichean confidencias al oído, juntan las mejillas y al moverse calculan el efecto afrodisiaco del roce aparente entre sus labios y ríen, diseminando un reclamo para el cortejo y el galanteo primitivo.

El célibe es un caso clínico incurable. Los supuestos de agonía, decrepitud o insania persistente se despenan mediante los usos arcaicos y la prueba del ostracismo. Por ende, permiten a la

naturaleza corregir sus desatinos y regenerarse, lo llevan hasta un claro limítrofe del humedal, tumbado sobre un chinchorro o una hamaca funeraria, con una ración exigua de pudú y poca agua. Nadie sabrá que los frotamientos suplicantes de las ninfas han impregnado al primate con un hálito imperceptible para la sensibilidad común, pero capaz de ahuyentar al yaguaraté (el depredador por antonomasia), a los carroñeros, incluso al clan Shuar y su molesta costumbre de reducir la cabeza del enemigo y conservarla a modo de trofeo.

El apestado sobrevivirá por causas hormonales, asediado por los tábanos y bregando contra las sanguijuelas que se sueldan a su espalda mientras dormita. Cada mañana, explora la espesura. Va dejando muescas en las cortezas de los guayos y las jobobas, migajas de trementina, para poder ir y venir, como le dijo Atahualpa que hacen los protagonistas en los cuentos infantiles. La arboleda es tan densa que encierra el ambiente en una burbuja y a primera hora el ambiente retenido es gélido y entra a los pulmones como un hato de mordiscos. El bosque selvático urde trampas, extiende un musgo resbaladizo que dificulta el equilibrio y la bipedación, asperja una película dormitiva, aturde con un polen narcótico, domina la inflorescencia, el reino vegetal, la iluminación, ergo, parece otro animal, enorme y hambriento.

El expedicionario recuerda la rumorología asociada a ese lugar, los relatos de miedo que le contaron sus mayores, quienes antes oyeron a los suyos hablar sobre las ánimas perdidas en un bucle del camino a ultratumba. No pertenecen a este mundo ni al otro, están condenadas a repetir la última tesitura por la que

infringieron el mandamiento de los dioses, una y otra vez, aprovechan los interludios para capturar terrícolas solitarios y ponerlos en su lugar. Los espejismos son reconocibles por su voz cavernosa, horripilante y su olor a humedad cerrada. A esa hora, el bosque rezuma vida silvestre y el calor está volviéndose pesado, con tal suerte, el escenario es cualquier cosa menos tenebroso. El caminante considera pertinente aplazar las historias de fantasmas, salvo mejor parecer de los implicados. Acaba de tropezar con un calavernario confuso, son esqueletos humanos encajados en fósiles animales, que, a su vez, parecen unidos a las fauces de otros predadores mastodónticos, una pirámide alimentaria recursiva provocada por erupciones súbitas de calor.

No antes ni después, la verticalidad perfecta en el cénit solar indica que empezó a transcurrir el mediodía verdadero, justo entonces, el augurio marcado por las calaveras está a punto de cumplirse. El homínido afronta una fluctuación intemperante del clima, cuya ventolera le sumerge bajo un estanque de vidrios molidos, sin aliento intenta aspirar otra bocanada fluida, resbala en su propio sudor. El enemigo le zarandea, le cruje con calambres, golpea su cabeza, promueve una sed insoportable. La marioneta avanza hacia no sabe dónde, se tambalea, a duras penas encuentra la cantimplora en el morral, libera el burujo que tampona el calabacín y bebe a la desesperada. La onda ardiente va dejando tras de sí un secarral pajizo, aunque casi al instante la naturaleza renace, vuelve a herbecer y verdear, ante la mirada de las musarañas pávidas y el alboroto de los micos encaramados en los árboles.

En la bullanga posterior, el buzo recupera el orden acompasado en el movimiento de sus pulmones y prosigue la exploración o la fuga, más desenvuelto y optimista, cuando reconoce su sentido previsor al cargar con una ración de agua. Soy un suertudo, piensa, mientras cumple condena en la cárcel abierta del mundo, aún pendiente de revisión. Antes de llegar hasta los nopales (parecidos a las chumberas) que ve a los lejos, nota el mutismo repentino de las cotorras, silencio, unas ramas crujen al partirse, nada se mueve en la fronda, hay duendes, cuadrúpedos, un peligro no específico se acerca, un engendro agazapado sale del anonimato, ataca por la espalda con un trancazo rotundo que fulmina a la presa, Nahui cae engullido por la inconsciencia.

Despierta a continuación en otro lugar, no puede incorporarse. A ver qué pasa aquí, una tribu con mala reputación y peores intenciones le tiene atado con sogas a una altar de sacrificios. Los oferentes danzan, bajo tinturas y chaquiras (abalorios), siguen el son frenético del retumbo de los timbales. El reo infinito ha entendido, por su adiestramiento en Calmecac, que si permanece quieto, la vivisección será menos dolorosa.

El prelado oficiante, ebrio de cariacó y misticismo, alza la daga litúrgica y la mantiene en vilo, a punto de consumir la ofrenda. A nivel químico, a causa de la fisiología, tal vez por complejos freudianos, traumas soterrados, un éxtasis aclarativo, quizá un remordimiento, una enajenación, una malhadada (una suerte mezquina), por una reacción nerviosa se detiene, baja el bisturí, mira a las alturas con una expresividad paranoica y termina clavando el metal serpentino en su propio pecho. El desenlace y sus repercusiones induce a la muchedumbre a disgregarse,

corren hacia todas partes en una estampida violenta, evacuan a las personalidades de la tribuna presidencial. Entre la confusión, nadie repara en la carnaza. Ha logrado zafarse de las ataduras, golpea a un cancerbero y escapa como una centella hacia el fondo marítimo.

Solo cuando acaba la recolección del caucho y la siembra en los conucos (huertas de yuca), por el agotamiento del destierro, una comisión judicial y sus guachimanes (esbirros) llegan hasta los suburbios, para comprobar los efectos de la sentencia ejecutada por el caudal de la noosfera (seres inteligentes y su bioma distintivo). Nahui está donde lo dejaron, contando musarañas, luego el sentido es absolutorio e implica reingresar al ajusticiado hasta el centro de la polémica.

Por razones que el público no entendió bien, los centuviros publicaron un bando con su indulto y la obligación comunitaria de aceptarlo en convivencia. Aparte, si los cazadores salen a traer manduca, está obligado a permanecer con las mujeres, trenzar tallos de rafias, entretener a los parvularios y desplumar faisanes para el sancocho del almuerzo. Como novedad reseñable, estaba en marcha una ampliación del vademécum sufragado por el erario, con una terapéutica que permite, según los prospectos, conjurar a los espíritus pusilánimes (intolerantes a las desgracias) o malignos, asentados en los enfermos y los marginados.

El maestro de encantamientos, Mazatlán, apodado el Pedro, había traído desde los valles de Nono y Panolis cierta terapia mal parecida a una liturgia, trajo un antidotario que contiene intrincadas formulaciones, más los ingredientes exóticos o la

descripción de aquellos otros accesibles en la comarca, otrosí, cargó con la parafernalia adicional para la puesta a punto de la curación. El paciente primo, entró rezongando al sanatorio. Era una cabaña con pretensiones modernistas, techada a conciencia, observando una simetría exacta en las terminaciones de los juncos entrelazados, purificaron la argamasa para evitarle burbujas o grumos, además los ramajes carecen de flecos sueltos o acrescencias inoportunas.

El ámbito huele a capicatí y otras plantas aromáticas, usadas por la farmacopea de la época plurivalente -su lema: "salud ante todo"- . Hay una hamaca estival de henequén (textil), que parece una piragua colgada a los travesaños por dos sogas recias, y tiene la misma funcionalidad del divan de consultorio, junto a unos taburetes macizos, obtenidos al pedacear un tronco en tres partes; hay una mesa o un altar o un laboratorio, lleno de cachivaches e instrumental raro y lozas de yerbero, más dos incensarios activos. La sesión o el exorcismo, o la catarsis, según un observador externo duró poco, aunque desde la percepción del paciente, fue interminable. En el lapso, aguantó con una falsa indiferencia la sensación de que podría caerse en cualquier momento, mientras escuchaba la letanía del oficiante curador, los cánticos profanos bajo los sonos del atabal y el tímpano místico. Casi se alegra al incorporarse a la atención vertical para ingerir un bebedizo ordenado por el protocolo médico, básicamente peyote y ayahuasca (alcaloides), más otros ingredientes alopáticos y principios activos sugeridos por las artes médicas divergentes. Otra vez tumbado, saboreó la amargazón, la somnolencia paulatina, tuvo náuseas, vomitó, el sopor se hizo irresistible, durmió.

El tiempo es relativo, pero siempre dura una docena de intervalos desiguales, considerando la clepsidra empotrada en el templo mayor, cuyo diseño completo, mano de obra y materiales aparte, fue obsequiado a un rey peregrino por el sultán astrónomo, Abu el Hassan. Por dentro es un tinglado de poleas y sogas y émbolos y ruedas dentadas, desde la fachada son doce ventanas con dinteles abovedados (como herraduras hacia abajo), de las que emerge un artilugio que derrama agua sobre un cuenco grande, al llenarse libera una boya y esta deja caer un contrapeso macizo, como resultado una baqueta tañe y un badajo golpea los bronce resonantes de la enorme campana tubular con las señales horarias. Conforme a esa medida de referencia, despertó casi media vasija después. El meigo curador le ofrece un trago de calaguasca (menos fuerte que la absenta). Apenas entonces Nahui, a propósito del único efecto secundario, reprochó: “Tengo plomo líquido en la cabeza”. Había tenido un sueño hipnótico, pero hasta mucho más tarde no podrá recordarlo.

Sin males mayores ni otras incidencias verificables, el acaecimiento de los sucesos retomó su ritmo ordinario, respiran la lógica rancia de unas costumbres depositadas en los portadores de recuerdos. El druida consejero aspira un polen mediador y libera sus influencias para obtener consejo de los difuntos, sobre las vicisitudes astronómicas o los ciclos agrícolas, así, no necesitan desmantelar el poblado para perseguir las estaciones fértiles; aprendieron a plantar semillas y recolectar, domesticar a las bestias en corrales, saben mantenerlas vivas y aprovechar sus frutos biológicos. La convivencia sigue ordenada en torno a la lumbre, que previene

calamidades e indica a los emisarios dónde enviar su mensajería abstrusa. Frente al santuario, la pira permanece custodiada bajo una maraña de cerbatanas invisibles y por guardias obsesionados en probar sus garrochas en el ladrón y desfigurarle el rostro a garrotazos; previenen plagios, evitan latrocinios y durante los recesos de la siesta tropical, practican el lanzamiento de las boleadoras contra los antílopes extraviados que merodean por el patio enorme, diseñado para contener las avalanchas de los peregrinos.

El ilustre comendador Tonino Burraco, a tenor de las actas registradas en la Audiencia de los Confines, desmenuza un episodio de índole militar, a propósito de las encomiendas, los nativos, los proyectos bélicos y el tributo adecuado que conviene desembolsar al gobernador coloquial. Una parte trata sobre un avistamiento de vándalos y salteadores movidos por las mareas hacia el límite fronterizo custodiado por la guardia costera. El vigía divisó el destacamento de nadadores y soldados buzo, hace mugir un hueso craneal desecado, una nota profunda, alarmante, mantenida a pulmón, hasta espabilar al contingente en reserva, que advierte la urgencia y la gravedad de la situación, pues nadie, ni siquiera los mashcopiro o los sapanahuas, logran confundir a los sagaces atalayeros.

Toro Mandante y sus oficiales, en pie, trazan las líneas maestras de la defensa, organiza una falange de respuesta anfibia, pero a mitad del conclave desechan la estrategia, para considerar un informe recién entregado por los oteadores. Han escudriñado una soldadesca caótica, solo vimos brazos y piernas y cabezas en marañas, vimos los cuerpos desmembrados sobre las aguas,

señoría comandante, los engendros se arrastran por el displayado entre cangrejos y ceibas y esponjas. Por extraño que parezca, finalizan el asalto amontonados unos sobre otros al arbitrio del oleaje y mecidos por la estulticia.

Centurias más tarde, un narrador urbano, parado sobre la acera en un barrio comercial, frente al escaparate de una sastrería, atinó a encontrar una relación entre los promontorios flotantes y una turba de maniqués, extemporáneos para esa época del bronce. Hasta entonces, nadie sabe a ciencia cierta qué clase de monstruosidad o amorfía o disparate está arribando sin los permisos diplomáticos bien visados y puestos en orden.

El comandante vaivoda estira del hilo juicioso y devana un segundo plan táctico, avallada un frente de contención, en primera línea, a ras del suelo, aquí y aquí una línea de cerbatanas aprestadas con dardos venenosos, detrás una batería trémula que reúna a los honderos más hábiles y a retaguardia dispone una formación cuyos guerreros mantienen la mirada tensa y fija en la distancia, blanden un tomahawk o sujetan un chuzo, con la mano crispada y atentos a la voz cortante del caudillo, ansiosos por repeler la acometida de unos bárbaros que parecen dormidos o muertos o poseídos y tienen la expresión alelada y promueven la anarquía, con los cuerpos agarrotados y las extremidades rígidas. Unos parecen o son mujeres hembra y otros tienen o parecen tener los cabellos largos y brillantes como hebras preciosas que refulgen iridiscentes bajo la luz del alba.

La incursión entra en punto muerto. Ante la pasividad hostil del contrincante, una patrulla ejecuta un reconocimiento de

proximidad. El oficial, desde la distancia, certifica a gritos que son diferentes a las momias y los cadáveres, no parecen ni lo uno ni lo otro, pero sí tienen un aire hierático de estatuas o espantapájaros. Fríos al tacto y resbaladizos, poseen una dureza impropia en las gentes de la ciénaga. Sugiere que posiblemente fueron convocados mediante oficios tenebrosos, y elucida, al fin, que el asunto rebasa la jurisdicción castrense y procede, por consecuencia, someterla al arbitrio del hechicero druida o el regente civil.

Aquella clase de sucesos, entre surrealistas, novelescos y ordinarios, iban aplazando la conclusión del proyecto naval y alteraban la monotonía de Nahui, convertido en carnaza para la gula efectista del rumor, que versiona, superpone y contradice múltiples creencias sucesivas, se complementan o añaden un matiz inusitado o una mentira palmaria, hasta que el siguiente bulo desmiente toda dolencia, deformidad o atildamiento en el gurí, o lo transforma en un depravado, o un heraldo maligno con pezuñas de animal.

Toro Mandante suele convocar reuniones o asambleas a todas horas, solicita dureza con los hijos díscolos, intratables o desagradecidos, son un ejemplo pernicioso para la comunidad, asevera en tono apodíctico (no admite contradicción). El nagual curador, ensaya recetas y elixires nauseabundos que espantarán la sarna de la afectación, tisanas depurativas contra el hipo redundante y la cacofonía, emplastos para corregir la imprecisión y encauzar la libido torcida hacia las aimaras en edad de merecer. Entretanto, quien aloja como mínimo a tres espíritus, es incapaz de resignarse, cede a la evasión, elude

compromisos y normalidad y tutorías, ve las estaciones transcurrir, aislado, ocioso, contempla el océano destrizarse contra los acantilados. Esporádicamente, encuentra y recoge baratijas, objetos originales, fruslerías, miniaturas hechas con bambú, casas de hojalata, pequeñas sombrillas fabricadas en papel montado sobre una armadura de mondadientes, que adornaron los cócteles con el reborde de colores azucarados, durante una fiesta ibicenca auspiciada por París Milton.

El estilismo funciona como un aliviadero ocasional a sus tribulaciones, se entretiene meditando, sin excesivo rigor, sobre la manera con que hermostrar la desnudez rendida de Maru Duchibela. Por ejemplo, teñir y depilar sus cejas, peinados espectaculares, una manicura de fantasía con minúsculos zafiros adheridos a las uñas, tatuajes delezables, bezotes (adornos en el labio inferior), arandelas en la nariz, maquillajes invisibles, etcétera. En el fondo, intenta eludir el estigma del sufrimiento al que cree estar predestinado, se plantea con dureza si alguna vez las diosas hiladoras pueden errar y permitir a los espíritus confundirse en un solo cuerpo terrenal. Inquieta, desde la intuición, acerca del hacedor supremo, de quien no encuentra noticia cierta ni concordia determinante, o al menos un indicio que permita ubicar el paradero del obrador de todo aquello evidente y natural, los artificios, lo invisible, la cohesión inteligente. Debe ser fuerte, más fuerte que todas las tribus confabuladas, más que los batanes y las montañas estruendosas. Empero, buscar un dios único no parece tarea fácil, ni siquiera conoce qué aspecto tendrá. En el corolario a sus disquisiciones, decide completar pronto el cayuco, fugarse lejos, encontrar las Europas, los reinos asiáticos del refinamiento, las regiones

progresivas mentadas por Marco Polo, hallar la Hispania citerior y Hieracómpolis; desde allí, entrevistarse con el dios verdadero será un asunto trivial.

A pesar del acicate turbulento, los retrasos se suceden entrelazados, para hacer del embarque una posibilidad remota. Por la época de celo del avetoro y su insistente reclamo acústico, Nahui atraviesa las playas, mientras proyecta travesías exitosas y declaraciones casamenteras, de súbito, encuentra bajo la lumbre sangrienta del semilunio, la faz de una anomalía disruptiva (produce una ruptura brusca). Aguza los sentidos como intentando despertar otra vez sobre las arenas, escudriña el moridero de cristales flácidos como medusas engurruidas y traslucientes. Apenas entonces, regresa acelerado a la cabaña, se esfuerza por describir la escena a sus tutores, intenta ser creíble, evita las florituras, añadir adjetivación y apreciaciones subjetivas y pese al reparo inicial, logró el propósito básico de la comunicación veraz. La madre, devota, atribuye la cosecha a Izmucañe, una diosa espléndida que quizás regaló aquella cornucopia magnífica en respuesta a la pleitesía ferviente (reverencia entusiasta).

Eréndira y Ñamandú, compelidos por el hijo, no consiguen morder la muestra y menos aún deglutir una porción del supuesto alimento. Deciden, pues, cocer la morralla, prenden un fogón y colocan una cazuela que empezó a borbotear enseguida, bajo una humareda cuyo olor fue atrayendo a la vecindad. El acto familiar progresó hasta transformarse en un acontecimiento multitudinario. Vinieron, incluso, pobladores de alquerías distantes, convencidos por sus

informantes y espías de que los kiowa tienen la sartén cogida por el mango y están cocinando una ambrosía prodigiosa, capaz de replicarse sin participación humana, y en consecuencia, manejan el arreglo a las hambrunas causadas por los destrozos del huracán periódico.

Al primer hervor, los cocineros extraen del caldero una piltrafa chorreante, preguntan si hay voluntarios para catar aquella sopa y Xoniquetzal, cándida, por su afán de protagonismo, sale de entre la expectación agolpada, exclama que ella misma probará un trozo y al cogerlo se quema, pero disimula por comedimiento (urbanidad y cortesía), prosigue e intenta morder y masticar y digerir una ración, aunque desiste, humillada, con una expresión de alivio y un mohín final.

En esa tesitura, el tufo que desprende el puchero, de consistencia pastosa y tonalidades sucias, se ha vuelto mordiente, casi repulsivo, y desalienta nuevas experiencias culinarias. Así, pues, resignados, guardan las futuras ambrosías bajo cobertizos y sombrajos, para permitirles madurar, sin saber que la cosecha es plástico vulgar, pasado por agua, misterioso e incongruente, y continuará asolando los mares hasta mucho después del último clan industrial y sus mercados planetarios. Esto no es comestible, pensó Nahui, tras agarrar un pedazo de gelatina y echarla al morral para llevarla consigo al exilio.

Otra jornada en su taller clandestino, sin margen a la complacencia, examina el perímetro en busca de especies hostiles, después enfoca la mirada en el bote. Escueto de eslora, pero no tanto que impida extender en la cubierta a dos caimanes recios. Hay sitio suficiente. Abrió una geoda desde

donde bregar y otra menor para víveres, aparejos y una valija profusa, píldoras curativas, fajos de pergaminos unidos con varias lazadas fáciles. Entre ambos habitáculos media un palo mayor, largo y grueso, como el cuello de una alpaca, pero sin cohesión estética ni desempeño práctico, solo justificado por un ramalazo febril de creatividad. Con la lógica moldeada por el acervo, había enlazado el poderío eólico, el aprovechamiento sensato y la generosidad del genio macizo Wiracocha, uno rubicundo, algodonoso, cabellos ensortijados, piel esplendente. Al obtener su dispensa, hincha los carrillos y sopla a favor, desde popa, para propiciar la navegación fluida hacia los puertos de la sociedad culta.

Por tal idea motriz entreverada con muchas otras en una cabeza rebosante de calandrias, andolinas y charranes (pájaros), el astillero tenía decidido cinchar, replantearse el diseño completo de la embarcación, considera las capas de funcionalidad, ornamentación, aerodinámica, carenado, dar anchura, profundidad, empuje, clavar acá y acullá una triada, aquí una mesana, robustecer el armazón, airear la quilla, extender una botavara imponente. Las circunstancias, el enojo, la fatiga, o todo a la vez, precipitan el resultado inverso, pues acomete un arreglo superficial, obstinado, escandalla el varadero donde nadie tantea ni manipula el yute, los espartos o la rafia, ni teje las lonas ni zurce o recose los toldos de las velas cangreja.

Durante el camino de regreso, el silfo resabiado, Koconochtle, por tedio, o inquina, chasca los dedos y enciende una centella con un trallazo que retumba y distorsiona la placidez del paisaje. Los rabilargos, pintados al fondo del cromo

primigenio, inician un vuelo explosivo con otras aves cuyos plumajes intensos van dejando una estela subjetiva por sobre las arboledas. La reacción en cadena excita a los pelícanos que salen espantados, con sus grandes astiles a medio desinflar y transmiten la alarma a otros biotipos. Son urogallos, agamíes y dodos, están predestinados a convertirse en muestras, o reliquias o personajes encerrados en cofres o ediciones novelescas o cromos expuestos tras la vitrina manufacturera de las especies extintas. Un pedregal de caimanes abandona el sopor en los cantiles, se yerguen sobre sus patas traseras y enfilan hacia la espesura dando trancos por el barro endurecido, espantan a los iguanodontes, a las tuátaras, ensordecidas con la bullaranga de micos, zarigüeyas y tapires y la respiración áspera del puma. Durante la estampida, los animales azogan, chascan, convierten la jungla en un rebaño, una manada apabullante, una bestia instintiva que gruñe y vibra, relincha, cloquea, ulula, grazna, muge, barrita, chilla y brama, gañe, berrea, aulla y ruge de vitalidad.



N.B. - GLOSARIO

4 ↑ Supone que si salta con el suficiente empuje alcanzará el trampantojo que cubre el cascarón celeste. Conforme al guion propuesto por la leyenda, son almas esperadoras y amaron como si hubieran sido o fueron en verdad persona, o al menos sufrieron como persona los cilicios del amor o la sed. Conforme a la leyenda corregida por el cuento, su cintilar avisa del romance inminente. Son ideas estilizadas, sílfides tibias, fascinantes orondas, divos perfectos, escuálidas de embeleso, hados normales, duendes luminosas, ectoplasmas de acuarelas, decididas sí o sí a encandilar, flechar, dormir, cantar, fúlgido verso, cuita perfumada, velos de alas rotas, el soneto ama tu sonrisa figurada.

Otro iluso que serena la mirada, nomina entelequias, migas, semilleros constelados, anhela una playa como la de antes, que hoy se refleja alzada, y si atardece, alborea, y cuando el amor todo lo puede, el final no está escrito, porque cada trecho y ausencia son llenados precisamente con el acto mismo de vivir, aunque sea entre citas aplazadas y bajo luminarias inalcanzables.

El poema, arpergiado por la música, canta. Las vecinas murmuran.

III

LA GÓNDOLA POSA RECLINADA EN una instantánea para el rumor, entre heliotropos y rosales silvestres, tras una gasa de gotas coralinas y rocío sideral y tristuras arrojadas por la incontinencia del alborear oceánico.

Nahui aprovecha el prelude que antecede a la luz diurna e inicia un embarque centuplicado hasta entonces por el afán perfeccionista, y la propensión a eludir el presente mediante futurismos y apalancamientos retrospectivos. Ergo, reproduce muchas otras jornadas ficticias, el mismo relente arcaico, las dudas producidas por la esperanza, o acaso sea al revés.

Ahora y siempre, como antes, nota el peso del equipaje, la consistencia granulosa de un suelo que cede bajo sus pies descalzos, los olores comunes revueltos con el aroma emotivo que sugieren las situaciones excepcionales, los viajes arduos o el ritmo arpergiado por la aventura. Supera la náusea del insomnio, tanteando con andares de sonámbulo por sobre la cubierta bamboleante del amanecer, aún con el sabor amargo a golosina dulce encontrado en los besos lascivos de Maru. Ha escuchado florear otra vez el hervidero de asterismos y deseos, atrasados entre el chisporroteo de las luciérnagas y el fragor inmisericorde en las grilleras, mientras aparta a manotazos el confeti ceniciento que llega desde la cúspide volcánica.

A orillas de la fuga, chulesco y cariacontecido, sopla a través de un cambute o una caracola solista, para anunciar el evento en curso. Un tono dramático embiste la lejanía, deja atrás la coloración rósea, los latifundios sureños, el tempranal cosechero, el salar de Torrevieja, los manglares caldeados por la bruma austral, el Pongo de Mainique. Como un tropel de martinicos (duendes) rebasa el bosque tétrico, donde las fábulas tejen ñandutíes (calados) como retículas (guías) para distribuir y delinear espejismos y atraer al espectador; el sonido retumba en el Cerro rico de Potosí, va rebotando en zigzag por contra la cordillera meridional y los macizos montañosos, prorrumpe luego del único desfiladero como un grito magnificado por la orografía, zarandea la floresta cuajada de cotorras y periquitos espantados, rueda por los ejes patagónicos, raspa una masía con tal fiereza que provoca el aborto a una mujer encinta, entra al realismo oriundo, aprovecha la porosidad y los intersticios de la materia para inundar una aldea anquilosada en los sueños y colarse a las alcobas. El metalúrgico Ñamandú, dormido, destensa un puñetazo al del bombo, se da la vuelta en la cama y murmura: “No tengo los cojones para fiestas”. La despedida no se agota tras turbar la oración del mistagogo Anganamón, aun altera la migraña de Roi Uman, alumno académico de la relatoría; deshila la concentración meditativa en Amacuro, induce argumentos oníricos a los durmientes, epopeyas (en tono grandilocuente), unicornios, carnavales, falsadas (no importa lo que signifique, es mentira).

Una fracción del bocinazo, convertida en susurro, se rezaga con el ardor entre los muslos y sobre los senos lactescentes prescritos para curar el extravío, el grueso arruga los entrecejos

a la guardia palatina, saluda sin encono (sin menosprecio o rencor) a un divo doncel, despide a Eréndira, adiós madre, eras tú quien me regalaba los juguetes navideños, no importa, dile a tu esposo que no añoraré aquel ir muriendo sin terminar nunca de morirme ni ascender al primer peldaño hacia uno de los diecisiete cielos. La voz calla, agotada por su propia dinámica exhaustiva.

El despiciente escupe una vez, maldice las zumbas y chanzas y el rol impuesto por la casualidad, reniega, olvida las paternidades perdidas en la piel poética de Maru Duchibela, que a cualquier hora produce la sensación de haberse bañado un minuto antes en la alberca. Más tranquilo, empuja el bote hacia el imán del oleaje, mientras hace inventario de la carga, revisa las provisiones hídricas, las raciones de ñame y elote aztecas, prudencialmente envueltas en pellejos asoleados de caimán. Con todo lo necesario puesto en orden e inventariado, sin otra dilación correctiva, inicia al fin un viaje que el lastre de la mala suerte ha ido postergando, ajeno a los credos infundidos por el consejero fenoménico, Atahualpa. Es venerado como un tótem, aunque nadie aclara si tal respeto lo justifica una edad centenaria, su cognición astuta o la falta de una pierna que perdió junto al ganado cuando intentaba protegerlo de las hienas. Está sentando en la posición del loto, de espaldas al ocaso, como un emblema protector contra la temeridad, refrena a quienes le escuchan con un brillo desafiante en la mirada y la misma curiosidad aventurera de Nahui. Había preguntado por las aduanas del mundo, el sabedor enciclopédico entonces señala con el dedo y hace suponer que examinan los mares fronterizos, clava una voz admonitoria (una alerta, un

aviso, un dictamen clarificador), ninguno vuelve del piélagos donde los cayucos se tornan ingobernables y terminan arrastrados como cáscaras de guayaba hasta un precipicio cuya extensión nadie puede concebir.

Con anterioridad, el oyente había tenido una ensoñación cálida, creíble, pictórica; observó a varones cogidos de la mano que pasean a través de avenidas flanqueadas por hiladas de árboles frondosos y pentagramas retorcidos como madreselvas nacidas en las liras y los violines.

La corrección, o la cortesía (la urbanidad), o el sentido común, impiden discutir con un transportador de conocimientos, también censura los modales abruptos y replicarle a los mayores. Por ende, Nahui dijo a todo que sí, admitió su locura impulsiva, aunque en un plano íntimo, la estampa que guardaba en la memoria hubiera servido para argumentar una réplica al sabedor. A pesar del criterio oficial y la advertencia atemorizante, la visita terminó alentando el mismo viaje que desaconsejaba, reforzó la motivación, sustentada por otros muchos acicates, incredulidad, ansias libertarias, anhelos abstractos del espíritu, la vehemencia contraria a ser perro de nadie, además, emulsionó con la ignorancia, las limitaciones diarias, el efecto acumulativo del resentimiento hacia no sabe quién o qué o hasta cuándo, de todo lo cual hizo un astrolabio suficiente para timonear la esperanza y decidir su destino. Menos da una guija (una piedra), pensó concluyente.

Solo cuando supera la bahía, adquiere una conciencia clara de los cambios portentosos que están ocurriendo en la estructura de su diario personal, admite la dificultad aparejada a la

navegación de largo recorrido, presente la soledad abrumadora, el extravío ocasional, la muerte aguardando bajo la canoa, la insuficiencia de víveres, el asedio melancólico, la demencia con ojos aguosos y lengua serpentina y olor fecal. En conclusión, deja atrás el aplomo y la confianza del chamizo hogareño, la teoría reversible y la planificación aséptica. El futuro es ahora, grita, el ayer terminó. Ha perdido la referencia del último atolón y el acuario, benigno hasta poco antes, se ha convertido en un erial siniestro, poblado por siluetas, sombras y figuraciones sin nombre, un influjo centrípeto mueve al héroe disminuido hasta situarle en una marejada refractaria a su voluntad.

La navegación, por ende, adquiere autonomía y deja ocioso al grumete. En la cadencia undísona (el compás acústico del océano), imagina una zambullida por bajo las greñas ondeantes y las tiaras y tules de espuma crepuscular que coronan el oleaje, verifica los dominios coloreados por la luz de espalto (una tonalidad oscura, suave y transparente), bucea ingrávido entre los fastos minerales y los globos erizados a la defensiva, ante los cardúmenes que rolan y mueven escorpinas, anacantos y algún pichihuén alelado. Avista escómbridos campantes y madreperlas con la casa a cuestras, filones de anémonas mecidas por la brisa líquida; despide a los trebejos (la juguetería) del coral, trabado por su languidez perpetua al relieve de las praderas marinas.

En cubierta, para evadirse o acelerar el ritmo al que transcurre la actualidad, tira del primer cabo suelto entre sus pensamientos y rememora a quien guarda un archivo pormenorizado con todo espécimen cubierto de pelo, plumas o escamas, y toda planta

curativa, venenosa o neutra. Atahualpa es el guaicurú (un nativo) transportador más viejo y más sabio que ha parido madre. Lo saben hasta en Pernanbuco, pues los peregrinos que vuelven a sus alquerías suelen dar crédito y pregón sobre el sabio analítico capaz de enumerar en el acto y sin un atisbo de duda o un indicio vacilante, toda la genealogía arborescente solicitada por el consultante.

El abuelo despliega un andamio ceremonioso, al compás resonante del teponastle (un tambor) y los sílbidos de la chirimía (otro instrumento musical), queda en trance, bajo los efluvios del ají cumbarí (picante vegetal), guiado por el serpenteo de la escolopendra vidente. Desde la silla poltrona, entorna los ojos y deslía con las manos elocuentes cada embrollo y anudamiento de las tomizas (sogas finas), enredadas por el tránsito incesante del calendario y los olvidos acumulados, tensa la hebras referenciales, los alumbramientos, el aniversario, los años jubilosos. Su bisbiseo trepidante no escatima detalles sobre la ternura o la mezquindad o los hechizos amatorios propios del infierno celestial que hay en cada mujer hembra, incluye los desnudos (cada esfuerzo), el trajín diario, los animales de matanza que ayudó a sacrificar, los partos prósperos o la manera en que sucumbieron los vástagos.

El memorioso Atahualpa, recolecta un precio (unas habas de cacao) al peticionario y, por tal exigencia, consta en las efemérides propagandísticas como el primer espectáculo con sesgo comercial exhibido en la comarca. Las facultades del maestro rebasan la mera reproducción de datos previamente adquiridos. Así, desde su consultorio entoldado con mimbre y

paja brava, soluciona cualquier problema, indecisión, duda o conflicto que le exponen formalmente los particulares, de palabra y con expresión sucinta del tema a tratar. Según la estadística, son frecuentes aquellos referidos al orden formal en los casamientos, cuántas veces debe satisfacer una esposa los requerimientos carnales del marido, las horas decentes para tales desempeños, la consideración técnica dada al acto de favorecer la boca como medio preferente en el menester planteado antes -esposa con frecuentes jaquecas y la agenda saturada, ¿debe dormir y descansar, o la armonía obliga a que previamente haga un apaño al goloso de Pelantaro?-.

El oráculo viviente no se calla una, añade los detalles escabrosos (maneja información sensible y asuntos delicados), el cariz secreto de la esposa desaparecida incita en el cónyuge, Powo, a querer desandar el espacio que imponen los tiempos, susurrar a Xina que qué pena, me marché o te marchaste, no supe cambiar, no cambiantes tus advertencias, atiende mi ruego, hoy seré otro aunque sea el mismo de ayer, suplico lo que callé, desconfía del ladrón donjuanesco, te digo regresa, devuélveme la vida, tu sonrisa, indícame el modo de atravesar este fachinal (pantanos) de revelaciones insípidas que pronuncia un oficiante de mala estampa y peores entrañas.

Lejos del consultor infalible, los matrimonios rotos, el empalago melodramático, la espectacularidad mercantil; impulsado por el mismo el soplo genético que mueve a los pájaros a ser pájaros y no peces, el capitán preboste, también marinería, grumete, pasaje y polizón, divaga sin pretender arreglar los problemas fundamentales del ser humano, rumia algunos tópicos, el amor

que detiene los instantes caducos, el valor del hombre para los dioses, la fugacidad de la infancia, el envejecimiento aparente en las personas que por dentro continúan trabadas a una edad anterior. Intenta razonar conforme a un criterio distinto al suyo, sobre las virtudes y peligros del progreso, y las máquinas descritas por el folclorista entretenedor, que sustituirán a los menestrales para convertirlos en sus esclavos. Anganamón, el que inspira a las musas, conoce el percal, habla mucho, mencionó a unos pobladores de ultramar, los oriotarras, quienes al encontrarse entre ellos, a manera de saludo invariante, uno pregunta: “*¿Apezak hobeto?*”, y el otro responde: “*¿Zer moduz!* -No queda claro el comentario, quizá sea: “*¿Qué tal?*” y “*¡Bien, los curas peor!*”. Son afines a los arrantzales antiguos, que desde sus chalupas arponeaban a la ballena hasta rendirla.

Nadie puede recordar todo lo que narra un sabedor, pues consiste en un caudal profuso de proezas hibernadas, extirpes virtuosas, entes misteriosos, jalones legendarios que se remontan a la era marcada por el mes Quecolli, el mestizaje del clan, por ayuntamiento entre la diosa Toci y el héroe Ispirescu, el germen histórico de la guerra eternal, las hijas de los clanes chiriguanos y alacalufes, raptadas en el error por los guarayos, durante una incursión dirigida a capturar braceros y esclavas concubinas. Desde el agravio y la reacción vengativa, los pobladores han ido eslabonando conflictos a la guerra universal, impidiendo a muchos tener la felicidad de morir por causas naturales. Entre la selección de estampas memorables, fábulas creíbles, torpezas dinásticas, creencias ancestrales, bestiarios y primicias tardías, que declama, recita o entona Anganamón al auditorio, hay unos versículos que preceden al resto y colman la

curiosidad expectante. Describen a la diosa barbuda, señora de los senderos y las encrucijadas, Analicia, cuyas lágrimas diamantinas hicieron germinar los maizales.

Las revelaciones contienen pausas intrigantes, durante las que solo escuchan el crepitar de una fogata estratégica, después continuará la aclaración panorámica o desciende al nivel concreto, según las horas, recupera el tono humilde en la voz atiplada, tras un esfuerzo por hacerla más aguda, menos grave y libre de vanidades o ánimo deslumbrador. Anganamón, escolarca (filósofo) y acarreador informativo, simplifica y une la despedida al auditorio, el consejo paternalista y la justificación de su éxito, con la misma frase o axioma de hombre voluntarioso: “Hay que buscarse la vida”, dando a entender que el talento exige una disciplina, refinar una o varias habilidades hasta la excelencia, hasta fuera del orden común y el alcance ordinario, una cualidad convertida en fuerza rutinaria, la misma que emplea Ñamandú para hacer malabares con tres yunques imponentes, o el emperador sidéreo cuyo pueblo ha sido elegido por el dios solar para favorecer su recorrido; significa honradez, trabajo duro, concentración especialista, talante pionero; abreviando el resumen, justificar el cargo y el perfil asignado, mediante una o varias tareas provechosas, esenciales o necesarias para el bienestar comunitario.

El fueguino, tras un esfuerzo sintético, valora entender a los poderosos que se hicieron a sí mismos, o heredaron la parafernalia por cuya virtud ordenan a los demás las cosas permitidas, los actos exigidos y las prohibiciones; asiente con la cabeza y su propia resignación o tolerancia acaba

sorprendiéndole. Tiene definida la utilidad de los éforos (jefes) y los transportadores que cargan medidas y cuentas, números, membranzas y volumen sapiencial, saben todo, pueden todo, descifran el porvenir inventándolo.

La versión unánime marca una cornisa limítrofe fuera del alcance visual, donde las embarcaciones giran como peonzas y bajan resbalando por sobre una ladera interminable, de musgo y vidrios lunares y detritus meteórico, o en el peor supuesto, acceden al foso de la penalidad. Dada la distancia recorrida, la velocidad impuesta y el rumbo previsible, parece inmediato comprobar la finitud o la métrica errónea del orbe académico. Empero, pilota la falúa sin sobresalto ni dispersiones centrífugas, rebasa la lejanía recursiva hasta que pierde la cuenta digital (hecha con los dedos), por ende, las jornadas ulteriores refutan, contradicen o desacreditan el planisferio vigente.

En altamar, asume que el horizonte no está fijo, sino que se desplaza para evitarle morir de tedio o acedia (flojera anímica). Bromea con la barca, le habla dándose ánimos, nos acompañan lágrimas alegres, el sentido de las olas, la coloración del cielo y las aguas y los conglomerados nubosos. En la práctica, ha repasado las referencias que viene utilizando con valor supletorio para gobernar la embarcación sin la torpeza de incurrir en rodeos innecesarios, o malgastar empuje con rotondas, bifurcaciones y senderos que lo retraen al jalón de cuya marca partió, y elimina la línea gruesa añadida en el mapa imaginario por donde circula hacia los atardeceres.

Entre tanta cábala, dejó en posición de descanso al soldado inflexible y atento que a intervalos irregulares le devuelve a la

vigilia, al presente absoluto, a la apreciación del enemigo traicionero, si existe tal cual o surge disfrazado tras el ruido que antecede al salvajismo. Apenas pudo reaccionar en sentido defensivo, proteger al menos su escueto patrimonio, los libros robados, el vidrio flácido, los enseres piscatorios (anzuelos, mimbres y una red), la vihuela de siete cuerdas cuyos acordes emulan el aleteo de las madrinas angelicales; nada está en su sitio, el timón no responde, las encrespaduras y rebufidos del marullo atraviesan el bote, queda a merced de un adversario sañudo, supera la secuencia destructiva compactada por siete turbulencias, aguanta el tirón, los manotazos duros, las embestidas ciclónicas, el instante de volar navegando sobre la espuma rabiosa, vuelve a descender y colisiona por su propio peso contra la sumersión cuyo volumen levanta a su alrededor una amapola líquida. Nadie aprecia la propuesta decorativa, cuando debe acatar la insoportable levedad de su condición problemática. Es pronto para morir, necesita más tiempo, añadirlo al que tuvo antes, saldar deudas pendientes, cancelar pleitos y rencores atrasados, pedir la absolución a quienes hirió, restañar sus propias heridas, aligerar la carga del remordimiento por cada deseo malogrado, luego, no acata los caprichos del azar, aún menos, cede bajo la manada de torbellinos que está mostrando una propensión irritante a revolver lo de arriba con lo que está abajo, engullir la chalupa entera, manejarla a su antojo, como una pelota, un juguete de madera y carne y tejidos, sometido a los vaivenes, la traslación continua y los altibajos y virajes bruscos, cuyo desenlace ensambló al marinero, su carga y el vehículo que tanto vuela como navega, para depositarlo sobre un lecho milagroso, tierra adentro, en la misma playa

entrañable y paradisiaca desde donde había iniciado mucho antes su singladura, aunque entró perdiendo la pitanza (los víveres).

Superada la carambola, recompuesto y endurecido el ánimo y aprendida la lección, decide emprender la carrera tópica de la vida, sin más tardanza que la impuesta por la patraña donde, entre líneas, necesita reponer el matalotaje (prevención de sustento), reparar la embarcación, decirle a Maru que qué pasa contigo, embarazada, me dices que seré el padre de todos tus hijos, te vas con tu barriguita, necesito las cosas claras y el chocolate espeso.

Nada más llegar, mientras verifica los cambios añadidos al pueblo durante el conato de fuga, tuvo un presentimiento aciago, que por definición, son ideas irracionales, pero esta vez aireada por la calma tensa, la ausencia de ruidos selváticos, y el olor a mamífero grande y estresado.

Ochpantizli Cuatro Pico de Azor mantiene una disputa abierta en varios frentes, contra diferentes tribus, así que las tropas suelen estar fuera, en los campos de batalla o recorriendo los pueblos sometidos para garantizar un toque de queda o establecer una prohibición, impedir focos de resistencia, expoliar o confiscar aceites, pedrería, metal suntuoso, también artilugios mecánicos, maromas y códigos. La voracidad tributaria mueve a diario un pelotón hacia las colonias, donde verifica el cumplimiento exacto del pago (la gabela) que debe hacer cada habitante adulto, normalizado o consistente en una olla de barro repleta de frijoles, maíz o yuruma (médulas de palmera). Han movilizado a los reservistas y a todos los

hombres sanos, así que la localidad está ocupada apenas por mujeres, niños y ancianos, junto a funcionarios burócratas, élite pensadora y la guardia del palacio cultural. Luego, no encontró justificación objetiva al palpito, pues los movimientos de contingentes, las anomalías bélicas y la desolación propia de las siestas andaluzas, eran concomitantes a la fiebre expansionista del emperador gótico. A pesar de la normalidad, siguió percibiendo ese silencio artificioso que precede a los desastres. Entretanto camina a la cabaña adosada, avista una pulpería recién abierta, adyacente a un boliche pampeano, donde venden tabaco y comestibles y abalorios. Encuentra un barrio entero que otrora no existía. Son las nuevas casas de protección oficial, construidas con ladrillos y argamasa, cubiertas por uralitas ondulantes y revestidas de cal y pintura, para hacerlas menos calurosas, en sinergia con dos ventanas opuestas. Por dentro, están divididas en cuatro habitaciones, un pequeño patio interior, una tina o un aljibe, cuya especialidad consiste en conectarse a una red de tuberías y proporcionar agua corriente al abrir un grifo. El proyecto piloto está integrado en un programa de obras públicas actualizado, que se remonta a la época del cero y contiene las especificaciones de una solución global para extraer, transportar y distribuir suministro de agua potable. Habrá que verlo, murmura el escéptico Nahui.

Eréndira escuchó su presencia al entrar, le saluda con una pregunta: “¿Dónde andabas?”. Oye que por ahí, pescando guabinas, ¿y tu esposo? Termina el abrazo con un beso en la frente, vuelve al fogón y sigue preparando el sancocho (un guiso de carne, yuca y plátano). Apenas entonces, sin volverse, una voz dolida explica que su hombre está luchando por los suyos,

la semana pasada recibió un tajo en la mano, para salvarle el pescuezo al caudillo, le ascendieron a jefe del protocolo de seguridad o de no sé qué, pamplinas, sigue cobrando miseria.

Ninguna novedad, madre sufrida, padre mostrando por dónde se visten los hombres, los hermanos y el parvulario en la corraliza infantil. Abandona la casa, anda de prisa, casi a la carrera, como para dejar atrás la rutina del confort o el presagio conformista. Irepane está fuera, guerreando, casi mejor, pensó, así me ahorro las disculpas, además, le odio..., pero le quiero, tal vez no le quiero, quizás sí, hay muchos demonios en mi vida, él solo es uno más, tal que la mujer obsesiva que interfiere con mi espíritu dominante y pide respirar a través de sus pulmones, digerir con sus vísceras, transpirar por su piel, ver las cosas desde su cabeza. Tampoco localizó a Duchibela. Anteriormente había escuchado que esperaba un hijo, que era suyo, aun dijo: “Seré madre soltera”. No la creyó, aunque recuerda con rigor quirúrgico la elongación lujurante de sus labios íntimos. El asunto requiere una confirmación adicional, tal vez mañana, pensó, resignado a desenvolverse sin albedrío dentro del sueño de otra persona.

Por el camino al taller clandestino, escucha la maleza removida y la orden de atacar o morir, ve una maraña de flechas que acribilla los chozos, asiste al retumbar del suelo bajo la horda de energúmenos atraídos por un enclave vulnerable. Son humanoides cubiertos de pelo, que no vocalizan sino que gruñen, cual simios de frente abultada y enormes dentaduras con sarro, dados a pulverizar cabezas mediante un solo trancazo, aun

portan armas arrojadizas, atadas a una correa que les permite recogerlas después de hacer el tiro (cateyas).

Ha estallado otra sublevación, una desobediencia civil, una resistencia armada, una sedición menor, un motín localizado, otro germen revolucionario, un levantamiento rústico, una revuelta, quizás sean ñapangos confabulados con páparos, escuadrones paramilitares, turbas del trasmundo, descontentadizos sin instrucción ni modales, no está claro, pues ninguno dice quién es cada cual. Aprovechan la escasez de tropas acuarteladas, asaltan el templo espiritual, incapacitaron a varios guardias, la situación es confusa y parece descontrolada. Soltaron patrullas a lomos de ñandúes (más rápidas que las avestruces), revisan los distritos, dan en las corvas con una vara a quienes desobedecen la prohibición de circular por la intemperie. Nahui, refugiado junto a Eréndira, espera a que pase el turbión represor, convencido de no haber venido a perder una guerra que no es la suya.

Lejos, el duce estratega acaba de cercenar la sublevación del pueblo catalán. Mucho después, a propósito de la facilidad con que sometió a los insurgentes, dijo: “Pensé, planifiqué, llegué, juzgué, ví, escupí, grité, peleamos, perdieron, vencí”. Partieron una pierna a los cabecillas. Nada más, a ver quién manda ahora, desagradecidos. Esa tarde, los tentáculos informantes notificaron al caudillo mesiánico el asalto a sus fronteras. Mantuvo una reunión de urgencia con la oficialidad, organizaron una estrategia consistente. Primero, desbaratar la seguridad enemiga, mediante una cohorte de soldados anfíbio invisibles y sus novedosas ballestas de seis cañones giratorios,

atacan desde bajo el río, aturden y baraústan (confunden) a los humanoides; segundo, participan a distancia las hondas y los venablos, a continuación intervienen los luchadores, diestros en purgar la arrogancia a machetazos. El conflicto quedó resuelto y los cordeleros de las crónicas etiquetaron el hito como un poner las cosas en su sitio, ni siquiera tuvo el tratamiento otorgado a los hechos históricos. A propósito del crimen organizado, Amacuro, siempre propenso a refinar la teoría, rubricó una apreciación legal que la mente de Nahui analizaba más tarde, a bordo de la segunda chalupa en alta mar, preguntándose qué quiso decir cuando dijo que la justicia no castiga ciertos actos por ser delito, sino que son delito porque se reprueban.

Ha incorporado nuevas labores al quehacer rutinario, anotará los intervalos transcurridos, mediante incisiones en el mastil, siete, baja al reglón de los palotes semanales, cuatro, pasa a la muesca del registro mensual, como si la operativa contable pudiera dispensarle una certeza o un soplo orientador en aquel secarral donde chapotean los recuerdos y el instinto se pervierte por el canto estupefactivo de las doncellas cuyas tetas imponentes no dejan ver la prolongación pisciforme bajo sus cinturas almibaradas.

Muchas hendiduras después, navegando hacia la puesta de sol, se pone en pie y contempla una escuadra de orcas, que asedia a un ballenato separado de la madre. Por riguroso turno, parecen acercarse y besarlo con una falsa ternura, en realidad, mordisquean el menú, se entretienen en catar o degustar un sorbo o un bocado del posible alimento, aprecian su sabor y textura, el valor nutricional, la presentación del plato huérfano,

con forma de bañera asustada, el disgusto con que intenta zafarse del acoso y recuperar el aire libre, la mar abierta, evolucionar con los de su especie, crecer a dimensiones colosales y ver desde lo alto a las orcas como arenques, después hacerse añosa y rememorar la tarde remota en que estalló un chapoteo frenético entre las aguas y una rehala (una jauría) ha empezado a desmembrar la añoranza mediante embestidas y tarascadas salvajes. La escena impregna la memoria del único espectador, ajeno al lienzo de la aguada donde el pintor lapidario, a su manera traducirá el nervio instintivo que anima a las especies, las olas con crespones, el ornamento espumoso, los grumos del atardecer licuado en un lecho de rubíes y cornalinas acarminadas.

Al terminar la depredación por insuficiencia de carnada, ve trozos del aperitivo flotando a su alcance, de modo que sin esfuerzo recoge algunas sobras, para incorporarlas a la prevención del hambre catastrófico. Otro día, con la despensa vacía, logró superar la adversión a la carne cruda y tras comerse las últimas piltrafas, dio en considerarla una vianda exquisita.

La extensión del páramo hace que las cuentas hendidas en el mástil contable, se superpongan en un fárrago hasta indicar una sola jornada, para cuyo registro carece de convenio. Ha revisado su exiguo vocabulario, orientado a la inmediatez, descarta añadir complejidad al diccionario, términos ambiguos, polisemia, acepciones antónimas encapsuladas en la misma ocurrencia, significados que se obtienen al sumar las partes de una locución, asimismo, excluye una sintaxis confusa y una

semántica para eruditos; tampoco pretende inventarse una semiótica particularmente extensa, ni eternizar el viaje.

En resumen, sencillez y claridad, cuatro o cinco signos serán suficientes. A fin de extender la notación y abarcar una medida anual, desecha la vírgula, los puntos suspensivos, atiende a consideraciones secundarias, la cohesión del estilo, el desempeño fluido, la homogeneidad con los palotes, rayas y guiones veteranos, que al verlos en panorámica, se asemejan a las estrías del tiempo, y por concordancia, decide incorporar una cicatriz semilunar al léxico.

Previamente, raspa y alisa con sílex la superficie arrugada del ombú, obtiene un cuaderno de bitácora limpio donde marca la primera sonrisa, tararea una balada de cuitas y romances afortunados, mientras envejece de golpe un año entero, a esas alturas debería haber alcanzado el fin del mundo. Es verdad que ha estado progresando seguro hacia poniente, orientado por el sol cardinal, luego analiza los itinerarios nocturnos, reconstruye la bóveda constelada, puntea los astros circumpolares que no olvidó, tapiza un contexto de estrellas variables, obtiene un atlas concluyente y el peor supuesto, en ocasiones ha dado vueltas alrededor de una ajorca, circula por el mismo sentido pero con dirección contraria, para desandar cualquier etapa completada en horario diurno.

Tiene delimitado el error, aplicará las correcciones a su momento, ahora estaría mejor con un valdiviano (un guiso caliente de charqui y pimientos), eso sí, lo comería entre flores sostenidas por alabastros, oyendo música instrumental, sentado a la mesa de la civilización, acompañado por otros comensales a

cuyas esposas supo saludar copiando los gestos que observó en las estampas de los libros ilustrados, ensaya una inclinación reverencial, toma apenas sin rozar una mano ausente y la acerca a sus labios como para besarla, pero evitando el libertinaje de hacerlo. La pantomima concluyó exitosa, aporta una expectativa, razonable o no, de interaccionar con la sociedad, adquirir destrezas educativas, componer esos rasgos que identifican a una persona corriente y la diferencian de los animales, las mercancías o los personajes fabulosos. En resumen balancea el humor con un repunte optimista, tiene útiles para pescar, códigos misteriosos, un almanaque rutilante, un poder superior de computación y un estilete versátil. Lloraré con lágrimas alegres, sonrío al rastro de minúsculos triunfos que ha ido abonando con cada dificultad resuelta, puede domeñar a la bestia, adaptarse, evolucionar, medir las jornadas, poner una cifra al pasado; aunque demuda al gesto sombrío tras asumir que ningún almanaque, reloj o artilugio permite estimar el remanente que lo separa del porvenir.

Movido por la desilusión, otea la distancia, avista una isla con una palmera en su centro, difuminada por la reverberación y puesta a flote por la atmósfera como un albatros. Mas de cerca el espejismo se esfuma, dejando una espiral de vapor sobre la canícula del mediodía y un paisaje donde no encuentra explicación al fenómeno, construido por leyes físicas, las que están en los textos y dibujan rayos luminosos, refracción, trayectorias convexas y franjas superpuestas de temperatura y densidad en el aire.

Ese saber que no sabe nada enerva los ánimos del navegador, exasperado por las frustraciones mal digeridas, retrocede a la barbarie, necesita canalizar su humor colérico, destructivo, romper algo, empero, a simple vista no repara en ningún objeto apropiado y prescindible, escarba entre los aparejos, coge unos facsímiles, los separa al azar, ajeno a pucheros y a la rúbrica del meritorio Diego Ordaz, uno enrolado en una misión exploratoria comandada por el capitán Hernando Cortés. Aquel fue un bachiller inquieto, propenso a languidecer si aguardaba quieto entre las cuatro calles de una ciudad pequeña. Nombrado a dedo caballero notario de la orden del Buen Hacedor, especificó con acierto en sus crónicas de sociedad que los amerindios, por extensión cualquier minoría marginal, si bien asilvestrados, sangran como los demás cristianos, tienen alma, un ciclo donde nacen, maduran, viven, bailan, gozan, sufren, se hacen mayores y mueren, dejando sitio a la siguiente generación válida. Por consiguiente es dable asegurar y lo firma poniendo a la virgen Guadalupe como testigo, que la naturaleza descrita, contra la opinión mayoritaria, coincide con la propia de las personas humanas.

Nahui no lee, no sabe, compensa el salvajismo con más rudeza y comienza a pedacear los fascículos, primero desbarata la encuadernación, arranca el prólogo, las siete dedicatorias, una advertencia legal que prohíbe la reproducción total o parcial, separa una a una las nueve veces nueve páginas (contadas sin ábacos), desgaja el glosario, un epílogo, divide la unidad, obtiene restos sucesivos, troza las partes, como un autómata, repite la lógica recursiva, fragmenta cada pedazo, amengua los resultados, especula sobre un estándar relativo a la forma ideal

o el tamaño necesario de las cosas pequeñas, menudea, acumula las briznas terapéuticas en un montículo de reproches y extravíos retrógrados, ultima la puesta en escena del alivio, histriónico, esparce las tristuras por sobre la borda, polvorea la sopa de letras rehogada por la cadencia del mar; coge una epístola, es una confesión, un hombre matará a otro hombre, el texto pretende justificar ese acto demencial. La caligrafía tiende a comprimirse, las líneas pierden simetría, los párrafos van improvisando soluciones al espacio insuficiente del pliego, acaban invadiendo los márgenes, los interlineados, incluso, vuelven retorcidos al principio del mismo renglón, de modo que el documento revisado por el autor, acabó siendo un fárrago velado a la comprensión inmediata, conjetura a su manera un significado, como buen entendedor, le bastan cuatro garabatos para asumir que no existe justificación, ley natural, alegato jurídico, ni defensa sensata al acto arbitrario de matar a una persona. El asesinato, por consecuencia es indefendible, las cuatro rúbricas finales aportan una aclaración suplementaria: confesante, homicida, lector y víctima son la misma persona.

El propietario, incapaz de entender la letra impresa, hace el ademán propio del entendido que aquilata un producto literario, inventa un argumento supletorio, sopesa el gramaje del folio, la geometría rectangular, dúctil, aunque una vez doblado, al recuperar la forma original suele dejar el trauma indeleble de la violencia ejercida, no importa, aprecia su cualidad maleable que cede con docilidad al impulso táctil, sin perder integridad o su condición dramática, le transmite sugerencias, hacer un ejercicio plástico. Su poseedor, imagina la forma final pretendida o la idea a reproducir, usa el modelado sensitivo,

para transformar la imagen rasa al paradigma de las tres dimensiones donde va improvisando a la fuerza, corrige, acopla la simetría, los bordes, rememora las viñetas hojeadas en una incursión a la biblioteca piramidal, ejecuta las instrucciones visuales, reproduce pliegues o frunces, contornos, da retoques al vuelo, perfecciona las manipulaciones exigidas por la papiroflexia hasta el último truco de manos con que presenta una replica en miniatura del velero, tal y como lo había imaginado con maderas, pero hecho ahora en papel legítimo, que guarda en un bolsillo del morral, conmovido por esa rara habilidad recién descubierta para escalar la realidad a su antojo.

Agarra una hoja suelta que podría ser un artículo de opinión libre del año mil², o un borrajear sin propósito, o un ensayo de estilo, hace un burujo y lo sumerge en el lacrimatorio sobre el cual barloventea, un poco harto de todo cuanto ha imaginado hasta entonces, los islarios, la Europa asiática, las personas instruidas, la sensibilidad que induce un padecimiento epidérmico, un ansia de cimas borrascosas, un vértigo, quizá por el deleite contemplativo, del tipo hedonista o ascético, según el momento, la complejidad y el género de belleza a que se refiera el síndrome florentino.

Enseguida, alguno de sus espíritus, el más pesimista, añora aquello dejado atrás, el terruño, el tiempo libre, la comida caliente, los baños en la alberca con Maru y sus párpados risueños, la posibilidad de Irepane, las parrandas étlicas, los torneos arbitrados por el yacaré y sus largas mandíbulas prehistóricas, que cruzan las aguas turbulentas tras los sanfermines temerarios. El conflicto interior surge también del

remordimiento, pues en el tablero de las decisiones apresuradas o erróneas, hizo un gambito romántico, tras el cual obtuvo un escaque vacío, la sensación de pérdida irreversible, o error supino, o echar bravatas en tiesto ajeno; subjetivamente ha entregado todo a cambio de nada, Roi le dijo que era la maldición de Howard Carter, no le entendió entonces, pero aquí no importa demasiado. Ha identificado al ideólogo interior que a todas horas necesita meter baza (intervenir en la discusión), es quien ahora navega al mediodía, el del puño hundido en las aguas tibias, el que pone punto final a la cura de burro improvisada contra los perjuicios coléricos.

Percibe a través del tacto la inmensidad del cosmos, como si el agua fuera una prolongación suya, deduce que antes tuvo el tamaño de una semilla diminuta, se entretiene en aritméticas y estimaciones superfluas, incapaz de imaginarse o cuantificar la energía que dio materia a cielos y mares, faunas, ranas azules de brillos inquietantes, encontradas por los bosques de Mágico, junto a bestias y pensamientos, tal vez una brizna de esa magnitud contribuye al soplo con que las tribus fundan congregaciones, iglesias a su imagen y semejanza, ejércitos, naciones regulares, o promueven tiranías, extirpes, pedestales luciferinos, prisas por construir barcasas sin porvenir, como la que brujulea por el destierro; apabullado por su pequeñez, hace un gesto voluntarioso e indulta los legajos apostólicos, trasladando su oportuna interpretación al anaquel de las tareas con máxima prioridad.

En paz consigo mismo, de momento, acepta tratar cuestiones atrasadas, la sinopsis en la que vive. Buscar la prosperidad con

los suyos parece un anhelo lícito para la acción, no ha pretendido nada nuevo, pues todos los hombres comparten ese ideal práctico, si mal difieren en dar o prohibir el derecho a la igualdad de armas, y en la honradez que evita aprovecharse de las influencias externas a su habilidad, talento o empeño. Es verdad que puede volver, integrarse, obedecer y callar, aunque esa hebra argumental exige renunciar a sus pretensiones quiméricas, a su identidad como ser humano y a su vocación perversa de lector escriba.

Inmerso en la ceremonia de lo cotidiano, pone en orden la papelería, limpia la escoria marina, actualiza el mástil contable, añade cinco ítems atrasados, talla un corondel, sin valor semántico, destinado a encabezar las columnas afines en el libro diario, con un servicio o utilidad de uso frecuente, permite distribuir la información y mejorar su impacto visual, asimismo, aunque todavía muy verde (embrionario), dará equilibrio o armonía a una posible renglonadura en el almanaque. “Veremos a ver”, piensa, movido por la corriente balsámica del lago crepuscular.

Aspira sin pretensión las esporas del pasado, disueltas en el mismo aire de muchos años antes, cuando todavía le gustaba mezclarse con el bullicio callejero, y asistió al estreno del tiempo, anunciado en la catedral. Estuvo perdido entre la muchedumbre, que se agolpaba contra los centuriones, vio el palco de la monarquía helénica, el visir del turbante con el jade incrustado, los sabedores bajo la borla del bonete académico, los seminaristas apretujados tras la casta eclesiástica, rememoró la mirada pensativa del monarca militar, su aura de resignación,

replicó el mal presentimiento, que nadie más tuvo porque nadie más intentaba escudriñar la malla problemática tras los oropeles del poder, tener acceso a los pensamientos del abuelo cifrado, hasta el instante psicológico en que vio la plaza desde la atalaya regia (empatía), un relámpago intuitivo similar a entender el concepto del cero árabe o el sentido de las lloviznas; estaba abrumado por la finitud que impone la senescencia, padeció sus achaques, el puñado de limaduras ardientes por los huesos, supo que todo lo suyo era también del pueblo, que cazaba dinosaurios para evitarse la torpeza de errar el tiro, que las cosas son como son y no como deberían ser, el progreso ilimitado terminará pronto, languidecido por la avaricia de los teules aliados. Sintió el agobio del futurismo científico, los secretos de Estado, las intrigas palaciegas, la necesidad perentoria de cubrirse las espaldas y esconder las dádivas y prebendas que recibía de otros compadres hermanos, bajo una red anónima de testafierros y cofres protegidos por galerías subterráneas, con tal precaución evitará salir con lo puesto, en caso de necesidad.

Más allá de lo sensorial, experimentó todos los lustros del reinado comprimidos en una fracción infinitesimal, asumió el curso de los acontecimientos desde la tribuna o el palco presidencial, con el privilegio de garantizar la transición sin derramar sangre. Empero, el desdoblamiento o la intuición clarividente cesó, de súbito, y Nahuí era el de todos los días, igual a otros muchos que celebran la tarde incoativa (expresiva de un inicio), embriagados por la esperanza, atentos al monarca octogenario que empezaba a cortar la cinta inaugural, con el preludio del primer arcángel escanciador, oyeron el

repiqueteo de cortesía, los badajazos del bronce percutido, y en la reverberación metálica tras el quinto tañido, supieron que solo entonces había empezado el minutaje de los siglos, igual para todos los regnícolas, conforme al mecanismo democrático recién estrenado.

El navegante, sin viento a favor o en contra, agotado por los remos, se deja ir hacia ninguna parte, sin desarrollar el último episodio incomprendido, cuyos elementos son: un flechador tributario, una saeta política, un corazón palpitante y un magnicidio. Aún queda rematar el viaje, mantener a flote la canoa apátrida, resistir el tránsito perceptible hacia la noche, apenas un lento discurrir por una zona de aguas diáfanas, cuya transparencia y sus repercusiones parecen un trucaje para entretener el tedio a los marineros. Primero avista las profundidades al alcance de la mano, los museos abisales contruidos mediante las ruinas y vestigios que dejaron las gentes del pasado, idealmente enmarcados en fotogramas sucesivos, resistentes a la censura que va imponiendo el bioma a su alrededor. Desde la perspectiva del barquero, el fenómeno está nominado por Pachacuthi como el séptimo arte, un invento mecánico, entre otros muchos, engranados al desempeño diario de la sociedad adonde se dirige, permite proyectar la entelequia de los sueños del director para que los demás puedan verlos.

Por fin en el cine, piensa, aplicando la teoría y la especulación subjetiva, contempla las praderas submarinas a través de la vidriera cuyas leyes ópticas producen el alcance telescópico y la microscopía. Acercan y magnifican el sedimento abandonado por los pueblos extintos, el aura polvorienta alrededor de los

transatlánticos hundidos, el carricoche oblongo (más largo que ancho) unido a una procesión fúnebre desde las necrópolis antiguas que exhuman momias incas, ve tropos e hipérbolos, criaturas corales, envueltas en el halo licuado del exceso lascivo; avista la bandera viva de España, la insignia azul del círculo estelar, el sol naciente silueteado contra la albura de las siete virtudes samurais, saluda con el mentón al primer caballero legionario, alistado en los Tercios Pacificadores como Marcelo Villeval, para servir a la patria y cortejar a la muerte, si procede.

Oye las voces en su pensamiento, invitado por última vez a la arqueología cinematográfica, contempla daguerrotipos ocreos (fotos vetustas), pueblos fantasma, monumentos pétreos cercenados, dentaduras empedradas de oro salvaje, experimentos fallidos con el resultado monstruoso de la hibridación entre homínidos y búfalos. Es cierto que la narrativa abstrae lo extraordinario, el registro singular, los aderezos exóticos, la mística del espectáculo, aunque esta vez no lo justifica ninguna tendencia al fantaseo, o un lunatismo en fase aguda, sino que aprovecha la lente ilusionista del agua clara para simular múltiples inmersiones, sin los agobios laborales del recolector de esponjas rituales y perlas crudas. Además, la rareza acabará pronto y para siempre, revirtiendo los escenarios, el espectador volverá a ser antagonista, el mar será otra vez roca fluida, un hojaldre oceanográfico sobre las huellas fósiles hundidas en el légamo del progreso universal.

El divertimento concede una tregua a la mente del espectador, libera péptidos (aminoácidos) en su cabeza, que sofocan la angustia del aislamiento; el esparcimiento promueve un refuerzo

para resistir los episodios venideros, intitulados hambre, sed, sueño, padecimiento. La analítica hecha al vuelo por su cenestesia (el cuerpo que se percibe a sí mismo) determina una irrigación sin embolia, hay sincronía en los dos lados del cerebro o en la panoplia de espíritus problemáticos que lo habitan, los riñones filtran el detritus con eficiencia, sin excesos o insuficiencia, el hígado ha acumulado energía grasa, la glucosa circulante roza niveles óptimos, igual que otros indicadores, presión arterial, frecuencia cardíaca, hidratación; en síntesis, un organismo bendecido por el equilibrio funcional, aunque al borde de padecer las consecuencias de una dieta pobre en el abecedario de las vitaminas.

Luego entonces, pasea por la plenitud del momento, penas y desengaños aparte, animado por los engranajes de sus entrañas, que empezaron a funcionar en modo automático, armonizadas con el ambiente, consigo mismas, contribuyen al bienestar del humano, el que excluye dolor, dolor extremo, molestias, opresión, amargor, asperezas, rechinamiento, ardores, incontinencia, empachos, quemazón, sequedad, zumbidos, fallas volitivas, lágrimas no alegres, repeticiones compulsivas, sopor invencible, visión borrosa, soliloquios de borracho, fricciones con el amigo o enemigo ausente. En resumen, afronta la vigilia despierto, mantiene una alerta serena, sentado en primera línea, donde la añoranza del ayer y los anhelos prospectivos (del mañana) y la melancolía actualizada, colisionan y se anulan mutuamente, permitiendo un estado neutro, frente a la pantalla panorámica del acuario y el tránsito irregular de los artefactos en situación de abandono, un pase único a las dinastías, razas y civilizaciones que fabricaron el menaje, las escuelas, el fervor,

la utilería y el concepto matriz, impusieron un orden diferente al caos asilvestrado y después murieron o se volatilizaron o emigraron como renegados, sin más constancia, explicación o despedida que un talego con siete monedas acuñadas, una hojalata recia con facilidad para encajar a modo de coraza, e incontables indicios y secretos y evidencias afines a los de su etiquetado aún por determinar.

El festival anacrónico del cine, o la visita guiada por el museo espontáneo de lo natural, predisponen a la creatividad y el razonamiento, de modo que el usuario sale del remanso de paz con propensión a reflexionar sobre temas grandiosos, icebergs, desapariciones inquietantes, diversidad biológica, se plantea un símil con las vueltas geométricas de la espiral grabada en el caparazón del múrice, son las adversidades que ha ido acumulando durante su corta e intensa vida de licenciado, las circunvoluciones tienen un límite terminal, ergo, el infortunio, especialmente el suyo, ha de ser finito.

Por un momento claudica a la calma, al silencio perfecto, se adormece en la monotonía, repasando el cuaderno de bitácora, la historia inconclusa de relatos imbricados, hasta que el planeta circundante desaparece en un aguazal de líquidos amnióticos y arrullos maternos, y solo queda el yate silueteado contra el infinito, y un grumete a la deriva, jugando dormido con una grey de unicornios marinos (narvales).

Reflota después en unas coordenadas indeterminadas, enfangado por el caldo tibio de la bruma, verifica estar despierto, escucha la seña fedatario, la consigna de los despiertos, busco amor sin término, civilización y la santa verdad. Confirmado, es

congruente con la vigilia, aunque ha terminado en mal lugar, está sobre la boca de un gigante tremebundo, cuyos chapoteos y eructos advierten que esa parcela de aguas internacionales son los dominios del volcán, a continuación el tempo adquiere un ritmo inusitado, vertiginoso, confunde el orden lineal del episodio hasta que una onda expansiva desplaza la embarcación fuera del cataclismo, y el damnificado puede reconstruir los hechos, el humor eruptivo que borbotea o borborita o bulle, la sustancia primigenia expelida con saña, como géiseres o remolinos trufados de crustáceos, pierden empuje y al caer por su propio peso se convierten en pedrisco o proyectiles que ponen a prueba los reflejos de un marinero sano, con tendencia a fusionar lucha y huida en un solo acto que también le evitó ser aporreado. Los gases emergentes reaccionan con la superficie, entapizada por una costra gelatinosa, insuflan volumen a la elasticidad de incontables burbujas gigantescas aferradas a los sustentáculos del océano, su tegumento alcanza el límite de su resistencia y detonan un estallido químico, anterior a la polvareda de cometas y astros desmigados en partículas ardientes, que friccionan contra la madeja de olores a cieno, azufre agrio, carroña, licores anisados, barbacoa, flora fragante, quizás a mierda de elanio y otros muchos matices resultantes de la combinación entre las referencias canónicas.

Más adelante, alejado en el espacio y el tiempo, consume, paladea, mastica y deglute unos pocos víveres disponibles en la alacena, apenas dos lonchas de cecina (carne ahumada), entretanto, repasó los incidentes en su diario personal. A propósito de los aromas, había discriminado tres o cuatro más, contados uno a uno mediante comparaciones difusas, dedujo que

las cosas sin nombre propio ni consistencia perdurable, en el fondo, solo existen cuando las perciben los sentidos y el resto parece cuento, suena a mentira, perdura desvirtuado y cualquier reproducción subsiguiente pertenecerá a otra familia de cualidades, sucesos o experiencias.

Nahui carece de emoción inventora y astucia lucrativa, pero si fallase la poética en la tierra de la primera oportunidad, podría montar una tienda y enfocarse al cliente, despachar pedidos mediante una caja manufacturera que embotella arcos iris, fragancias, enamoramientos y otras entelequias de naturaleza efímera. Ubicado en el contexto actual, a bordo de la chalupa, graba con el bisturí un reajuste contable, basado en suposiciones, el último asiento incorpora una novedad, un punto repetido a pie de página, como indicándole que note bien la arbitrariedad del apunte. Termina entonces progresando por un contexto histórico impreciso, con una semiótica que le permite hacer aclaraciones marginales, una despensa deficitaria, un puñado de escolios y elegías que imagina leer en la trastienda del negocio botellero. Repara en su amuleto, que tiene tatuado a la altura del músculo cardíaco, si bien lo preserva del comportamiento hechizado, la ojeriza malévol y el gafe atrayente, parece haber perdido efectividad en ahorrarle tanta situación a vida o muerte, la emboscada florida, el ave prehistórica, los siete días de ayuno, la masacre insurgente; reúne conjeturas, anomalías, fenómenos extraños y letales como la montaña bajo el mar, que en la practica demostró ser un dragón clínicamente inestable. Está inmerso en una lucha crítica, un ajuste de cuentas, un acoso, un duelo a ciegas, un jaque continuo, aun sin ver el semblante del enemigo ni conocer toda su fuerza siniestra, supone que

debe dominar el disfraz, las artimañas, la suplantación, el baile de las polillas, el caudal energético; interviene en las casualidades, medra, no vive ni se alimenta, no respira, solo infecta a otros de su tipo y a los humanos. Tratando el problema con esa lógica, la definición corresponde a un demonio perruno, un perseguidor terrenal, un sicario especialista, comisionado para el exterminio. Más tranquilo por la identificación, dado que todo mal es eluctable, anota en el epígrafe de tareas urgentes: “Pararle los pasos a ese”.

La navegación por tanteo, basada en el ensayo y los refinamientos sucesivos, le lleva hasta un hemisferio de canículas intensas, cuyos soles abrasadores acabaron por teñirle con la misma tonalidad de los cafetales. La travesía tiene innumerables tiempos muertos, luego, juntando las partes relevantes, observa que la jungla del mar apenas concede tregua, tras el desgaste térmico sobrevino una tormenta, aunque breve e inocua, inundó el ambiente de electricidad, la reacción en cadena ulterior enciende la punta del mástil con unos flecos de llamas celestes, que colocan al marinero en posición de combate. En el intervalo iluminado por los fuegos fatuos, Nahuí consideró pertinente encomendar su maltrecha humanidad a los ídolos divinos⁶; la plegaria o súplica por apresurada se convirtió en una letanía de nociones confusas y vocativos y recuerdos desgranados sin transformación ni pausas, conforme al aprendizaje automático del método educativo público: Omecíhuatl, Metzli, Ctlalicue...

Ha conseguido confabularse con el empíreo, pues los gallardetes o grímpolas del palo mayor desaparecieron como por arte de

birlibirloque. El triunfo robustece una voluntad vacilante, promueve el impulso aventurero, la actitud estoica (serena), ataja la resignación pasiva, le hace suponer que viaja imantado a un carril inexorable, por la ruta laberíntica que solo puede conducir a su destino personal, sin saber bien en qué consiste.

Avante en las jornadas, aburrido por la incertidumbre, busca nuevos entretenimientos y desafíos, pastorea ficciones, clasifica cirros, rebate el paralaje (los desplazamientos aparentes de un astro), bautiza olas según su duración, altura, y sonoridad. En el ínterin, las punzadas del hambre son un recordatorio realista, le conviene depurar el modo de buscarse la vida, conseguir nutrientes, enriquecer la dieta actual permitida por las esponjas crudas y los cochayuyos cintados (algas). Nada que comer, entona el estribillo de una romanza antigua, saluda a las viandas etéreas, musita misterios, con pulso regular, para infundirse ánimos, Irepane no está conmigo, se acabó el mundo, condenado por siempre al sufrimiento, condenado, repite, a padecer un amor, una soledad, un poder, una nostalgia.

Una carambola del azar promueve un viento largo, recio, quizás tenga nombre propio, no importa, altera la normalidad, incapacita los remos y el timón, enmaraña el itinerario, ventea la balandra por etapas repetitivas y derroteros idénticos a otros muchos anteriores, dibuja con ella garabatos sobre el mapa de la orientación, un maretazo final afecta a la unidad del vehículo, las maderas claudican y el ensamblaje, con un repente explosivo, acabó descompuesto.

El náufrago se aferra a unas tablas salvavidas y queda a expensas de la inercia. Pernocta al raso, mantiene el cuerpo

sumergido hasta los hombros, incómodo y hambriento, con un pedaleo esporádico para desentumecer las piernas y combatir los calambres. Muchas horas después, dormita trabado al flotador por un agarre mecánico de la misma naturaleza que la respiración o el latido cardíaco, el mecanismo apaga sus sentidos hasta que la iluminación natural atraviesa sus párpados y nota el peso de su condición terrestre.

Cegado por la claridad, revive la misma arena áspera en los ojos, vuelve a los presagios de cumplimiento instantáneo, recuerda la actualidad conforme ocurre, la blandura del lecho aguanoso, la argamasa vegetal de serpentinas donde está recostado. Al incorporarse, analiza el flujo sensitivo, el tufo a miedo animal, el betún quemado, la pauta reminiscente, las trenzas de humo, un chasquear de leños, un flautista lánguido.

Por cuanto antecede, aportado por el peritaje, asume una certeza simple y pasmosa, ha entrado a una cala solitaria para volver al punto de partida, que lo dirigirá hasta su aldea entrañable. Borrón y cuenta nueva. Tanto nadar y al final me ahogo en la orilla, se reprocha abatido.

La aldea, bucólica y homogénea, había desaparecido y en su lugar encontró un distrito de chabolas, un suburbio, una capital atravesada por seis rutas regulares de comercio, bullicio y gentes que hormiguan por los puestos ambulantes del mercado, vio forasteros, mercachifles excéntricos, una reserva geriátrica, de puertas abiertas, cuyo porche ensombrecía una hilera de mecedoras, donde los bisabuelos dormitan hasta la hora en que un celador avise del almuerzo o una puericultora los conduzca al balneario.

Xoniquetzal, la que está al caer, le previno: “¡Cuidado! Está todo muy revuelto”. Las circunstancias, la inclinación a interactuar con los demás, o la curiosidad, o el impulso somático (la atracción súbita), quizás los pequeños engranajes, en suma, que accionan la trama infinita de lo cotidiano, propusieron el momento típico y la esquina sin perturbaciones donde adicionar charla al saludo, así pues, hablar por hablar, respondió: “Y tú que lo veas con salud”. Supo que más allá, había un conglomerado de feudos, tantos como caciques gobernantes, entre otras novedades, debía considerar lavarse las manos con agua y lejía para no contraer una enfermedad, rara y contagiosa, e intratable hasta la fecha por quienes sustituyen a los curanderos pasados de moda, llámalos galenos, unos sabios instruidos en las modernas artes científicas. Al despedirse, Nahui le pidió un abrazo, Xoni accedió por lástima, con una sonrisa amplia, los machos me arrancan la braga sin tanto mohín, dijo o reprochó o propuso o dejó caer; a continuación siguieron direcciones opuestas y aquella fue la última vez que se vieron sobre la faz del mundo.

Anda perdido, va preguntando dónde viven los Yupani, primero analizó la intención de las palabras dichas por la amiga vecina, la que antaño ponía a desecar tendales de salazón frente a su puerta; tal vez tuvieron un ánimo despectivo, un reproche para el eclipsado que recoge flores en lugar de machucarlas, pero según se mire, Xoni, la dueña femenina del susurro meloso, se había insinuado, consiente ser subyugada con rudeza, puede romperle el tanga sin lastimarla y obedecerá al furor de separar las muslos y sentarse a horcajadas sobre su masculinidad. No

importa, nunca fue una mujer hembra fácil. ¿Disculpe, conoce a los Yupani?.

El plan urbanístico ha centrifugado la ciudad en crecimiento, imponiendo distancias difíciles de recorrer a pie, desmanteló barrios enteros, que se reconstruyeron en otra parcela, conforme a la maqueta improvisada por la mano pretorial a impulsos de su digestión. Nahui deja atrás las calles recientes, el extravío, las tómbolas, los pedigüeños, las comparsas buenas de Tarifa, el faquir suspendido a tres palmos del suelo, frente al que se detuvo y solo cuando determinó el artificio oculto bajo la alfombra voladora, pudo seguir adelante.

Está orientado, tiene claro que entró por el septentrión (norte) desde la cala, la lógica cardinal le llevó por un laberinto transparente y una geografía plana, hasta reconocer el barrio o la aldea familiar a lo lejos. Entretanto, encontró dos ritmos evolutivos, siete clases sociales, tres colores de piel, morena, pálida y el azul feérico (fantasía) que colorea a las esposas de Shuri, dos hermanas gemelas entre sí, enlazadas a un ritmo especular por la afectación y los ademanes púdicos bajo el parasol de muselina, adelantan la misma pierna y se apoyan en la anterior a pasos coincidentes, sin evitarlo, van abriendo una trocha entre el gentío que se aparta en dos gradas de espectadores aprensivos.

La escena irritó al testigo, es un pueblo de mierda, murmura al recordar un cómic (viñetas ordenadas por una lógica narrativa) donde unos hombres menudos, bajo sus gorros de chirimbolo terminados en sonajero, atienden y cuidan mejor a sus hadas caribeñas, desconoce que tales criaturas en verdad no existen,

pero sí el megalovirus infame o la modalidad literaria de la escarlatina.

Tampoco detecta el significado profundo del trazado vial, diseñado en aparente frenesí, que exige una visión aérea para emparejar las letras capitulares con la inicial onomástica de las siete mujeres que se desposaron con el libertador duce, comandante supremo para decuriones y decenviros, supervisor de los ediles merinos, dignatario en todos los reinos circunferidos, tetrarca decisorio, jurisprudente, Gualeguaychú Uno Zarpa de Puma, quien nació unguido.

Los días previos al embarque, mientras remata la nave crucial, fue asimilando los cambios ocurridos, las novedades del entorno y el orden implantado por la publicación del secreto de la lumbre. Los clanes necesitan justificar su impulso militarista con nuevas doctrinas, la guerra por el fuego precedió a la del agua dulce, la compatible con el consumo humano. Ñamandú usa carbón, funde malaquita, estaño, y otros minerales, consigue bronce metalúrgico, necesario para fabricar el utillaje resistente del progreso. Al ver aparecer a Nahui le sermonea: ¿Tú no estabas muerto? No quiero vagabundos en la familia. Empieza a pensar en cosas serias. Dicho de otra manera, el clima actual exige productividad, braceros para acarrear montañas de piedra caliza y granito desde la cordillera escalonada hasta el desierto y de ahí arrimar morteros a los del andamio, que emparejan y sueldan con argamasa la catedral funeraria en construcción.

No pagan mucho, pero evita ser citado por el censor ejecutivo, ahorra soportar la charla moralizante y falsamente paternalista,

como advertencia a los que eluden obligaciones, no toman esposa, no proponen descendientes, retraídos por la pereza o los idealismos ante la cuestión práctica. Nahui pierde el hilo de la la amonestación conforme suena la comparación entre su actitud insolidaria y la cultura del cuco, que pone sus huevos en el nido de la urraca, oye estereotipos sobre el esfuerzo común, las malas compañías, los marginados. Las mejoras en el desempeño colectivo llegan transmitidas por los de afuera, mercaderes, aventureros, algunas requieren un ajuste para el servicio local o inspiran otras, aún queda mucho por hacer. Asiente, aunque en un plano más elaborado, en ese momento está imaginando una vela arrollable, sólida y flexible a la vez, tramada para propulsar la velocidad de crucero y resistir tempestades y podredumbre. Aprenden unos de otros, modifican lo anticuado, aprovechan las máquinas biológicas a su alcance, mulas y bueyes, orientadas al transporte pesado, el arado, la molienda de cereales. La liberación, la energía sobrante y el tiempo libre, permitieron a los especialistas una formación más exhaustiva, saben interpretar con fluidez los augurios atmosféricos, por consecuencia directa, anticipan la temporada de los huracanes, o las lluvias torrenciales, conque pueden corregir la planificación agraria, suspender las explotaciones mineras, acumular provisiones, o lo que proceda en cada supuesto.

El puño dialéctico del poder, Outbe Casi Alcotán, aviva los ánimos del electorado en sus campañas propagandísticas, habla de tractores, cooperativas, desarrollo sostenible, caucho, pesca ecológica, reforestación; caminar juntos por el cauce histórico, defender la misma bandera, válida e indivisible, honrar a los

héroes que la enarbolaron, no yacen bajo una tierra deleznable, o un zoco para los poderosos. Está en juego el bienestar común, el bienestar concreto de cada comunidad e individuo, y familia y estrato social, contrapuesto al precio que estamos dispuestos a transigir para lograr una convivencia pacífica, cuyas reglas de juego tal vez no satisfaga a unos pocos, a quienes eligieron aprovecharse del pueblo para convertir su ciudad en un inmenso puerto franco, los que pugnan por desintegrar la unión, enemigos del adalid, Gualeguaychú Uno Zarpa de Puma, la fiebre populista, las escisiones ilícitas, la degradación demócrata, o la entrega de la responsabilidad a visionarios y quijotes, son algunos grandes problemas que ocupan la agenda latente. La concordia da estabilidad, esta permite afrontar el riesgo y acometer reformas sustanciales, no limitadas en el tiempo, reformas genuinas, muy diferentes a la oratoria de los guajajuras y los aibá. Mencionó no sé qué ladrillos, necesariamente tecnológicos, dijo que la mejor inversión posible para el cacicazgo son ustedes, los ciudadanos.

El pregón, la conferencia, el mitin, el discurso, la arenga o lo que fuera aquella declaración ministerial, dejó en suspenso a Nahui; primero, no sabe cómo harán mayúscula la i pequeña de inspiración, porque es analfabeto. Segundo, a propósito de las libertades civiles y la dignidad humana, desconoce el contenido, los plazos o la vigencia, menos aún el significado o las implicaciones y la garantía de tales derechos.

Esa tarde estuvo con el amigo hermano, Roi Uman, actualizando cuestiones de interés relativo, Ezcocano Tzul, había inventado la libreta, con una espiral de alambre. Los buriles, el anudamiento

en los quipus y el estilo pictográfico, serán sustituidos por plumas de ganso, tinta y pergaminos, más una treintena de caracteres que convenientemente unidos forman la caligrafía fonética de Jimagua. Permite escribir igual que se habla, aseguró Roi.



N.B. - GLOSARIO

5 ↑ La red planetaria de computadoras y máquinas afines, hace trivial el intercambio masivo de datos de longitud arbitraria, cuando cumple los parámetros impuestos por la tecnología concreta, el diseño programático o las especificaciones del entorno, o la mercadotecnia. Esta línea directriz con tendencia alcista elimina la imposición de normas gramaticales, recurre por economía o galbana a inventar códigos e ideogramas, al vuelo, capaces de expresar conceptos culturales complejos, por ende, evoluciona en ese sentido a las civilizaciones primitivas, las que usaron convenios similares. Una heurística propone que el argot de las abreviaturas, en la población femenina y para el censo masculino, es proporcional a su mala ortografía y concomitante a su empobrecimiento léxico.

Así, pues, el mensaje, sintético, acomodado a la cadena de transmisión, profuso en neologismos, dobles neologismos, calcos de traducción, requiere en ocasiones de auxilio, diccionarios especialistas o traductores prácticos, con tal acierto el receptor asume un dato, una información o un conocimiento idéntico al significado transmitido. En síntesis, la escritura requiere un estilo adecuado al contexto, al canal de transferencia, a la población destinataria, sin ninguna duda, empero, sobre todo, al acto diferido de la comunicación humana. A fin de cuentas, quien suscribe, atinó por congruencia a pensar primero sin abreviaturas o limitación cuantitativa.

6 ↑ Sol Invictus, Nanna, Eos, Baal, Huitzilopochtli, Yue, los Ocho Intemporales, Tinia, Abuk y Bat, el Olimpo griego, Helios y Tanatos, Krisná, Mitra y Buda, Mama Quilla, Indurain, Utu y Odín, Apolo y Chabela, Atarrabi vasco, Mamiambo zulú; dioses etruscos, Alpa, Tinia y Linux, Ogoun, Agwe, el guaraní Jurupari; Osiris, Ra, Horus, Anubis y Arah.

En la era de las deidades y los dioses, asimilaron el panteón de los pueblos vencidos, fueron acumulando demiurgos, señoras y jerarquías, el creador,

los patronos, las protectoras, algunos orientados a oficios, gestaciones, guerra y paz, cosechas, clima, resurrección, peonía; otros específicos de la música, del amor, de cualquier faceta relevante. Aterrizaron en avalancha y se fueron defenestrados en bloque. Por ejemplo, Tezcatlipoca o Ixotecuhtli, dios de la libertad, rápido como los vientos, puede atravesar muros y paredes sólidas, situación: desaparecido. Zacazontlin, protector de las veredas y los caminantes, situación: paradero ignorado; Pochtlas, da amparo al mercader viajero, actualmente sustituido por RENFE, etcétera.

IV

EL BATEL ESTÁ ENCALLADO A BABOR (a siniestra) en el litoral, entre malvaviscos y astrágalos y nidales limícolas (ponederos de aves ribereñas). La luz atraviesa los vidrios del rocío sobre su eslora y lo transforma en un animal constelado y opalescente, a la hora en que el mar se curva en lontananza y moldea un cascarón ilusorio con los cielos.

En la atarazana (donde construye y arregla), revive la antigua sensación de ir presintiendo el futuro inmediato, pero ahora no hay una explicación angustiosa ni lo sustenta la casualidad o el estilo esotérico, sino que parece coherente a otras muchas jornadas acumulativas. La experiencia permite inducir o adivinar un patrón de conducta, el movimiento inmediato, posterior a los retoques finales. Necesita una visión panorámica, contará cada paso hacia atrás mientras mantiene el gesto de un tasador que justiprecia una mercancía compleja, o con la actitud preocupada, expectante y optimista de la madre al descubrir a su recién nacido (neonato). La iniciativa detectará ensambladuras mejorables, remaches necesitados de refuerzo, meteduras de pata (desliz), desaguaderos candidatos.

El armador retrocede nueve perspectivas, aprecia las dimensiones desde proa a popa y de lado a lado, más un contorno seguro, retenido por el almirante volumétrico para manejarse con soltura en cualquier situación de emergencia, que obligue a realizar maniobras bruscas o virajes evasivos entre bajíos, ante encalladeros, frente a un escollo saliente.

Conviene no fiarse. En conclusión, el todo es distinto a la suma de las partes, un mal plagio del vehículo que pretendió construir, dicho así por honestidad, como le pasa cuando describe algunas cosas etéreas (diferentes a los objetos concretos) y las intangibles, explicadas por aproximación mediante un léxico limitante, siete colores, diez números, pena o chicha, semilla o barcia, como si la música que propone su alma melódica, al intentar trasvasarla a un plano sensible, llegase sin armonía convertida en simple ruido.

A ras del suelo, el paradigma abstracto, el modelo teórico, la referencia o ejemplar o la entelequia conceptual que había iniciado el proyecto, terminó adulterado por una primera definición repleta de matices, más sensata y acorde a los recursos; después el trabajo aporta numerosos aditamentos y omisiones a la versión beta, pervertida aun por el diseño factible, que impone un nuevo prototipo, consecuente con la impericia, los materiales y las herramientas disponibles, con todo lo cual obtuvo una contextura original, o una parodia del arquetipo naviero cuyos trozos unidos forman un puzle diferente a la simple adición de piezas, dejando clara la dialéctica abusiva de la evidencia formal. “Algo es algo”, masculla (entre dientes y con mala pronunciación).

La depuración del producto, los retoques de última hora, los acoplamientos, la prueba del agua, el manejo de la vela triangular o la docilidad del timón, consumieron la jornada restante. Identifica otra vez la decepción, los deseos insatisfechos, ese perfeccionismo patológico con que intentó el maridaje entre funcionalidad, eficacia y estética. La iluminación

del escenario se va atenuando, entonces, reconoce la continuación inmediata, examinará la materia prima, los tablazones, nominará las arboledas de procedencia, repasará los amarres, el tipo de fibra elegido, solo cuando confirme su artesanía prudente, dará por terminado los preparativos o el arranque con una tarjeta postal para la imaginación.

Atardece, ergo, con simple oyamel y tejo vulgar, más un pulimento de diorita alisó la confianza en sí mismo, una cubierta amplia, unida a los troncos flotadores mediante lianas y cintas despellejadas en el cocotal, atina a presionar los intersticios ensamblados con una mezcla triturada y caliente de brea, cartílagos y sebo animal, que tiende a endurecerse con el optimismo, durante un véspero similar a esos llevados y traídos por la marea cósmica, junto al buen criterio con que seleccionó cada ingrediente, el modelado hidrodinámico y la métrica intuitiva. Decide aparcar la piragua anónima, entre ipecacuanas meridionales y los colgantes de las trinitarias lacias. Por un escrúpulo maniático, exagera el camuflaje, junta abundante broza y enramadas y las disemina sobre la construcción, empareja la barda (una capa de sarmientos), borra el rastro que dejaron los troncos al ser arrastrados por el suelo arenoso.

Debo partir mañana, dice para sus adentros como si estuviera orando, aunque el bisbiseo atiende necesidades más prosaicas (convencionales), algunas son endurecer su coraza afectiva, espantar la indolencia (la falta de cuidado), prevenir el círculo interminable de la paradoja donde ha ido acumulando vocaciones, proyectos a realizar, empresas difíciles, talleres industriales; quiere acarrear gnosis (datos,

información, conocimiento), fabricar el libro de las palabras difíciles como vocabulista, será orador tal que Anganamón, esteticista por supuesto, músico rapsoda a la manera influyente de Roi, además pronto iniciará la conquista de la Tierra Mundo. Como remate a sus pretensiones, está planificando una matriz de métodos y protocolos y soluciones a la problemática crisis ubicada en sus adentros, de la clase espiritual y la soledumbre como fondo. Necesita aclarar temas antiguos pero candentes, quizás sean insolubles o refractarios al entendimiento, acaso la verdad resulte tan insoportable y amarga que los demiurgos de los diecisiete cielos bloquean con misericordia el acceso a su comprensión definitiva.

En la actualidad, examina la última barca, le parece imposible haber unido todas las piezas en una sola obra monolítica y funcional, balancea el conjunto, resopla, supervisa el inventario que llevará a bordo, considera los detalles cerrados, se extravía entre conjeturas, sospecha, busca eventuales flecos sueltos, también divaga, como siempre tras cada ciclo concéntrico recorrido en el disco de la vida, mañana podrá surcar un solo charco, diez mares, da igual, está convencido de que el viaje y sus penalidades en sí mismos poco importan, si no arregla o permuta o aísla todo aquello relacionado con su estigma, lo erróneo y maldito, lo accidental e impuesto.

Según una creencia atávica, los regnícolas (naturales del reino) paridos por madre oriunda reciben una herencia singular. Eréndira, por causas no explicables, había aguardado hasta el último equinoccio para hacer las presentaciones de cortesía y anunciarle su tótem custodio, el que intercede y procurará

la buena fortuna a Nahui. Una suerte de ángel testafarro que sabe cerrar o mantener alianzas con los ancestros y combate las potencias maléficas, por tal habilidad, atraen requisitos, coincidencias, reacciones en cadena, sinergias (causas coordinadas) y accidentes favorables al portador heredero, y en el mejor supuesto, lo conduce hasta un destino asequible.

La siguiente influencia a tener en cuenta es uno de los muchos apodos zodiacales atribuidos por nacimiento, el duende, horóscopo, éter hipotético, átomos radicales, o espíritu auxiliar que ha sido asignado por la estrellería y el alineamiento venusiano y lunar. Extrapola y confiere ciertos rasgos característicos del animal regente a que se refiera, por ejemplo, astucia, coraje, capacidad de vuelo, química renovadora, fecundidad, reciedumbre (fortaleza). Por tal ordenación distributiva, a quienes regentan serán tenidos por semejantes en los rasgos esenciales, si aceptan mujer, construyen una casa y hacen perdurar la saga astrológica.

Nahui reniega de su numen (inspiración), el signo anuro (rana o sapo), prefiere ser diuca (ave sonora), zorro, perdiz, medusa o nutria. Tampoco le gusta beber chicha con regularidad sabática, como hacen en grupo los hermanos sidéreos. No congenia con su tótem iluminativo, es fraudulento, incierto, por consiguiente, debe cambiarlo, en cuanto sea posible.

Durante el regreso, mientras se alejaba del efluvio esparcido por los excrementos de los tapires y los carpinchos, atravesó un inciso, un remanso pacificador, observa las circunstancias, su situación personal, desde afuera, sin ser parte interesada, los problemas, entonces, no son tales, tampoco su situación

personal resulta tan agobiante o dramática; ninguna tragedia íntima lo involucra, si mal detectó cierta tendencia a la exageración desmesurada y el histrionismo rebelde propio del adolescente que lo habita. Descubre más motivos para sentirse animado, pletórico, está hidratado, tiene comida, un velamen motriz, un propósito múltiple. Estuvo estreñado unos días, pero el organismo al borde del colapso resolvió competir contra sí mismo, puesto en cuclillas, apretó con desesperación, concentró la misma fuerza que levanta megalitos o hace rodar montañas, con sudor combativo y aversión a los resultados nulos. El recuento no será desalentador ni el esfuerzo extenuante, minuto a minuto, es incapaz de expulsar el cemento soldado a sus entrañas, imaginó, en tono amigable, a la exquisita parturienta, Maru Duchibela, da el apretón promisorio que permite la continuidad, aligera el tormento bíblico entre espasmos y contracciones que desencajen su humanidad, gruñe como gruñen todas las mujeres en la plenitud del alumbramiento, como la nube sobre la lluvia o el portón ante el huracán. A partir de entonces terminan las similitudes o coincidencias por analogía y los matices clínicos.

Nahui es un hombre macho e intenta soltar lastre, importunado por los colibríes cromáticos y los merodeadores, ha invertido casi una hora picapedrera hasta el primer avance, nota los caños en su galería visceral, el mazacote que baja o transita a ritmo de funeral lento, asoma después una punta tubular, precede a la anaconda sólida que saldrá sin prisas ni consideración a los derechos humanos, queda un resto interminable, desgarrador, una sola hez gruesa, oscura, compacta, longitudinal, que mantiene la unidad sin imprevistos ni roturas, desciende

rampante hacia la tierra y forma una espiral flácida, un conglomerado imponente, bajo la sonrisa del alivio animal que no pondera el valor fitosanitario o fertilizante del producto (el estiércol claramente lo tiene), menos todavía, plantea reparos o hace crítica sobre los quilates irónicos de la composición fecal.

El desparpajo subsiguiente está calcado en su ánimo de otro anterior, trae a colación (o inspira, sugiere o le hace evocar) al guajiro Pachacuthi, un precursor andariego, con el mérito de la polimatía: machi (curandero), cónsul, acarreador de lustros, apologista, celebridad. Aconseja templar el ánimo⁷ ante los excesos de la buena ventura. El sabedor altruista, recorre las alquerías y divulga métodos para elaborar tintes, fermentar bebidas, traducir designios y manipular raíces activas con aprovechamiento. Entiende las cábalas propuestas por las gemas y capta los emblemas del oráculo radiante configurado por las ágatas y el rubí, que arroja al tapete estocástico (la suerte está echada). A causa de sus charlas informativas, la vez que Nahui oyó mencionar al continente madre y la tierra de las escuelas, la dicción funcionó primero como un baipás (puente) para su savia narrativa, supo que llamar hembra a una mujer allí se considera ofensivo e importuno, prefieren bandurrias y coplas bajo el balcón, flores incorruptibles y agua colonia, unos zapatean, alguien llora si oye trisar a las golondrinas, otro musicaliza la protesta como Bob Dylan, el de pico fuerte. La segunda vez, la voz sapiencial fluía a través del ventano de la cabaña, afuera el oyente apoyó los codos en lo alto del brocal de un pozo contiguo, y descansó el rostro entre las manos, como si le pesara la cabeza. El visitante polifacético miraba a la fámula (doncella) que está preparando un filigrana gastronómica y bate leche,

exprime fruta dulce, separa la clara de las yemas y remueve los ingredientes con una atención encomiable, tras poner una pizca melosa, polvorea canela y añade un aderezo de anís. Sin entretenerse ni preguntar, sirve la receta en vasijas de loza la misma cocinera, Aelia, una mujer extrañamente lívida y silenciosa, que parece feliz en la servidumbre permanente hacia el magister. Pachacuthi tenía entonces un bigote lácteo marcado por el postre recién bebido, a manera de rasgo exótico o refuerzo expresivo, un maquillaje improvisado a tiza como vello facial, cierra el halo distintivo y el temperamento singular del protagonista, que a su modo flemático (de maneras tranquilas) y con actitud humilde, prosigue hablando para dar alcance y resumen a los adelantos, las construcciones refinadas, que son discutidas por los polemistas filósofos en la casa de los códices. Nadie sabe a ciencia cierta si habrá o hubo o existe una civilización fascinante, tributaria de una sociedad en permanente evolución, distinguida en los atlas con la etiqueta helena, etrusca, egipcia, según unos y otros, celebra banquetes multitudinarios, bien alegres, pero también recita versos (epicedios) a los cadáveres, enciende cirios, aromatiza con inciensos la velada, a la mañana siguiente entierra al difunto y se marcha al puerto a ver bautizar los modelos navales y algún barco grande como si fuesen retoños. Desde entonces, inspirado por el visitador, quería botar el pequeño buque, asignarle un nombre propio, igual que hacen los estamentos finos, aunque en la práctica, los buenos propósitos terminaron aplazados, al menos hasta que sepa manejar una brocha, un pincel o el buril, e imprimir rótulos o rubros o

anuncios desde una posición perpendicular al suelo (formando un ángulo recto con ese plano vertical).

Situado en su devenir histórico, bordea la jungla realista, camina atento a los estímulos externos, incluso, a causa del aislamiento, necesita confirmarse que está lúcido o despierto o seguro en cada contexto de referencia. Hay amenazas por doquier, mira de reojo, a retaguardia, en derredor, con una perspicacia (una listeza) que termina siendo irritante. Atraviesa un remanente sin presagios, deja atrás el pantano costero, cuyos arbolados no dejan entrar la luz diurna, el enclave ceremonial Tiwanako, donde ingieren, por convicción religiosa, el cerebro a sus difuntos. Circunda un lago de aguas minerales gasificadas, que al agitarlas chisporrotean y sueltan burbujas efervescentes; cruza los aledaños de las marismas, avistó criaturas propias del talante mendaz; ataja contra los juncos y gladios fluviales, tiene andares pensativos, como si las ideas como piernas fueran un azadón y pudieran ir marcando un lindero entre los cañaverales del despecho. En el desfiladero, evitó pisar o pisotear sin motivos ni respeto a las algazules y otras plantas de porte rastrero, que parecen recién sacadas del fondo marino y alguna función cumplirán en el orden mundial, pensó compasivo.

En el camino posterior, la regularidad del páramo acaba por aburrirle, se concede permiso para inventarse un antídoto contra las picaduras de una fecha vacua, un pasado insípido y un porvenir sin gracia. Fantasea. Percibe, sufre, ama, proyecta, recrea, aguarda; luego existe. Aun es el protagonista en el teatro universal, o al menos, en la urdimbre producida por su

dios anisótropo (de infinitas propiedades según se mire), le parece distante y pensativo, quizás esté desencantado, tal vez arregla su barca, nadie sabe ni puede aclararlo.

A ese nivel, el caminante renueva la temática, a sus espaldas todo se detiene en seco y permanece inmóvil, sin chispa, sin alma, desteñido, como un dormitorio amplio, un tanatorio interino, un museo de la fugacidad o el absurdo, estructurado en ringleras fijas de plantas y criaturas y universos. Nada más enfocar la atención, el misterio de las especies abandona su pose hierática (rígida), germina el estambre lúdico donde mueven los pies desnudos las casaderas exuberantes, cuyos senos azucarados tiemblan con el vaivén y las contorsiones del baile, al son trepidante de un tambor y un tabal folclórico; aflora el olor a epazote (adorno aromático), a regaliz y sudor vegetal, junto a los senescales (mayordomos) y camareros obedientes, que en cuclillas desenvainan legumbres, en pie muelen achicoria y a saltos domestican los árboles del caucho.

El huasteco amplía sus límites naturales, incorpora la soberbia, porta o carga en la espalda un pellejo espectacular, bien curtido, con dos garras colgantes sobre los hombros y detrás, una vedeja, tupida alrededor del enorme testuz disecado, más los ojos intimidatorios y la dentadura completa de la fiera animal, recién inventada por la imaginería (literaria) de quien ha sido investido hombre dios emperador, con preeminencia sobre todos los régulos, condestables y tetrarcas de cualesquier tribus, federación, liga, clan o alianza del alfoz; en especial, macho dominante para Irepa, Maru e incluso Xoni. Enumera a los súbditos pobladores, son valquirias, oscos, maños⁸... Enseguida

acaba el repaso censal y vuelve a la actitud seria y desconfiada que permite seguir respirando. Quiere analizar mucho, con impaciencia, sin pausa, las migas problemáticas, el bucle vicioso de los alisios, el embarazo de la amiga amante, el afecto resentido hacia Irepane, los tesoros submarinos, las filigranas asiáticas empaquetadas en las estampas ilustradas que aún conserva a modo de trofeo. Endurece el gesto hasta el mismo punto adusto (ceñido en la frente, radiado por la mirada) que acentúa su rango y graduación en la cadena trófica, es amenazador para cualquier herbívoro menudo, succulento y saciante según los manojos de culebras que atacan por sorpresa, difícil de atrapar desde la perspectiva del morador arborícola, irreal o no alcanzable para los carnívoros submarinos de los cauces fluviales, etcétera. Enfila por una senda sinuosa, flanqueada en ciertos tramos por un césped idóneo para el juego de pelota, que relaciona con las asignaturas básicas y el nivel didáctico de la academia Calmecac.

El llanero andante, a falta de algo mejor para hacer, repara en la lógica voluble de su tótem patriarca, le parece asilvestrado y llano como el terreno, así sea para remover obstáculos o quitar estorbos o influir en el seleccionador directivo e inspirarle las tácticas, los reemplazos y la alineación de oro, más todo lo necesario, en cuerpo y alma, para jugar y vencer sin paliativos ni conjeturas, aunque la cuestión incita un segundo análisis, esta vez claramente parcial y tergiversado por resentimiento. Nahui en ocasiones ve las cosas según su criterio y no tal y como son realmente, con tal sesgo (la diferencia entre expectativa y resultado), ha repasado una y otra vez su debut alevín en el coliseo olímpico, sobre la cancha soltó su nervio infatigable de

goleador nato, incluso, algún noticiero sensacionalista calificó o mencionó de pasada su desempeño como la ira del dios vicario, sus regateos fulgurantes, el arranque explosivo o la exuberancia que tiende a orlar cada punto con preferencia al tiro rectilíneo, en concreto y a propósito del partido de las diez veces diez goles, vivir para contarlo, si te rindes, mueres; si pierdes, mueres. Todo era si ocurre tal condición ingresas directo al ostracismo: gana todo o revienta a solas, se estuvo repitiendo durante el juego, emuló a Christian O Ronhaldo, Maraona, Messy, sin importarle que Piqué recibiera mejor prensa y una prima irresistible. Tras el partido, el analista ejecutivo mandó a Nai al banquillo hasta nueva orden, esa manera suave de hundirlo psicológicamente, dando a entender que solo tendrá unos minutos ocasionales en algún derbi (o encuentro regional). La obcecación es más lesiva cuando asumes como verdadero lo falso, así pues, un enfoque nuevo, un alejamiento del objeto, un cambio en las variables, pueden optimizar la velocidad de refresco a la que funciona la pantalla que miramos para definir cosas, ideas, entelequias, convicciones y esta frase o libro entero: Nahui tiene, como todos tenemos, un destino, un propósito, o un cometido único, empero, el suyo no parece asimilado a la división élite de la liga profesional.

Hace un seña confirmatoria, o saluda, o pone como testigo al cóndor andino, que planea en las alturas, y recorta su silueta contra la enorme oblea crepuscular, casi hundida tras la cumbre nevada del volcán, en lontananza, contra un halo malva y carmesí, bajo cirros y arreboles y colgaduras gualda de amarantos y violáceas. Al borde del humedal, el silfo

Koconochtle, por costumbre, o a manera de recurso efectista, chasca los dedos, lanza una centella, detona un estampido que trompicó por el ámbito de la ciénaga, como un manotazo que descompone la serenidad edénica. La onda expansiva a su paso recuesta los herbazales infestados de especies raras, criptógamos y cocuyos que transmiten el polen aflictivo de la belleza horripilante, voltea libélulas e insectos barrenadores, remueve los olores acumulados, el vapor medicinal sobre el toloache y la cicuta y el nectario cuyas segregaciones pueden tumbar (narcotizar) a un hombre grande y fuerte como Nahui. Una ráfaga pútrida se une a la aglomeración que oloriza el paisaje, desde las charcas acres de amoniaco (fuerte y picante), el azufre plaguicida (agrio), el aliento del cloro (limpio purificador), los efluvios florísticos (frescor intenso), la madera muerta y la humedad cerrada (lúgubre), más el matiz rebuscado que desprenden las carcasas de los cavernícolas, abandonadas por la última rebatiña entre carroñeros. La reacción en cadena apenas mueve dos o tres eslabones, espanta una bandada de aves peludas, entonces, los jardines amazonios piolan o gimen de lástima.

El poblador, devorado por su jungla anímica, no atiende a controversias ni exterminios ecológicos, no repara en los estragos causados por las fiebres del caucho, va imaginando realidades paralelas con tanta intensidad que roza el estado meditativo, olvida así la campiña, el balompié, al testigo impávido de las cumbres y únicamente percibe cada trecho por donde pasa, como si el camino fuera una prolongación filosófica de su angustia vital, o un sueño ajeno entregado por tramos. Tiene previsto ir al espigón para estar con Roi, en una

suerte de lectorado, tertulia, mesa coloquio, o como quiera que se entienda el encuentro furtivo entre el sapiente y su epígono (alumno, imitador), con un reparto de roles cíclico o aleatorio o paralelo. Lleva consigo una parte desgajada a los códices, según la capacidad prensil de su mano, un legajo que robó en el palacio pluscuamperfecto. Poco antes, lo había extraído de bajo el calpul (un montículo estratégico), tuvo que sacudirlo con un ademán brusco para quitarle el sedimento acumulado durante el periplo de la clandestinidad, que permite deducir los sitios y la actividad humana del contexto, aportó rastros y ahechaduras tras dividir o escardar las mieses voluminosas (el cereal espigado), hito primero; entre virutas de ciprés, siguiente jalón, más rastros o indicios de arenas vírgenes, minúsculos glóbulos casi transparentes, unos líquenes residuales y una reminiscencia de bergamota datan el displayado y la cuadrilla que expurgó aquellos mensajes acuciosos. Conviene guardarlos en el morral, y será otro quien despeje su prosa endiablada, dando cumplimiento a un desiderátum atrasado por la ignorancia.

El dueño del aprendizaje, Roi, ocupa plaza interina en la biblioteca, con opción al contrato indefinido en plantilla, entretanto, aprovechó la credencial que le autoriza a manejar los bultos del conocimiento, durante las tareas propias de su perfil ha tenido acceso a las baldas que contradicen el canon o promueven la discordia o albergan idiomas artificiales, prontuarios dañinos, novelas perniciosas, y otros textos conflictivos, fantásticos y disidentes, que funcionan como materia prima, pábulo y pedernal para encender la llama de la imaginación. Roi suele hablar con un estilo propio sobre los temas prohibidos, si existen o no las ángeles y por qué nacen y

mueren los seres o cuál es la dimensión auténtica de la Tierra Mundo; está convencido y arrastró a Nahui a creer que allá afuera cada una de las veintitantas horas corren simultáneas, cuatro estaciones transcurren paralelas, como la aridez y la frondosidad, solo explicable por conceptos, o la técnica del Demiurgo que desborda a los terrícolas con sus leyes; tampoco aclara Roi cómo el día pasa a la vez que la noche en aquella dimensión fascinante. Lo cierto es que elude el problema científico, aspira a otras ocupaciones, de suyo imposibles; tiene decidido hacerse poeta cantor, eternizar la caja de resonancia de su organismo mediante algunas hierbas, fórmulas monásticas o algún ejercicio intensivo, incluso, con la castración, todo vale para obtener juntas las cualidades del timbre inocente y candoroso, la tesitura andrógina, de soprano y barítono, más la amplitud en el registro, cálido, melancólico, llano, elevado; grave y profundo versus distendido y ligero.

Con intención supletoria quiere fabricar un laúd, una mandolina, hacer llorar la lira, componer odas melódicas, adagios (lentitud) para cuerda y viento, baladas nupciales y arreglos melismáticos (una idea musical cuya ejecución sea breve), mejorar canciones de moda, adictivas para el oyente que atiende al compás tarareado, golpea el suelo con el pie rítmico, según la serenata adaptada por el solista a un dueto: La novia tras los visillos, un arrepentido en el portal tañe suspiros; la cenefa de organdí y querubines risueños sobre la pareja, una escarapela (lazadas superpuestas), con simples neumas y notación decorativa. La décima musa, por consecuencia necesaria, ha recorrido los pasajes hasta encontrarse a sí misma en la locución creíble del libretista.

La tendencia bohemia hacia el arte, más las trabas para realizarla, había surtido un entendimiento cómplice entre Nahui y Roi, aprendieron a ensalzar sus virtudes recíprocas criticando los defectos del prójimo y esa irritante docilidad con que asume la dinámica impuesta por las cadenas de producción.

La diferencia social tiene una polaridad inversa que ejerce una atracción aún más fuerte. Uno ha nacido para correr y pelear contra el avispero de espíritus que lo atormentan, el otro menos agobiado por las complicaciones académicas, nació con el nimbo del privilegio alumbrando la testuz de su presencia, un alumno que aventajó a todos y quedó invicto en el triatlón (esta modalidad comprende carrera, nado y escalada). Repasando las similitudes, el hijo predilecto brega con el mismo impulso díscolo que Nahui, los dos confían por igual en la amistad tanto como en sí mismos, ambos viven una situación provisoria, a falta de un futuro tardo en llegar, los dos amanecen con el humor coagulado por la rebeldía, entre figurantes y roles postizos y adhesión a su propia ley, dispuestos a prevalecer y salirse con la suya, sí o sí, usan verbos afines a contrariar, infringir, torear, conocer, descubrir. Hoy procede otro, el que refiere al acto o la ceremonia o el afán de averiguar y poner en palabras llanas lo más dificultoso y recóndito e inaccesible del tema a que se refiera ese puñado de papeles leídos, un criptograma hecho con letras latinas y un estilo cerrado al entendimiento y la muchedumbre.

Roi, como inciso, clasifica el material a su manera libresca, plantea una conjetura detrás de otra, dice incógnita, qué sera, tal vez una chispa que enciende y revoluciona, un germen

agitador, un anuncio grave, mesiánico, extintivo. Ahonda en la imprecisión, añade generalidades, acaso sea la verdad, toda la verdad, del género enloquecedor y peso insoportable, un conocimiento absoluto que perjudica y hace perder todo, conciencia, salud, hacienda y nombradía (fama reputada por pendón o insignia nobiliaria), en suma, conviene no dejarse impresionar por el realismo maravilloso ni resbalar en la práctica sobre el camino pedregoso hacia los arrecifes, que sobresalen en las aguas someras como espigas de vidrio, e indican la proximidad del esparcimiento a orillas del mar.

Entretanto, Nahui continúa barajando varios supuestos especulativos, imagina mil y una noches, una catedral, un túnel, una metamorfosis, siete secretos, un advenimiento, una herida sin dueño, un mundo infeliz. Su lado racional decae, toma la iniciativa el lobo explorador, lo consume a fuego lento en un clima trágico; recrea o inventa sonos melodistas, una propensión adquirida por contagio de Roi, tararea o silba el argumento triste del amante a la deriva, consciente de que la mera tenencia o posesión de los pergaminos acarrea una respuesta punitiva ejemplarizante. Con tal supuesto hipotético dando vueltas en su cabeza, advierte las consecuencias, aunque sin notar que sus fingimientos eran un vaticinio que se cumplirá más adelante, irrogado al amigo hermano por una denuncia anónima, una investigación rápida y un juicio sumario.

Roi en el futuro asumirá la sentencia con desdén, ajeno a los cargos y las pruebas en contra, usted usó tinta roja en la escribanía, no la azul reglamentaria, además procede condenarle por criticar al gobierno democrático, reproducir a

carboncilla desde lejos a un arconte en su chabola, culpable y reincidente si abandona el domicilio a deshoras, culpable, por corromper a la juventud, incitar al amor anárquico, desobedecer a la matriarca editora. El prominente Anito, calificará el delito, latrocinio (robo), fraude al fisco, intromisión en heredad ajena, ánimo herético (contrario al dogma), revelación de secretos y una lista farragosa cuya totalidad no procede incluir ni tiene interés para el ajusticiado. Tampoco atañe a Nahui, vidente teatrero, que finge heroicidad o martirio y protagonismo durante la ejecución, cuya violencia lo arrastra desnudo a través del paseo de la vergüenza, vestido por sumersión en una balsa de chapapote, emplumado con hojarasca, sometido a otra voluntad, caprichosa pero irresistible, que dobla el brazo de Roi y alza el cáliz del verdadero pesar, el moral, el sufrimiento extremo, el dolor de ser más feo que un dolor, la tragicomedia del escarmiento destilado a cuentagotas, instila un alcaloide tóxico, cianuro, láudano, estramonio, belladona, beleño; liba su martirio, la soledad entre la gente, simplifica una plegaria que recuerda difusa, hecha por comunidades antiguas, introduce algún yerro sin dolo ni malicia, una distorsión cuyos encadenamientos sucesivos suman al final y pueden producir un efecto asintótico (dos líneas que nunca coincidirán), en consonancia a las demás paradojas donde pierde energía, crédito y oportunidades. Tiene un pensamiento pero describe otro, acomete un trayecto orientado al infinito, aunque llega siempre al punto de partida, ama a Irepane, luego desestima por razonamiento hormonal el contacto íntimo, quiere todo, consigue nada. Quiere enraizarse al estilo objetivo, encarar el mundo por su cauce principal, y se encuentra por costumbre

perdido en derroteros y afluentes inventados, a veces truculentos, con más o menos desatino, así sea para evadirse o encontrarle un sentido a lo de siempre, al menos morirá solo cuando haya leído aquello que no debía.

En la práctica, regresa a las cinco de la tarde, al panorama marítimo, donde mayea para siempre, y es siempre la misma hora, el mismo clima resumido, la luz ambiental casi alegre, el mundo hiladizo, una explanada, un malecón, los paréntesis aclaratorios que encuentra mientras recorre el boceto de la realidad, bajo un festival enlutado de golondrinas, similares a palabras y cielos progresivos, ese momento infinitesimal en que aguantó la náusea de andar preso y libre, acomplexado y potente, todo a la vez, unido a sus circunstancias. Otra versión caleidoscópica permite una segunda reflexión, la soledad cierta no es la soledad del mar, sino aquella otra infligida por personas, punzada como un estilete desde el encuentro último con Duchibela. En los portales de una granja, pudo verla sonreír tras su barriga gestante, sabe la verdad, toda la verdad y solo eso, me dijiste gris y ahora dices morado ¿estás segura? Apareció Irepane desde el establo, vino a zanjar la polémica: “Es mi esposa y nuestro bebé. Marchate ahora que puedes...”.

Antes de la cita con Roi, tuvo margen para repasar aquel desenlace, el doble juego, las intrigas, el considerarle un infeliz o dos tontos muy tontos, no le causó trauma o dilema o incredulidad, en primera instancia, porque tiene claro el talante frívolo y el desenfado de Maru. Empero, cuesta olvidar el tono crepuscular del momento, el heno empaquetado, el chirrido de la verja en movimiento, el olor a café recién hecho y fritura y

talcos de la embarazada, la mujer envolvente, la esposa feliz cuya mano entrelazó sus dedos epicúreos a la mano venosa del otro hombre, el marido satisfecho, el amigo hermano entrañable.

Lo cierto es que jamás hubiera creído esa versión de los hechos contada por un tercero. Importa mucho menos que el trayecto hacia adelante, deja a un lado la carga inmutable del recuerdo, progresa en sentido geográfico y a nivel íntimo, cada vez más deprisa, movido por un tren de impulsos mecánicos, una inquietud motora, el síndrome del corazón triturado mecánicamente por el desamor, un filo irritante, una desazón, el ansia cerca del tabernáculo; alguien, muchos duendes empujan al caminante desde retaguardia, anda rápido, anduvo acelerado, corre y llega y trepa a la colina rocosa, impaciente por saludar, saluda, ocupa su plaza sobre la planicie, apenas entonces habló con el maestro lector, a propósito del peso de los anhelos, su voz tenía una resonancia de súplica o ruego, requiere el concurso del intérprete Roi, casi parece limosnear una solución a todos los problemas aflictivos de la raza humana.

El hermeneuta amigo, comprensivo y mejor samaritano, ruega silencio, toma el legajo, pasa página, omite las acuarelas y los apuntes marginales, entresaca unas pocas oraciones renacentistas, sigue con el dedo un mapa inconcluso, desecha rimas y florituras asonantes, la prosa poética; quizá abusa del resorte suspensivo, pero claramente está inmerso en la manera de decir las cosas. Bajo el grafoscopio (aumentativo) de su retina, la tinta aparece embebida en la densidad y la textura del papel apergaminado y las cuartillas finas y los pliegos populares, todos aportan el ritmo, la sensación del tiempo, por consiguiente,

Nahui leerá un párrafo con la mirada de Roi, aunque no hay continuación, una reseña, un porqué llegaron tres mariscadores a la zona entonces, y el club literario tuvo que disolverse ahí mismo y cerrar el capítulo así como empezó: "Un hombre encorvado y animalesco, muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre..."⁹.

Quizás un día sepa desenvolverse a su antojo por los entresijos de la prosa errante, repartida al vuelo, mitad y mitad, para añadirla al equipaje que lo acompañará al siguiente viaje. Antes del embarque, las efemérides de Tláloc, dispuestas por las badernas (la cordelería), registran la última crónica de sociedad, la irrupción al continente de los teules, los demonios blancos, rojos, amarillos y oscuros de las profecías. Van llegando por goteo hasta la aldea, una lava furiosa cuyo trasiego ordinario podría afectar los planes de Nahui y atrajo misiones exploratorias, convenios alfabetizadores, flujos científicos, campañas mercantiles, programas de inspección fiscal, cambalaches y refriegas. Otra avalancha posterior, cerró para siempre el sentido reversible del tiempo y el tránsito seguro a uno de los diecisiete cielos ancestrales, inundó de gambusinos y caballeros hidalgos el municipio imperial, impuso un ritmo nuevo, la novedad continua y el cambio incesante dentro de la vorágine o el turbión de fenómenos que llegan a diario desde ultramar, traen leyes y fuerzas contradictorias, por la noche hubo peleas a cuchillo y los perros del instinto recorrían las calles sin contención ni medida. Los bárbaros son normandos, hérulos, hunos, promueven peloterías y dan puñetazos como coces, después beben cerveza y pellizcan el culo al paso de alguna moza. Todos arriban dispuestos a sentar cátedra y hacer

fortuna, chocan entre sí, divergen, aportan causas legendarias, aunque en el fondo cualquier individuo que palpa el oro, padece una metamorfosis, una avidez, un acicate revuelto en el tablero donde todos somos fierabrás, víctimas y victimarios, púberes, añosos cascarrabias, polemistas y detractores, mejor resetear las cuentas del almanaque, dijo el emperador faraónico. Con tal rigor, proclama que las lunas y los soles obedecen el arbitrio simple de su voluntad e inauguró un año, el cero, y una era, la anterior a tanta calamidad y el amargor de perder la orientación. El ajuste apenas satisfizo a casi nadie, pues a pesar del boato discursivo, todos continúan lo mismo de viejos e ignorantes, hipotecados por deudas y encomiendas, por conflictos fraticidas y leyes asoladoras, por otra guerra paralela a la dialéctica que estaba subsumida en otras muchas simultáneas, dentro y fuera del territorio.

La tormenta fue arreciando con avalanchas, oleadas, desembarcos, fiebres atractivas, soplos colonizadores, intercambios a las bravas, envites imperialistas. Algunos clanes, los mapuches, los waraos, supieron aprovechar la tendencia del estrés en beneficio propio, aceptaron enseñadores para revertir las arpilleras (el tejido) de su condición, nuevos ídolos, nueva ciencia y facilidades rutinarias, incorporaron la entelequia del concepto a su mentalidad, mejoran en generalidades, metalurgia, cosmética, encantamientos y bisutería sensacionalista. La jungla y su condición letal, había cambiado el norte y llegaba en barcos desde el horizonte, unos pocos clanes y sagas, en contraste, aprendieron la astucia, el instinto o la evolución que sabe vivir para siempre y a pesar de todo.

En la época conceptual, transigen alianzas, acuerdos comerciales, trueques ventajosos. Por lo que atañe a Nahui, mantuvo la rutina sin cambios significativos, ajeno al apoyo logístico y las remesas de nativos alistados como guías expertos, intérpretes fluidos y soldadesca brava. Era el precio convenido a la promesa de no agresión ni expolio en tiempo de guerra, a cuyo término el pueblo tendrá garantizada su libertad, conforme la estipulación escrita en cuatro lenguas y dos dialectos, refrendada por rúbrica con la misma proporción más una huella dactilar, todo lo cual es asimilable a los cimientos del mundo constitucional, articulado en modelos de sensatez autonómica, a instancias del género humano, orientado al respeto sensible, y el imperio de la paz, de rango civil, no disyuntivo, no redundante, no susceptible al estadista, los planes de empresa y el turno de los arcontes democráticos.

En resumen, una civilización donde las tribus tendrán enseñanza primaria y secundaria, una ética atemporal, más una ejercitación del raciocinio que diferencia el bien del mal, y promueve una disposición -innata en Nahui- a cuestionar la arbitrariedad y el alarde autoritario, buscar por medios lícitos el bienestar y defender con palabras y prudencia una identidad que les pertenece para siempre, como persona y familia y pueblo, unido al aglomerante de pertenecer y sustentar un alma, una nación fuerte, grande, única e imperecedera. Empero, hasta la firma del tratado, el choque entre civilizaciones y culturas continuará su curso, sin afectar a la coherencia narrativa del que navega al mediodía.

Otra madrugada, a punto de zarpar, mientras empuja el esquife completo y su carga, menciona a la diosa hilandera, Tara, la señora que respunta la casualidad parece haber confundido los lizos (la seda hilada en estambres) de los que se vale para urdir lo fortuito, la lotería, los imprevistos; a su momento, puede corregir esta malla fluctuante, pero tal vez no hay ni habrá enmienda o un simple recosido, porque el único error deriva del hombre mujer y sus picos de arrogancia impulsiva. En cada supuesto, a la tercera cuenta la vencida, se dijo el grumete, sin prever que los números ordinales se asemejan a la adversidad en infinitud.

Pronto quedó al arbitrio de las corrientes y los vientos planetarios, acompañado por el camarada horizonte y la marinero soledad, lo demás es parte de una rutina aprendida, está acostumbrado al trato áspero con el bioma acuático, al resuello de la inmensidad y los lapsos aburridos que requieren una improvisación adicional, hacerse pirata, hidalgo, libertador, mantener la espalda recta y simular una lectura comprensiva frente a un libro abierto pero sujeto del revés, decirle a nadie hola y adiós, menudas prisas, o gritar al timonel: “¡A rumbo!”, como indicando quién gobierna a quién. En cualquier momento, suele monitorizar todo a su alcance, con pretensión exhaustiva, el nivel disciplinario, la actividad reglada, la lucidez del no durmiente. A diario graba el apunte contable, rema esporádico, ensaya métodos pesqueros, con redes y un arpón que recupera mediante una cuerda; estudia los augurios, el techado celeste, el firmamento azabache, especialmente para orientarse y encontrar espectacularidad y entretenimiento, lapiza líneas ficticias conforme al pautado de los asterismos, pétalos, ajorcas (aros),

una pretina (un cinturón), una campana (un címbalo), algunos garabatos, una espiga linear, si bien el único espectador y crítico en cubierta desestima aquella faceta suya orientada al arte invisible.

Otra labor casi continua es mantener equilibrada su percepción cardinal, corregir lo necesario según la brújula del orto y los ocasos (la morada de los soles), la nubosidad, la consistencia del aire o el espumaje, o la carencia de movimiento que por sí induce a descansar un rato, afiliarse a la calma sincronizada entre cielo y tierra y mar, la luz cenital, el murmullo arcángelico de la guaira (una lona, un mástil, la arboladura sobria), el agua quieta, las aguas lisas, otoña, los maderos transmutan, flota sobre una piscina sin ceño, reside en un relato, deja correr la pena del ballenato y se queda transpuesto (cabecea, descabeza una siesta), oye el instinto, el eco antiguo tras la voz madrina que canturrea, un anillo cae, tintín (por sonido), contra el mármol tintinea, rueda y se aleja, alguien muge versos, sonatas, floreos, bajo las cláusulas del desprecio, bajo la torre de marfil y diamantes, frente al castillo, un sereno delirio, pues el tal dragón flechado por la princesa madrileña no canta ni tañe ni afina sino que berrea, ruge y llora vesánico (demente), firma con su llamarada una resolución abrupta y ese universo fingido no volverá a repetirse.

Nahui emerge a la superficie de la cordura, está tiritando a causa del frío severo, a duras penas reprime el castañeteo en la boca, tampoco la sensación de muerte inminente, simultánea a otras confusas y más adecuadas a un tratado de fisiología médica, percibe el rumor litófago pulverizándole los huesos con cada

zarpazo racheado, al moverse comprende que está perdiendo la vida y ni siquiera ha leído a tal Garcías o Rubén Darío, respira deprisa, aunque atrapa un aire estéril, y está acelerando el colapso pulmonar por asfixia, identifica la condición que padeció antaño como el mal de alturas. Esa vez empezó por una apuesta, doble o nada, contra varios hermanos astrales, para competir en una escalada a la cumbre excesiva del Aconcagua. Tomaron laderas separadas en una ascensión que se prolongó varios días y noches, después en la meseta, a cada paso necesitaba respirar diez veces diez, así que apenas pudo avistar desde lejos, las cuadrículas derruidas del urbanismo y sus distritos adyacentes, más las ruinas inca, bajo una corteza de musgo y polvo estelar. Vio escolopendras, un campamento de montañeses antiguos, que había perdido el contacto y la coherencia civilizada. Más allá hay un segmento de no retorno, como en el fondo del mar, las nieves no se derriten con el fuego, ni el fuego se mantiene vivo, frente al pórtico en cuyo alledaño un músico lúgubre rehila como la saeta, y las ánimas -atormentadas- deambulan sin comprender dónde está la niña de su vida y porqué el mundo escapa entre los acordes fugitivos cuyas secuencias hacen vibrar el universo. Nadie a su momento pudo pagarle a Nahui la victoria, pues los otros jamás regresaron ni volvieron a verse por la aldea.

En la barcaza álgida, ha dado los pasos necesarios, contó cinco hasta el almacén, el vértigo en su cabeza hizo del desplazamiento un ejercicio de equilibrista ebrio, con la impresión de que podría caerse en cualquier momento, no al suelo, sino hacia el vacío profundo. Debe aligerar, se mueve, ratifica su estado mental, suelta la seña realista: “El amor todo

lo puede”. La voz modula el vaho, traspasa la bruma gélida, ve o cree ver, o quizá ha leído con la mirada del narrador que un conglomerado de letras se amontonan suspendidas en el vapor, perduran un instante sin consistencia y se desvanecen, otras cayeron desmigadas como nieve menuda, no importa si hay cuestiones urgentes y señalamientos perentorios, tiene pensado desautorizar estos experimentos escultóricos, propios del diablo bohemio o la musa modernista. El nivel metabólico impone también sus restricciones, más aún, el organismo sermonea a Nahui un decálogo de buena conducta y ejemplaridad, exige asumir el cambio climático, tendrá efectos catastróficos, así pues, no basta con asentir y esperar, por sentido común, en nombre de las extirpes que habrán de nacer y las maravillas inminentes y el equilibrio del destino torcido por la insensatez y la temeridad, yo, tu cuerpo pido actos terminantes, concentrados, una o varias soluciones, drásticas, inmediatas, consensuadas, haz lo necesario y ataja este frío que nos mata.

Por consiguiente, la situación es grave, la hipotermia avanza, aparte acarrea una minusvalía en progresión, las manos empezaron a engarrotarse, va extrayendo todo los bultos e ítems relacionados con el abrigo, según su poder calórico o su cualidad térmica, desecha los tejidos livianos o pequeños, corta los demás, extiende las telas y utiliza el resultado combinado a modo de manta rápida. Tras el íterin, logra recuperar cierto confort, se aclimata, por así decirlo pronto, normaliza flujos, irrigación, respuestas automáticas, compensaciones y variables; adquiere seguridad, confianza, supremacía, capta los estímulos suspendidos antes por economía, la frazada que lo cubre, hecha con estopa, arpilleras y alpaca, resulta una lija

abrasiva o lacerante, y para evitar daños y perjuicios mayores debe replantearse los estándares de calidad aplicados, proveer lo necesario para aguantar el tirón y los bufidos del duende genio, Wiracocha.

En tres movimientos febriles, el damnificado salió, arrancó un contenido azaroso a los libros que siguen amontonados en la valija, desenrolla un papiro gigante y junta los retazos hasta fabricar una sábana sin costuras, a continuación se parapeta de arriba abajo y por los flancos, recostado a lo ancho de la nave, por intuición asume una actitud pasiva, conservadora, supera algún escalofrío esporádico, y la maquinaria interna, su organismo, hace el resto, tiende al equilibrio, los sensores orgánicos estipulan más que un almirante, por ende, Nahui, como grumete y polizón, solo puede esperar un giro benéfico de la suerte, entretanto, percibe la textura regular del manto ilustrado, los siglos impresos por la ciencia gaya (el arte de siempre), nota su condición humana atraída por el raíl magnético que lo mueve hacia un puerto enciclopédico, a pesar de que cada dos palmos viaja cuatro hacia atrás, nadie dijo que fuera fácil vivir, o encontrarle el camino a la felicidad, tampoco enseñan a desamar si duele mucho cuando no estás conmigo.

Más seguro en su refugio, repara en que ha ido envejeciendo una hora completa de golpe tras recorrer ciertas distancias, las denomina husos horarios, para entenderse, busca alguna explicación genérica, a falta de algo mejor que hacer. Está agotado a consecuencia del acondicionamiento, el cuerpo le parece una molestia, quizás en otra vida se dedicara a pensar y dialogar, siente el peso molecular de la celulosa pegada a su

martirio, contará a Roi que tuvo un estremecimiento, una percepción distinta a todas las anteriores, el sentido del tacto por alguna atrofia numinosa (relativa a una inspiración), captaba más de la cuenta, sabía diferenciar los estratos del hojaldre en que estaba inmerso, las páginas transmitieron una impresión cognitiva, un flujo cálido, como si la tinta fuera un hechizo, una energía radiante (capaz de propagarse sin desplazamiento de la materia), Nahui se involucra, consiente a ese fluido, suero o savia medicamentosa permear primero por la dermis, atravesar el tejido y a través de una arteria o vena incorporarse transfundida gota a gota por su torrente sanguíneo hacia los recovecos de la imaginación.

Es un momento evasivo, olvida la referencia del entorno fatigoso, la borrasca, las penurias, elude la estrechez analfabeta y puede ir más lejos y por consecuencia directa solo quedó un lector con los párpados cerrados, y la piel sensible que suple los rudimentos mecánicos de la capacidad lectora y confiere una cualidad omniscia (la educación reglada, la cultura heterogénea), retrasada con frecuencia por el agiotaje endémico (un derroche especulativo).

El galeno alienista Duran, conforme a las anotaciones de un historial clínico, supuso una patología o la diagnosticó, incluye al sujeto en el tipo temperamental inmaduro, abierto a onirismos (alucinatorios) y la fabulación juvenil. Sin rebatir o ratificar ninguna hipótesis, el suceso por su estilo ambiguo, admite críticas, gustos y enfoques diversos, además aporta novedad a una trama que no discurre, sino que da vueltas en trazos concéntricos.

Tampoco importa demasiado no entender todo el vocabulario, pues los autores, los de la prosa térmica y las tristuras alegres y la panoplia heráldica, por mayoría, no fueron predicadores, teóricos estadistas o taxónomos, sino claros artífices, colectores de belleza, circunstantes en cualquier año, letristas, comediógrafos, del género emotivo y racional, dispuestos a legar su visión de un mundo tal y como está o fue otrora, o como desearon para los hijos futuros de sus hijos, ajenos a la pretensión doctrinaria, y sin hazañería (la pose afectada) por un adjetivo incomprendido o una tilde ausente.

El estilo organoléptico (tacto, gusto, oído, vista y olfato) permite incardinar un sinfín de líneas argumentales al relato del exilio, una de tantas describe la pena causada por la pobreza, la avaricia de la banquera usurera que se llevó en la tripa las promesas musitadas bajo la lumbre astral. No hay constancia fehaciente ni registros administrativos que aclaren la filiación de los personajes, por ende, el doble engaño de Maru Duchibela indujo a Nahui, como padre verdadero, a creer que no lo era, mientras que confió a Irepane la crianza y la paternidad de un hijo espurio.

Hay renglones sobre los deseos que consumen, obtenidos asimismo mediante la tinta higroscópica, en concreto, aquellos más intensos y reprimidos al fondo de la conciencia, con un lento martillar continuado durante centurias, moldea la dinastía genética y su legado transmite todo el sufrimiento, los anhelos perdidos, cada desengaño, la frustración acumulativa, el sueño del guerrero, la heroína floral, el cenobita, el armador creativo, la necesidad de completar un propósito sublime, sin saber en

verdad a que se refiere. Claramente, han estado agazapados, como otra insatisfacción o ínfula, hasta encontrar la manera de liberarse con toda la carga obsesiva del sufrimiento atrasado.

Ahonda en un capítulo que reproduce una botadura, a la manera propuesta por Pachacuthi, lee a través del tacto, los dilemas nominativos de un personaje que baraja un nomenclátor similar a catamarán, barcaza, bergantín. Hay otros rubros pero todos genéricos, por ende, susceptibles de confusión, escaso alcance gráfico y susceptibles de olvidarse pronto; apreciando la cuestión de otro modo, la excelencia conlleva diferenciar, poner énfasis en los detalles, hacer sustantivo lo secundario, todo vale si permite la evocación simplista y un discurso público sin tartamudeos ni diccionarios. Conviene afinar, pues no todos los días se bautiza un buque -por extensión, una patera-.

A esas alturas del periplo, ha recuperado el rumbo verdadero en términos náuticos, la independencia termorregulada, encontró que saber y recordar el nombre de las cosas otorga una suerte de poder o dominio sobre los desacuerdos, mastica quiotes (tallos) para celebrar el viento a favor. Así como la vida es cambiante, la claridad, de repente, pasa a ser eclipse, un rumor, una mole difusa; asimismo, el lector pacífico se transforma rápido en un marinero a la defensiva, se pone en pie y enarbola un venablo (un arpón) ciego, sin distinguir qué clase de bestia, leviatán o demonio acabó por tales derroteros, oye un lamento, una orden, un siseo fricativo (un roce intenso). Entre las tinieblas aparece una soga de ahorcado con tal iniquidad (o perjuicio) que lo atrapa por el pescuezo, como hace el cuatrero a la res. La violencia para zafarse empeora el nudo corredizo, hasta el

punto de aplacar a una presa vencida, sin resuello ve otras maromas (gruesas) lanzadas desde atrás. La jarcia (los cabos, el estrinque, el calabrote, todas las cuerdas), y el dogal cumplen el propósito de alzar a Nahui, lo manejan por el aire como un títere de ficción, un arlequín mustio o un polichinela manso con propensión a suscitar la malicia del prójimo, las risas sarcásticas (burlas, remedos, pedorretas) con que los forajidos lo reciben a bordo del barco esclavista, un golpe o varios le noquean, pierde la consciencia hasta poco o mucho después, hacinado en una penumbra sin salida, que huele a orines y encierro y cebollas rancias, donde la población reclusa permanece en el mismo sitio asignado al ingresar, unos en cuclillas, encogidos, contra las paredes, o junto a las calderas, todos encajados en una dimensión que no les da margen para caerse muertos.

El capítulo acaba pronto, sintetizado por un albur económico (una condición resolutive) y un asalto filibustero, el intrépido Nahui escapará llevándose a cuestas el otro calabozo donde los animales son amistades domesticas y reciben un trato amable, mientras que las personas son degradadas como bestias, todos oyen un cañonazo retumbante de artillería pesada, el techo parece ceder bajo el estrépito de la tripulación y los aprestos militares, otro trueno, gritan al abordaje, suena un estropicio de pezuñas y arrastres y tablones resquebrajados. Otro bolo desbarata la compuerta y deja abierta una brecha en el edículo (el cuchitril), despeja el atoramiento del aire acumulado, el lodo en suspensión, las emanaciones y el relente del odio, todo lo cual salió expelido a través del diámetro orbicular, lanzando a presión un chorro anónimo de cadáveres y presidiarios. Uno se arrastra por entre el fragor, no pedirá explicaciones ni interviene

a favor o en contra, ha entendido la reglas de juego, los caballeros heráldicos y las princesas indulgentes solo existen mientras crees que existen, la cuestión merece intercambiar impresiones con algún sabedor especialista. Ahora se lanza por sobre un lateral y otra vez vuela implicado en un destete de pichón, encuentra un bote y rema como un homúnculo (artificial) activado por reacciones mecánicas, atraviesa la juguetería de diminutas boyas limonadas, derramadas por otro buque mercante, son ánsares o patitos de caucho o abetinote (resina), y al tropezar contra los muertos a la deriva no piolan ni emiten silbidos sino que lloran por quienes nunca habrán de nacer, según el manual de instrucciones impreso al dorso.

El barco carcelero cazaba nativos para ambientar una exposición conmemorativa sobre el advenimiento democrático, igualdad jurídica, ciudadanos libres, chispa fraternal, pancartas y ruido y salario justo, además el folletín constitucional prevalece sobre bandos, órdenes, reglamentos, actas, declaraciones, decretos, códigos, más leyes, leyes básicas, tratados, convenios, directivas, notas de servicio; queda claro que la dignidad y el sentido común requieren una deontología (un decálogo ético) abundante, se acabó aprovechar el trabajo ajeno en beneficio propio y pagar con miseria y privaciones el bienestar privilegiado de unos pocos, nadie dijo que fuera fácil vivir o saber hacia donde van las gaviotas, en especial, cuando estás otra vez llegando a nado al principio del bucle maldito y todo es igual que siempre aunque parezca distinto, con tal suerte regresó cabizbajo a su provincia, pensó por última vez en los siete alacalufes enjaulados y sucios del presidio, sirvieron para amenizar la fiesta de los derechos humanos, dispuestos entre rejas tras el

rótulo de salvajes caníbales, mejor ver. Ninguno recogió las piltrafas de carne cruda que les arrojaba un aforo exultante, con maneras de clase instruida, pero ciertamente impresionable y dada al remilgo.



N.B. - GLOSARIO

7 ↑ Someter el entusiasmo, no confiarse a la buena de Dios cuando sales triunfante, llevado a hombros y ninguno te rechista ni dice esta boca es mía, reclamaciones de paternidad y demás cotilleos aparte. Dicho en resumidas cuentas y con llaneza, tener paz, salud, emociones y plata legítima. Vivir es torear al uso, con capote de gladiolos y camelias, advertidos de nuestra frágil humanidad, conque basta o sobra un momento, una chispa arrancada a los tiempos y todo varía mientras nada cambió. Sirva como muestra el diestro corajudo Ciclón de Jerez, sobrio en la faena, más allá del duelo contra la bestia, tropezó con su mal fario por un morlaco, similar en bravura a otros muchos que mueren corneando por su propia soberbia instintiva; así, pues, el maestro requetó, emplazó la acometida, erguido con desplante chulesco, venido de más a más por dones y ganancia de su santo patrono Perico Regalado, mandó venir la gloria ataviada en traje de luces, pero una encornadura a su pasada cobró precio por menoscabo, pulverizando su ojo avizor, agobió aun su alma de remate, no tanto por la sangre suya sino por las gemas florales deshiladas en la bandera del capote, de tal temple o noble vocación que opone arte prudencia a la acometividad salvaje de los toros.

8 ↑ Las valquirias anticipan quienes saldrán indemnes y después perpetran el saqueo exterminador. Los jíbaros, reducen la cabeza, el tronco y las extremidades del prisionero, hasta obtener una miniatura aberrante. Los rupestres, el protocolo diplomático les obliga nombrar a sus respectivos ascendientes genealógicos, por ende, pasan una mañana formalizando el saludo. Las florituras, procrean, por un capricho biológico, tandas de trillizos o sietemesinos. Los maños, apresan cachalotes por la aleta caudal y compiten para dirimir quien será el primero en sacarlos a rastras al estuario; los moscovitas, espabilados para el trueque con ganancia, tienen un insólito sentido comercial, transfirieron unos simples vidrios ahumados a cambio de una titularidad insular.

9 ↑ Íncipit de varias obras mezcladas.

V

LA BALANDRA ESTÁ RECOSTADA SOBRE los alfaques, cubierta con el barniz del relente. Vista a través de la penumbra tiene la apariencia de una bestia mitológica, húmeda, sempiterna (siempre igual), complicada por la espesura que aporta tentáculos y penachos, de polipodios y bejucos y floraciones anómalas, frente al estanque del mar en reposo.

La alborada pone en marcha la tramoya del mundo complejo, la luz transmuta la materia, destila color, pinta, en sentido fabuloso, verde sobre verdemar, púrpura, caolín (arcilla de porcelana), glauco (esmeralda clara, hierba), ocre (tierra), caoba.

El lienzo o la acuarela del paisaje elaborado asume el cromatismo de la retina que lo percibe, luego, al ser la vida misma, requiere una actitud proactiva (las cosas son como son, pero pueden cambiarse). El prófugo y malcontento, el licenciado con la cárcel a cuestas, el nativo anacrónico y cerebral, el jugador sin racha, por efecto de su aversión al fracaso, padece una turbulencia, todos los espíritus y conflictos que tiene en sus adentros, giran huracanados, atosigan, pelean entre sí impelidos por el desencanto, las limitaciones, detonan la furia, sueltan un toro, cinco lobos, cinco jaguares, una manada irracional pugna contra el hombre macho y su bandera y la ley tatuada a la altura del corazón. El estallido mental es típico, de libro bien documentado, incluye a la mujer hembra que admira la lírica floral en lugar de machacarla, y al varón encarnado

dentro del embarazo de Maru. La ira, el litigio o el cuadro clínico, remitirá pronto si Nahui logra gestionar ese pulso emocional, y entiende a los personajes leídos por la fantasía. El navegante se propone unos pocos objetivos a corto plazo, decide eludir, ignorar o sobrepasar su propio ego y su destino coloquial, cambiar el tótem bastardo y los designios del estigma, conformarse a mejor con la proeza y no con el simple esfuerzo utilitario. No es un indio pedrero, ni siquiera es un indio, tampoco hay un peldaño que a su vez contenga una escalera cuyo escalón repite el rigor recursivo, cargante (molesto, opresivo), con tanta iniquidad (dolo perverso) que le impide subir y prosperar a uno de los diecisiete cielos¹⁰, más allá del círculo en la rueda o ese hacer lo de siempre a la misma hora, escapar, nace con la odisea, naufraga, retornar, morir en sentido figurado y justo entonces pervive (contra corriente), atraviesa la secuencia de cabo a cabo (desde el principio al fin). Así, pues, otra vez aquí, se reprochó.



FjPg

Compra el **15%** restante

5 €/S en **Paypal**

destinatario: **javier@estrella.ws**

HAZ CONSTAR TU EMAIL EN EL FORMULARIO

N.B. - GLOSARIO

10 ↑ Satisfacción plena de todas las necesidades humanas, conforme a la jerarquía de Maslow, más la percepción subjetiva de felicidad personal, bienestar y logros realizados.

11 ↑ El grueso de la promoción menciona al instructor suplente, Culcuima Caype, que asumió el mando con una puesta en escena efectista. Su voz de látigo restalló sobre los recién llegados con una indicación que no admite demoras, ¡A formar! La soldadesca aún vestida de paisanos, se aturulló buscando la posición exacta dada por una fila y una columna, que no puede ser discrecional, sino conforme algún otro párametro, una distancia reglamentaria, un orden alfabético o quién sabe qué criterio vale y ordena esta tumulto matricial, de brazos alargados y azogue y caras opuestas, todos sin formalidad, estatuto o precepto al que aferrase antes del castigo disciplinario. Obviamente, el sargento cordelero, metido en su papel duro, ejecuta la novatada del día después, como llaman los veteranos a esa broma desconcertante, que marca el turno de la amonestación, no diréis que no lo digo dos veces, dije. ¡Atentos! Alza la mano y el gesto del índice admonitorio tras el fuste arrogante y señaló unos tucanes: ¡Deteneos! Lo que ocurrió a continuación es parte de la magia adscrita al poder, pues el imperativo parece surtir su efecto sobrenatural y alcanza las alturas, como saetas o metralla, paralizó la bandada entera, preguntadme porqué, nadie lo sabe, tal vez ilusionismo o simple autoridad. La chistera dejó caer por su propio peso a media docena larga de pájaros pedruscos, que se estamparon en el terraplén con una detonación hueca de plumas y una vahada propia del alcafor. Alguien dijo después que vio un marionetista camuflado, no está claro, pero desde entonces, las concentraciones a la intemperie fomentaban un malestar difuso, reforzado además por la urgencia de otros muchos conceptos y valores universales, honor, patriotismo, abnegación. Así, pues, el regimiento de cadetes contará que pese a todo, aquel soldado descomunal seguirá latiendo en el patio con la siguiente promoción de legionarios samuráis.